

JUANA AZURDUY

La Teniente Coronela



Pacho O'Donnell

La reveladora historia
de la primera mujer que comandó
tropas del Ejército Argentino

Lectulandia

Juana Azurduy es la única mujer que alcanzó el grado de teniente coronela en el Ejército argentino. Bautizada alguna vez como «Juana de América», sacrificó su vida personal para abrazar los ideales de libertad en aras de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, a las que el Alto Perú por entonces pertenecía. Proveniente de una acomodada familia tradicional chuquisaqueña, entregó todos sus bienes a la causa sin pedir nada a cambio y se convirtió en una de las mayores adalides del enfrentamiento de las guerrillas populares con el opresor hispánico. Expuso su vida y la de los suyos, murió en la más abyecta miseria y fue enterrada en una fosa común.

Esta apasionante biografía de Pacho O'Donnell da cuenta de la fascinante personalidad de la guerrera y de su incidencia en un fragmento ilustre de la historia de Argentina y de América del Sur, desmitifica a varios próceres ensalzados por la historia oficial y hacer justicia con esta heroína incomparable.

Lectulandia

Pacho O'Donnell

Juana Azurduy

La teniente coronela

ePub r1.1

Himali 29.09.14

Título original: *Juana Azurduy, la teniente coronela*
Pacho O'Donnell, 1994

Editor digital: HIMALI
Corrección de erratas: Un_Tal_Lucas
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

Juana nació en Chuquisaca. Eso no era nacer en cualquier lugar ya que dicha ciudad, que también recibía los nombres de La Plata o Charcas, era una de las más importantes de la América española.

Pertenecía al Virreynato del Río de La Plata desde 1776, igual que el resto del Alto Perú, y en ella residían nada menos que la Universidad de San Francisco Xavier, la Audiencia y el Arzobispado.

En los claustros de primera se formaron la mayoría de quienes protagonizaron la historia de las independencias argentina y altoperuana. Entre nuestros próceres cabe nombrar nada menos que a Castelli, Moreno, Monteagudo y otros.

Era una ciudad socialmente estratificada, desde la aristocracia blanca que podía alardear de antepasados nobles venidos desde la Península Ibérica hasta los cholos miserables que mendigaban por las empinadas calles empedradas o mal subsistían del «pongueaje» en las avaricientas casas señoriales. Entre ambos había sacerdotes, togados y concesionarios de mitas y yaconazgos enriquecidos fabulosamente con las cercanas minas de Potosí, a pesar de que sus vetas de plata habían ido agotándose con la explotación irracional que devoró miles y miles de vidas indígenas.

En la universidad circulaban las ideas de los neoescolásticos españoles —Vitoria, Suárez, Covarrubias, Mariana—, que prepararon el camino para la conmoción ideológica producida por la Enciclopedia Francesa, y las ideas de Rousseau. Fue allí donde nacieron las demandas de igualdad, libertad y fraternidad que comenzaron a conmover los cimientos de la dominación española en sus colonias virreinales del sur de América.

En las cercanías de Chuquisaca nació Juana Azurduy, y tal destino geográfico influyó decisivamente en su vida. Fue hija de don Matías Azurduy y doña Eulalia Bermudes.

Era niña agraciada que prenunciaba la mujer de la qué mentaríase su belleza. Una contemporánea, doña Lindaura Anzuátegui de Campero la describía así: «De aventajada estatura, las perfectas y acentuadas líneas de su rostro recordaban el hermoso tipo de las transtiberianas romanas».

Valentías Abecia historiador boliviano, señala que «tenía la hermosura amazónica, de un simpático perfil griego, en cuyas facciones brillaba la luz de una mirada dulce y dominadora». Esa indiscutible belleza será en parte responsable del carismático atractivo que doña Juana ejerció sobre sus contemporáneos.

Su madre, de allí su sangre mestiza, era una chola de Chuquisaca que quizás por algún desliz amoroso de don Matías Azurduy, se elevó socialmente gozando de una desahogada situación económica, ya que el padre de doña Juana era hombre de bienes y propiedades.

Juana heredaría de su madre las cualidades de la mujer chuquisaqueña: el hondo cariño a la tierra, la apasionada defensa de su casa y de los suyos, la viva imaginación rayana en lo artístico, la honradez y el espíritu de sacrificio. La conjunción de sangres en ella fue enriquecedora, pues llevaba la sabiduría de los incas y la pasión de los aventureros españoles. Pues también mucho tuvo de la España gloriosa y esforzada por línea paterna, porque fue mujer de ambición y de sentido de grandeza, capaz de casi todo en la persecución de sus ideales.

Nació el 12 de julio de 1780, dos años después de un hermano muerto prematuramente, Blas. Quizás algo de los varoniles atributos que sin duda caracterizaron a doña Juana se debiera al duelo imposible por una pérdida irreparable que hizo que los padres le transfiriesen las características reales o idealizadas de quien ya no estaba. También es de imaginar que en una sociedad conservadora como la chuquisaqueña, don Matías y doña Eulalia hubiesen anhelado la llegada de otro varón para que perpetuase un apellido considerablemente noble y también para que en su adultez pudiese sustituir al padre en la administración de las propiedades familiares.

En aquella época, lo que resalta aún más la extraordinaria trayectoria de doña Juana, las mujeres estaban irremisiblemente condenadas al claustro monacal o al yugo hogareño.

De niña, Juana gozó en la vida de campo de libertades inusitadas para la época. Se crió con la robustez y la sabiduría de quien compartía las tareas rurales con los indios al servicio de su padre, a quienes observaba y escuchaba con curiosidad y respeto, hablándoles en el quechua aprendido de su madre y participando con unción de sus ceremonias religiosas.

En su vejez contaba que fue su padre quien le enseñó a cabalgar, incentivándola a hacerlo a galope lanzado, sin temor, y enseñándole a montar y a desmontar con la mayor agilidad. La llevaba además consigo en sus muchos viajes, aun en los más arduos y peligrosos, haciendo orgulloso alarde ante los demás de la fortaleza y de las capacidades de su hija. Sin duda se consolaba por el varón que el destino y el útero de su mujer le negaran. Así iba cimentándose el cuerpo y el carácter de quien más tarde fuese una indómita caudilla.

Vecinos de los Azurduy, en Toroca, eran los Padilla, también hacendados. Don Melchor Padilla era estrecho amigo del padre de Juana, y ellos y sus hijos se ayudaban en las tareas campestres y compartían las fiestas. Pedro y Manuel Ascencio, bien parecidos, francos y atléticos, forjados en la dura y saludable vida del campo, eran los jóvenes Padilla, y muy pronto entre Juana y Manuel Ascencio se despertó una fuerte corriente de simpatía.

La intensa relación de Juana con su padre se acentuó aún más con el nacimiento de una hermana, Rosalía, quien capturó la mayor parte de los desvelos maternos, en

tanto don Matías terminaba de convencerse de que jamás sería bendecido con un hijo macho.

Siguiendo con las costumbres de la época, terminada su infancia, Juana se trasladó a la ciudad para aprender la cartilla y el catecismo, lo que hacía sin duda a contrapelo de su espíritu casi salvaje, enamorado de la naturaleza, de los indígenas y del aire libre, pero que también le confirió la posibilidad de desarrollar su inteligencia notable y le aportó las nociones para organizar el pensamiento lúcido que siempre la caracterizó.

Marcada por un sino trágico que la perseguiría toda su vida y que la condenaría a la despiadada pérdida de sus seres más queridos, su madre muere súbitamente cuando Juana cuenta siete años sin que jamás pudiese enterarse de la causa misteriosa, por lo que su padre la llama nuevamente junto a él, al campo. Pero esto tampoco duraría mucho porque don Matías, enzarzado en un entrevero amoroso, muere también, violentamente, sospechándose que a mano de algún aristócrata peninsular que por su posición social pudo evadir todo escarmiento.

No es improbable que esta circunstancia de brutalidad y de injusticia, que la separó definitivamente de quien ella más amaba —y a quien ella más debía—, haya teñido el inconsciente de Juana de un vigoroso anhelo de venganza contra la despótica arbitrariedad de los poderosos.

Capítulo II

Lo cierto es que si de adulta doña Juana luchó bravíamente en los campos de batalla, también en su infancia tuvo que hacerlo contra contingencias dolorosas y malhadadas, forjando así su espíritu indómito.

Al desamparo por la prematura muerte de sus padres le siguió la difícil relación con sus tíos Petrona Azurduy y Francisco Díaz Valle, quienes se hicieron cargo de las dos huérfanas más por ambición de administrar las propiedades que habían heredado que por un sincero deseo de protegerlas afectivamente. Juana, que en la relación con su padre había sido estimulada en su rebeldía y en su libertad, se veía ahora encerrada en un vínculo que pretendía someterla, obligándola a acatar las disposiciones de sus tíos despóticos, anticuados, poco afectivos. Los encontronazos, sobre todo con doña Petrona, eran muchos y sin duda Juana no se resignaba a que su condición de mujer la determinara a un papel de debilidad ante las retrógradas convenciones chuquisaqueñas.

No es difícil asociar que fue su temprana resistencia al esperado sometimiento femenino ante el hombre lo que le impusiera el ser tan valiente y tan audaz como aquéllos, arriesgando su vida a la par de sus soldados e inclusive debiendo superarlos muchas veces en arrojo y decisión para que jamás pudiera suponerse que por ser mujer se permitiría algún doblez.

Los tutores finalmente buscaron una solución para disolver la tensa relación con la díscola sobrina y también para administrar con impunidad las propiedades que les habían caído como regalo del cielo sin mayor obstáculo que su propios escrúpulos. Rosalía, por su parte, era demasiado pequeña y doña Petrona la dominaba a su arbitrio.

La decisión fue que Juana entrara en un convento para hacerse monja. La niña aceptó sin excesiva contrariedad ya que veía en ello la posibilidad de desembarazarse del agobio de sus tutores, aunque quizás también fantasease con que el rol que algunas religiosas ocupaban en la sociedad chuquisaqueña, de poder y de prestigio, le daría la posibilidad de ejercer la fortaleza de su carácter sin que nada o nadie se opusiese, y también seguramente imaginó que como monja podría bregar por los derechos de los marginados, con los que en el fondo de su alma se identificaba y a quienes su padre le había enseñado a respetar. Juana estaba dispuesta a pagar cualquier precio con tal de eludir el papel que la retrógrada sociedad altoperuana reservaba a las mujeres.

Pronto fue evidente, sin embargo, que la vida conventual no era para ella. En esos recintos lóbregos, tan lejanos de la vida al aire libre que ella amaba, volvió a encontrar la rigidez disciplinaria contra lo que sólo sabía rebelarse. La religión predicaba entonces la sumisión de la mujer al orden social, la subordinación al

hombre, anatematizaba el orgullo y la rebeldía, privilegiaba la oración pasiva por encima de la acción justiciera.

Ser aspirante a monja implicaba también la renuncia absoluta al sexo, instinto que ocuparía un lugar significativo en la vida de doña Juana, como que su apasionada relación con don Manuel Padilla no lo fue sólo en la lucha libertaria sino también en el frenesí de la alcoba. Y quizás, aunque la idealizada imagen que siempre se empeñaron en sostener sus biógrafos la niega, con otros hombres.

La vida contemplativa del convento en esa adolescente que amaba el cabalgar desafiando a los vientos, el trepar a los árboles sin temor a los porrazos, el zambullirse en aguas tormentosas, terminó en una tremenda trifulca con la madre superiora que decidió la expulsión de Juana del Monasterio de Santa Teresa.

La joven de 17 años abandonó así el bello edificio, construido por el arzobispo Fray Gaspar de Villaroel en 1665, que se levanta entre las vertientes del Churuquilla en Sica-Sica, y volvió a sus fincas en Toroca.

Al parecer de fuente proveniente de algunas de las reclusas contemporáneas de Juana, se cuenta que lo único que parecía entusiasmarla eran las narraciones sobre San Luis el Cruzado, Santa Juana de Arco o San Ignacio de Loyola, todos ellos santos guerreros. Preguntada sobre el por qué Juana habría respondido: «porque me gustan los combates, oh, daría mi vida por hallarme en una de esas batallas donde tanto sobresalen los valientes». Y lo cierto es que pudo cumplir con ese anhelo, aunque sin el justiciero reconocimiento de aquéllos.

Capítulo III

Manuel Ascencio Padilla y Juana Azurduy se reencontraron cuando ella regresó a Chuquisaca luego de abandonar el convento. Otra vez fue evidente que sería muy difícil la convivencia con sus tíos y tutores, y doña Petrona y don Francisco convinieron que la joven viviría en las fincas de su padre, don Matías, colaborando en su manejo, ya que a su tío le estaba resultando difícil administrarlas: la vejez se había abalanzado cruelmente sobre él con achaques e invalideces.

Otra vez en Toroca, Juana parece retomar la huella que su padre había trazado para su hija predilecta. Reencuentra allí la libertad, la acción, la naturaleza. Recorre al galope las vastas extensiones y comparte la mesa con cholos e indios, recobrando el quechua y aprendiendo el aymara, compenetrándose de infortunios que poco debían al destino y mucho a la insensibilidad de los poderosos, asistiendo impotente a inútiles ceremonias que no conjuraban muertes provocadas por el hambre y la intemperie, constatando con rabia que a los veinte años los mineros eran ya ancianos con sus pulmones estragados por el socavón. Así, va consolidándose en su interior lo que sería su compromiso en la lucha contra la pobreza y la arbitrariedad ejercida en quienes más sufren la dominación extranjera: criollos, cholos e indios. También de la mujer, marginada por una sociedad pacata que calca con excesos los remilgos de la ibérica.

Para combatir la soledad de esa casa húmeda y espaciosa en la inmensidad de la campaña, Juana con frecuencia visita a su vecina, la esposa de don Melchor Padilla, madre de Pedro y de Manuel Ascencio, quienes suelen ausentarse por largos períodos arreando el ganado y transportando las mieses que van a vender en las ferias.

Doña Eufemia Gallardo de Padilla recibe a su joven vecina con alegría y satisfacción, y seguramente el encuentro entre Juana y Manuel es planeado por ella, quien ve en la muchacha un buen partido para el segundo de sus hijos.

Juana, vigorosa y llena de ardores, era escéptica en cuanto a su posibilidad de encontrar un hombre a su medida, ya que éste debería ser no sólo bien parecido y físicamente fuerte sino que también debía poseer una personalidad suficientemente sólida como para no ser avasallado por ella. El impacto al encontrar a un Manuel Ascencio hecho hombre debió de haber sido enorme y poderosamente conmovedor, pues el joven reunía aquellas virtudes en grado superlativo: era alto, notablemente musculoso, de hombros anchos y cintura estrecha, de fracciones armónicas y varoniles; su voz era ronca, e imponía respeto, y cuando hablaba lo hacía con convicción. Pero lo que impactó a Juana era lo que Manuel decía: también a él le conmovía el infortunio de aquellos hombres y mujeres de piel cobriza a quienes los demás de su misma clase acomodada trataban como si no fueran humanos.

Ella escuchaba con amoroso interés el relato de una escena que había calado muy

hondo en el joven, cuando de niño había asistido a la bárbara ejecución del aymara Dámaso Catari, quien había sublevado a miles de indios de la región, hartos de tanto vejamen, manteniendo en jaque durante varios meses a los regidores hispánicos y a sus ejércitos.

El jefe rebelde, apresado por la traición de uno de sus lugartenientes, desfiló ante los ojos del pequeño Manuel Ascencio atado sobre una mula, su cuerpo bamboleante enrojecido por los azotes y, lo que más se había grabado en su memoria, dejando un reguero de sangre entre las huellas de los cascos de su montura enjaezada ridículamente.

El joven Padilla relataba a la atenta Juana que también mucho le había impresionado que las personas honorables y respetables de Chuquisaca insultaran y arrojasen piedras contra aquel pobre infeliz, indefenso, patibulario, que a pesar de todo se esforzaba, y casi lograba, por mantener una cierta dignidad que no alcanzaba a disimular su terror.

—Parecían fieras...

Durante un largo tiempo su padre prohibió al niño jugar en la plaza, como solía hacerlo hasta entonces. Manuel Ascencio no alcanzaba a comprender tal imposición hasta que una compungida sirvienta india, a escondidas, lo llevó para que, ocultos detrás de uno de los arquitectos de la catedral, observaran algo que, en principio, el niño no alcanzó a descifrar.

—Parecía un largo trapo oscuro colgado de un palo —contaba con sus ojos húmedos mientras Juana, sin darse cuenta, llevada por el relato, le tomaba una mano, solidaria.

—Es don Dámaso —había susurrado la india, temblando de pies cabeza, que era su forma de llorar.

Juana siempre amó y admiró a Manuel, en quien seguramente encontró a alguien similar a su idealizado padre, y reprodujo una relación en la que se sentía alentada a emplear con libertad y audacia sus capacidades físicas e intelectuales. Es ese respetuoso y encendido amor que siempre sentirá por su esposo lo que hace que cuando Manuel Ascencio decide lanzarse a la lucha contra el opresor Juana no duda en unírsele, pero de la forma en que ella concibe la unión entre hombre y mujer: luchando a la par.

Capítulo IV

Manuel Ascencio siempre simpatizó con los «abajeños», como se apodaba a quienes provenían del Río de la Plata. Había conocido a varios de ellos en Chuquisaca: Moreno, Monteagudo, Castelli y otros que eran estudiantes en la universidad San Francisco Xavier. Compartía con ellos agitadas reuniones en fondas ruidosas donde se hablaba y se discutía sobre temas en los que no intervenía. Aunque él no fuese universitario, se lo respetaba por su hondo conocimiento de las gentes de la región. Se trataba de pensar soluciones para entender y resolver las injusticias de esa América sojuzgada por una potencia europea.

—La miseria es hija de la dominación —afirmaba Moreno.

Eran los entonces amigos del joven Padilla, que tanto influirían en su pensamiento, personalidades vigorosas que escribirían páginas importantes en la historia de nuestras tierras. Todos ellos eran muy apasionados, fervorosamente antiespañoles, convencidos de que la única revolución posible era a través de la violencia, y no aceptaban las medias tintas.

Uno de ellos era Mariano Moreno, primer secretario de la junta Revolucionaria de Mayo en Buenos Aires, quien se caracterizó por imprimir a la sublevación un tinte muy radicalizado que contrastó con las posiciones más moderadas que estaban encabezadas, entre otros, por el presidente de la Junta, el potosino Cornelio Saavedra.

La orden que años después impartiría Moreno a Ortiz de Ocampo y a Vieytes, en junio de 1810, que avanzaban hacia el Alto Perú, era clara:

«Que sean arcabuceados Santiago Liniers, el Obispo Orellana, el intendente de Córdoba Gutiérrez de la Concha, el coronel de milicias Allende, el oficial real Moreno y Dn. Victoriano Rodríguez en el mismo momento en que todos y cada uno de ellos sean pillados. Sean cuales fueren las circunstancias se ejecutará esta resolución sin dar lugar a demoras que pudiesen promover ruegos y relaciones capaces de comprometer el cumplimiento de esta orden».

Fue el deán Funes quien había denunciado, luego de participar en las primeras reuniones, a Liniers y los otros como conspiradores en contra de la junta de Buenos Aires.

El prestigio de Liniers, héroe de la resistencia contra el invasor inglés, era grande. Ocampo y Vieytes vacilaron en cumplimentar las instrucciones «en razón de que era “prudente conciliar la indispensable ejecución con las ideas exteriores de suavidad paternal” que es necesario mantener», como argumentaban en su comunicación a la junta del 1° de agosto de 1810.

Furioso, Moreno escribe algunos días más tarde a Chiclana, designado

gobernador de Salta: «Pillaron nuestros hombres a los malvados pero respetaron sus galones y cegándose en las rigurosísimas órdenes de la junta pretenden remitirlos presos a esta ciudad. Veo vacilante nuestra fortuna por hechos de esta índole».

Ocampo y Vieytes son cesados fulminantemente y sustituidos por Balcarce y Castelli, quienes cumplen, el 26 de julio, con la orden de fusilar a los conspiradores.

La comunicación del suceso publicada en La Gaceta del 11 de octubre no fue menos terminante: «Un eterno oprobio cubrirá las cenizas de Dn. Santiago Liniers y la posteridad más remota verterá execraciones contra este hombre ingrato que tomó a su cargo la ruina y el exterminio de un pueblo». También lo trata de «áspid» y «pérfido» e incita a que «todos los hombres deben tener interés en el exterminio de los malvados que atacan el orden social».

No es Moreno el único responsable de esta estrategia del terror, ya que las instrucciones llevan la firma de todos los integrantes de la Junta y los manuscritos que se conservan dejan reconocer las letras de Azcuénaga y de Belgrano.

Castelli recibió también instrucciones reservadas el 12 de septiembre y el 18 de noviembre, que en alguna medida lo disculpan de las tropelías que sus tropas cometieron en el Alto Perú: «En la primera victoria dejará V. E. que los soldados hagan estragos en los vencidos para infundir terror en los enemigos».

También se le instruye que Nieto, Córdoba, Sanz, Goyeneche, máximas autoridades en Potosí, «deben ser arcabuceados en cualquier lugar que cada uno sea habido».

El jacobinismo de Moreno llegaba al extremo de también ordenar represalias contra el canónigo Matías Terrazas, catedrático y rector universitario que le había abierto generosamente el acceso a su biblioteca cuando estudiaba en Chuquisaca, donde Moreno había entrado en contacto con los únicos ejemplares existentes de la Enciclopedia y de los pensadores franceses que tanto lo influyeron.

Castelli cumplió al pie de la letra lo encomendado mereciendo el encomio de sus superiores:

«La junta aprueba el sistema de sangre y rigor que V. S. propone contra los enemigos y tendrá V. S. particular cuidado en no dar un paso adelante sin dejar a los de atrás en perfecta seguridad».

La conducta de Moreno y de Castelli ha sido criticada por muchos, pero también defendida por no pocos, entre estos últimos, Nicolás Rodríguez Peña, quien explicaba en una carta a Vicente Fidel López:

«Castelli no era feroz ni cruel, Castelli obraba así porque estábamos comprometidos a obrar así todos, lo habíamos jurado y hombres de nuestro

temple no podían echarse atrás ¿Qué fuimos crueles? ¡Vaya con el cargo! Salvamos a la patria como creímos que debíamos salvarla. ¿Había otros medios? Quizás los hubiera. Nosotros no los vimos ni creímos que los hubiese».

La facción política de Moreno es finalmente derrotada y, como es sabido, muere luego misteriosamente en alta mar rumbo a su exilio europeo.

Él era uno de quienes convencieron a Manuel Ascencio Padilla —y por carácter transitivo a Juana Azurduy—, predispuesto por su espíritu aguerrido y corajudo, de que no había otra posibilidad de derrotar y expulsar al godo que con el buen uso de la fuerza.

También estaba allí en las aulas chuquisaqueñas Bernardo Monteagudo, a quien el fusilamiento en Potosí de Paula Sanz, Nieto y Córdoba le provoca un arrebatado párrafo publicado en su *Mártir o libre*:

«Me he acercado con placer a los patíbulos de los arcabuceados para observar los efectos de la ira de la patria y bendecirla por su triunfo (...).

»El último instante de sus agonías fue el primero en que volvieron a la vida todos los pueblos oprimidos».

El papel de Bernardo Monteagudo en dicho trágico acontecimiento no se limitó a ser un espectador pasivo y es de suponer en cambio que influyó decisivamente sobre Castelli para que firmara tan drástica decisión. Porque ambos, cortados a la misma medida que su condiscípulo Moreno, descreían de las «buenas maneras» revolucionarias.

Tiempo más tarde Monteagudo tuvo también activa participación en el fusilamiento de Alzaga, el héroe de las invasiones inglesas, con lo que cumplió con el deseo de Alvear, quien lo premió con su confianza y altas responsabilidades en su gobierno.

Fue también el juez que condenó a muerte a los hermanos Carrera, hoy héroes nacionales en Chile y entonces presos en Mendoza, acción que le mereció el generoso agradecimiento de su tocayo O'Higgins.

La sinuosa, desprejuiciada y fulgurante carrera política de Monteagudo que también lo llevó a ser el favorito de San Martín y luego del renunciamiento de Guayaquil también de Bolívar, a favor de un genial talento para seducir a los más poderosos, se había iniciado precozmente en Chuquisaca, donde tuvo activa participación en la sublevación de 1809.

A su siempre bien dotada pluma, que lo llevó a ser periodista de éxito y escriba de los próceres antes citados se debió la amplia difusión a sus tempranos 19 años de un libelo de vigorosa influencia en la juventud libertaria de entonces. Es de suponer que

también haya pasado por las manos de los esposos Padilla.

El «Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos» era un dialéctico intercambio de ideas entre las almas de Fernando VII, rey de España, y la de Atahualpa, el infortunado inca sacrificado por Pizarro 300 años atrás.

La trama era ingeniosa y eficaz: el rey se lamenta ante el inca por el despojo de que ha sido objeto por parte de Napoleón. Atahualpa, sinceramente conmovido, no pierde la oportunidad de enrostrarle que comprende el sufrimiento real por cuanto él también ha sido despojado de su corona, de sus dominios y hasta de su vida por los conquistadores provenientes de la tierra de la que Fernando VII era justamente monarca. Las argumentaciones del inca resultan tan convincentes que el rey termina por afirmar: «Si aún viviera, yo mismo movería a los americanos a la libertad y a la independencia más bien que vivir sujetos a una nación extranjera».

En otro pasaje, y recuérdese que Monteagudo escriba en 1809, Atahualpa afirma que si le fuese posible regresar a la tierra incitaría a la revolución con la siguiente proclama:

«Habitantes del Alto Perú: Si desnaturalizados e insensibles habéis mirado hasta el día con semblante tranquilo y sereno la desolación e infortunio de vuestra desgraciada patria, retornad ya del penoso letargo en que habéis estado sumergidos; desaparezca la penosa y funesta noche de la usurpación y amanezca el luminoso y claro día de la libertad. Quebrantad las terribles cadenas de la esclavitud y empezad a disfrutar de los deliciosos encantos de la independencia: vuestra causa es justa, equitativos vuestros designios».

Su actividad revolucionaria deparó a Monteagudo cárcel en Chuquisaca, de la que escapó para unirse al primer ejército que Buenos Aires envió al Alto Perú, ganándose prontamente la confianza de su amigo Castelli. En la cuenta de este joven, extraordinariamente bien parecido, impetuoso y de ideas radicalizadas, se anotan algunos de los hechos más sacrílegos e imprudentes que fueron despertando en los «arribeños» una opinión contraria a los «abajeros».

Su vida, que aún levanta polémica entre detractores y admiradores, termina trágicamente en una calle de Lima, que gobernó escandalosamente durante el protectorado de San Martín, con el pecho destrozado por el cuchillo de un asesino a sueldo, Candelario Espinoza, a quien Bolívar manda llevar a su presencia y le promete ahorrarle la muerte si confiesa quién le había pagado para asesinar a su entonces favorito.

La confesión hecha a solas debió ser tan impactante que don Simón guardó el secreto hasta su tumba. Una de las tareas que Bernardo Monteagudo llevó a cabo con éxito a favor de su fecunda capacidad de convicción fue la defensa de Castelli y

Balcarce, acusados de traición e ineptitud luego de la derrota sufrida en Huaqui, juicio que de todas maneras reverdecería años más tarde y que llevaría al gran orador del 24 de mayo de 1810, Castelli, a morir en la cárcel.

El estilo inflamado del que Monteagudo era exponente arquetípico y que campeaba entre los estudiantes y doctores revolucionarios de los claustros chuquisaqueños está íntimamente relacionado con el que más adelante utilizarían los esposos Padilla y otros jefes de partidarios en sus proclamas.

Por ejemplo el cura Muñecas, uno de los grandes caudillos altoperuanos, en Larecaja, al unirse a la causa rebelde, en 1811:

«Ya tenéis reunidos a tan sagrada causa todos los pueblos de la Provincia, pero esta capital no contenta con esto, quiere que todos los demás pueblos americanos disfruten de igual beneficio; para este efecto he dispuesto una Expedición Auxiliadora de hombres decididos a preferir la muerte a una vida ignominiosa.

»Compatriotas, reuniros todos, no escuchéis a nuestros antiguos tiranos, ni tampoco a los desnaturalizados, que acostumbrados a morder el fierro de la esclavitud, os quieren persuadir que sigáis su ejemplo; echaos sobre ellos, despedazadlos, y haced que no quede aun memoria de tales monstruos.

»Así os habla un cura eclesiástico que tiene el honor de contribuir en cuanto puede en beneficio de sus hermanos americanos».

Capítulo V

Al principio la vida en común de los Padilla quizás no difirió demasiado de la de otros matrimonios criollos de buena posición económica y social. En 1806 nace su primer hijo, varón, a quien ponen el mismo nombre del padre: Manuel. Rápidamente nacerán Mariano y a continuación las dos niñas: Juliana y Mercedes.

Juana Azurduy siempre demostró un hondo sentimiento maternal y se preocupaba de que sus hijos crecieran sanos y fuertes, convencida de que una de sus misiones principales sería la de evitar que a ellos les sucediese lo que ella tuvo que sufrir cuando sus padres desaparecieron demasiado prematuramente.

Manuel, por su parte, cumple con el destino masculino de asegurar la manutención familiar y, de ser posible, progresar. Su ambición lo lleva a proponerse para un cargo en el gobierno de la ciudad de Chuquisaca, pero por ser criollo es postergado. Solamente quienes ostentan un linaje español pueden llegar a las más altas posiciones.

Los impuestos que pagan unos y otros son además fuentes de irritación por las diferencias. Y ni hablar de las tropelías y exacciones que deben sufrir quienes ocupan los más bajos estratos de la sociedad, los cholos y los indios.

Manuel Ascencio y Juana conversan, cuando sus niños ya están dormidos, en la serenidad de su alcoba, y la indignación les crece al unísono, convencidos de que sus herederos deberían crecer en un mundo más justo y que ellos deberían hacer algo para que así fuese.

—En América del Norte, sus habitantes lograron independizarse de una potencia más poderosa que España, y se han dado un país propio.

El le cuenta a ella aquello que sus amigos universitarios le cuentan a él, que en el mundo se agitan vientos de cambio, que el rey de Francia ha sido guillotinado por quienes desean imponer principios de igualdad, libertad, y fraternidad, que a Chuquisaca han llegado libros como la Enciclopedia y las obras de Rousseau que despiertan el entusiasmo de los universitarios.

Es de imaginar que, décadas más tarde, dolorosamente, en su vejez de miseria y soledad, doña Juana Azurduy muchas veces se habrá preguntado si habrá valido la pena tanto esfuerzo, tanto sacrificio, tanto dolor. Si no hubiera sido mejor seguir el camino de las otras damas chuquisaqueñas, aceptando con resignación lo que el destino les deparaba, no cuestionando la forma en que la sociedad se organizaba y gozando de aquellas prerrogativas que ésta les adjudicaba a la sombra de los godos. Es de temer que no pocas de esas veces doña Juana se haya respondido que no, que no valía la pena, sobre todo porque ni siquiera había obtenido el reconocimiento de sus contemporáneos.

Acaso hubiera sido mejor que Manuel, Mariano, Juliana y Mercedes hubieran

tenido la infancia que se merecían, aquella con la que doña Juana había soñado para ellos desarrollando sus cuerpos sanos y cultivando su mente y su espíritu, preparándose para ser personas de bien y de éxito en su adultez. Cuántas veces se habrá cuestionado el haberlos expuesto a tantos sacrificios, a tantas privaciones en el afán de lograr para ellos un mundo mejor. Seguramente hasta se habrá calificado de egoísta al dudar de si todo lo hecho había sido realmente por altruismo o por lograr conquistas personales íntimamente ligadas a su sicología más profunda, instigada a demostrar que las mujeres también podían ser fuertes, tanto como los hombres, conformando a ese padre que sobrevivía en su interior y al que siempre debía consolar por no haber tenido un hijo varón. O quizá lo había hecho para demostrarles al asesino de su padre, a su tía Petrona y a la madre superiora que ella jamás aceptaría, que se intentase sojuzgarla.

Pero quizás nada hubiera sucedido, nada hubiera pasado de largas tertulias sobre la necesidad de independizarse del opresor español, de encendidas discusiones sobre las metodologías a emplear, apasionadas protestas por las arbitrariedades que los criollos como ellos debían soportar, si no hubiese sido por la asonada del 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca.

El gobierno virreinal de Chuquisaca es depuesto por una pueblada y en su lugar se nombra a don Juan Antonio Álvarez de Arenales, quien era comandante general y gobernador de Armas de la provincia y que luego desempeñará un papel protagónico en nuestra historia, no sólo como formidable caudillo de la guerra de recursos en las campañas altoperuanas sino también como mano derecha de San Martín en el cruce de los Andes y la toma posterior de Lima.

Francisco de Paula Sanz, gobernador de Potosí, recluta a vecinos leales al orden depuesto en Chuquisaca para oponerse a la revuelta.

—Hay que acabar con los godos —se exaltaría Manuel Ascencio—. Ahora.

Los esposos Padilla consideran que ha llegado el momento de comprometerse con el cambio, y seguramente luego de serenas conversaciones, preocupados menos por lo que su decisión les deparará a ellos que a sus amadísimos hijos, pero decididos a ser leales con sus concepciones de lo que el mundo en que vivían debía ser, se comprometen con la revuelta y la apoyan. La primera acción de Manuel Ascencio consiste en impedir que de Chayanta lleguen víveres y forraje a los soldados del gobernador de Potosí.

—¡Estos víveres no deben alimentar a quién nos oprime sino a quienes lo necesitan!

El cacique aymara de esa región es Martín Herrera Chairari, con fama de cruel y de inhumano, quien sometía a los suyos con látigo y arcabuz para conseguir un lugar de privilegio entre blancos y poderosos. Aprovechando las nuevas circunstancias los indios lo apresan y lo degüellan para luego arrastrar su cadáver cuesta arriba hasta la

cima de la montaña de Ayacatata, desde donde lo despeñan entre manifestaciones de júbilo y de entusiasmo.

La acción de los Padilla, cuya intención quizás no pasase de un apoyo a la revuelta, se ha transformado en una sublevación sangrienta que las autoridades realistas no olvidarán.

Los revolucionarios alentaron grandes esperanzas cuando a la de Chuquisaca se sumó la rebelión en La Paz, encabezada por García Lanza, Michel, Mercado, Murillo y otros. A muchos de los cuales Manuel Ascencio conocía por concurrir asiduamente a las ferias de ganado y cereales que en esa ciudad se celebraban.

Pero el arequipeño José Manuel de Goyeneche, general de los Ejércitos de España en América, quien luego tuviera tan destacada actuación combatiendo contra las tropas abajeñas, ahogó rápidamente en sangre dicha sedición pasando por las armas a sus principales cabecillas.

También Chuquisaca, acosada por la reacción realista, debió bajar su testuz, y desde Buenos Aires llegó don Vicente Nieto para hacerse cargo de la Real Audiencia y don José Córdoba para ocupar la jefatura militar. Afortunadamente su actitud no fue tan cruel como la de sus homólogos de La Paz, quizá cohibidos por la calidad intelectual de los estudiantes y doctores rebelados, cuyas vidas se perdonó a cambio de enviarlos apresados a cárceles de Lima y Cuzco, donde no pocos fueron vendidos como esclavos.

A pesar de que los Padilla pertenecían a las familias de cierto abolengo y además contaban con una buena posición económica, siendo además Manuel Ascencio dependiente de la Real Audiencia, se contó entre aquellos sobre quienes recayó la venganza realista y fue buscado para que siguiera el camino de la prisión y el destierro.

Pero Manuel Ascencio huye y, a favor de la excelente relación cultivada a lo largo de años con los indígenas que trabajaban en sus fincas, se oculta en las viviendas y en los escondrijos de éstos, permaneciendo fuera de Chuquisaca hasta que los ánimos se calmaron y todo pareció volver a la normalidad.

Capítulo VI

Ya en las conversaciones que precedieron a la decisión de incorporarse a la rebelión de Chuquisaca, los Padilla se comprometieron a que sus amados cuatro hijos no sufrieran las consecuencias de una toma de partido tan riesgosa. Quizás entonces, ingenuamente, no podían imaginar que la persecución de los godos iba a ser tan encarnizada, y que Manuel, Mariano, Juliana y Mercedes iban a sufrir estoicamente la vida de guerrilleros, siempre huyendo, refugiándose en las sombras, acosados por el frío y por el hambre, expuestos a las enfermedades de las alturas y de los pantanos. Dícese que nunca se escuchó una queja ni un reproche de esos labios infantiles.

El almacenado rencor de los realistas contra los esposos Padilla estalla cuando el 14 de septiembre de 1810 Cochabamba se levanta contra el opresor hispánico y proclama su adhesión a la junta Revolucionaria de Buenos Aires, y Manuel Ascencio corre a ponerse a las órdenes de Esteban Arce, el caudillo rebelde.

Este le da el grado de comandante de sus fuerzas, adjudicándole las regiones de Poopo, Moromoro, Pitantora, Huaycoma, Quilaquila y su zonas de influencia. Padilla, a quien todavía no se ha unido doña Juana, encargada de la custodia de sus hijos, cumple con su misión apasionadamente, teniendo éxito en sublevar todos los pueblos y cantones de la comarca. Con 2000 indios llega a ocupar Lagunillas para evitar que Chuquisaca reciba aprovisionamiento para los realistas.

Cuando la rebelión patriota finalmente es sofocada, la persecución contra Manuel Ascencio y el acoso sobre Juana y sus hijos aumenta.

Ello no los arredra. En cambio dan todo su sostén al primer ejército argentino que se interna en el altiplano al mando de Juan José Castelli y Antonio González Balcarce, quienes se proponen avanzar hasta Lima para así terminar con el foco de resistencia al servicio del rey.

Doña Juana les da alojamiento en Saphiri y Churubamba, mientras Manuel Ascencio une sus fuerzas al ejército auxiliar porteño.

Fue entonces, quizás viendo desaparecer las siluetas en el horizonte, apagándose los ruidos de sables y jaeces, cuando Juana Azurduy decidió que el papel que ella quería jugar en la rebelión contra los odiados españoles no podía ni debía limitarse al apoyo de una mujer que, apegada a lo tradicional, ofrecía cama y comida. Ella iba a ser una luchadora más y pondría, se habrá juramentado en su interior, también todos sus desvelos en que sus cuatro hijitos sufrieran lo menos posible en la epopeya que se avecinaba. Pero no iban a ser esas criaturas quienes la condenaran a aquello contra lo que siempre se había rebelado.

Uno de los poderosos motivos de la decisión de doña Juana era sin duda el inmenso amor que sentía por su esposo; seguramente le resultaba más dolorosa la separación que las contingencias de una vida guerrera. No era doña Juana persona de

esperar, de someterse a las circunstancias.

La revolución ha estallado en Chuquisaca, La Paz, Cochabamba, propagada desde Buenos Aires, y se extiende como pólvora encendida. Juana abriga esperanzas de que la situación podrá ser distinta en el futuro para sus amadísimos hijos, y de que a pesar de ser criollos podrán ocupar en adelante los cargos que hasta ahora han estado reservados únicamente para los peninsulares. La madre se los imagina dirigentes en Chuquisaca y quizás otras plazas altopenuanas, por lo que incorporarse en la lucha, aunque los niños deban pasar horas difíciles será —quiere convencerse doña Juana— también un acto de conveniencia para Manuel, Mariano; Juliana y Mercedes.

En la soledad de la finca de Río Chico, todavía amamantando a la pequeña Mercedes, Juana Azurduy rumia las últimas dudas. Su decisión cobra forma y vigor incontenible. Finalmente algo termina con las cavilaciones: el ejército de Castelli es vencido en Huaqui y emprende luego una desesperada fuga con las fuerzas realistas pisándole los talones.

Al desastre patriota sigue, inevitablemente, otra vez, la revancha. Esta vez aún más cruel. Las propiedades de los Padilla son confiscadas, como así también todos sus animales y el grano cosechado. Doña Juana, que nada sabe aún de su esposo, se refugia en un primer momento en la ciudad, pero prontamente es delatada, apresada y confinada con sus hijos en una hacienda de extramuros, permanentemente vigilada por los godos, quienes así confían en apresar a Manuel Ascencio, concedores de su amor por esposa e hijos.

A pesar de la trampa bien montada, arriesgando su vida y cobrándose las de dos o tres carceleros, Padilla logra burlar el acecho y una noche consigue rescatarlos en tres caballos. En uno de ellos monta doña Juana con Juliana, en otro Manuel y Mariano que entonces tenían cinco y cuatro años, y en el restante Manuel llevará en brazos a la pequeña Mercedes.

El sordo rumor de los cascos envueltos en arpillera marcará el principio de cinco años de lucha heroica.

El refugio donde quedaron doña Juana y sus hijos estaba en las alturas de Tarabuco, inaccesible para quienes no fueran baqueanos de la zona, y les había sido indicado a los Padilla por los indios, que a veces trepaban su ladera para ofrendar ceremonias religiosas.

Manuel Ascencio se negó, a pesar de la vigorosa insistencia de su cónyuge, a permitir que ésta le acompañara en sus correrías. Se encargó sin embargo de hacerle llegar mensajes como cuando le envió el estandarte con las armas del rey que para ella había conquistado en la batalla de Pitantora, donde había arrollado a los tablacasacas, como denominaban burlescamente a los soldados de la infantería realista por la rigidez de sus faldones y su corbatín de cuero, que les daba una apariencia de muñecos de madera.

Sabedora de que la hora de combatir le llegaría tarde o temprano, porque su deseo así lo auguraba, Juana ordenaba a sus ayudantes que le fabricaran muñecos de paja con los que luego ella se ensañaba, atacándolos con alguna espada que su esposo había abandonado por mellada e inservible. O los atravesaba con una lanza de larga vara que aprendió a sujetar con fuerza en su sobaco, taloneando su cabalgadura como su padre le había enseñado hacía; ya muchos años jamás olvidaría que había sido debajo de un olmo amarillento apretando los ijares con la punta de los pies hacia dentro, como queriendo juntarlos, para que la mula o el caballo saliesen como si el diablo los llevase.

También aprendió a lanzar las boleadoras con bastante eficacia y las cabras debieron habituarse a derrumbarse cada dos por tres con sus patas arremolinadas por tiradas cada vez más certeras.

La que hasta no hacía mucho fuese una dama chuquisaqueña se enorgullecía ahora porque su brazo se endurecía y la espada parecía pesar cada vez menos, desbaratando ejércitos de muñecos que caían abatidos desparramando briznas de quinua en el aire, bajo la mirada grave de sus, asistentes indígenas a quienes, quizás, sus dioses clandestinos prenunciaban que eran testigos de algo que de juego nada tenía.

Las noticias que mientras tanto le llegaban a Juana de Manuel Ascencio eran espaciadas y contradictorias; a veces le anunciaban formidables victorias y otras le aseguraban que había sido muerto por los godos.

Finalmente Padilla, luego de casi un año de ausencia, regresó con su familia, al refugio de las montañas, para restañar sus heridas físicas y espirituales sufridas en el Queñihual, donde había sido derrotado debido a la defección de uno de sus lugartenientes, el doctor Guzmán, quien no había sumado sus fuerzas en Pocoata como habían preestablecido.

Manuel le contaba también a Juana la heroica acción de las mujeres cochabambinas, quienes ante el avance del general Goyeneche y a pesar de la ausencia de maridos e hijos enrolados en tropas alejadas de la ciudad, decidieron tomar las armas por su cuenta y defender su honor y sus hogares sin atender a las súplicas y arengas del general godo, a quien inclusive le asesinaron su mensajero.

Todo terminó en lamentable y espantosa matanza que extendió la fama de dichas heroínas por todo el Alto Perú, arrancando de Belgrano, acampado en Jujuy, un encendido informe a Buenos Aires fechado el 4 de agosto de 1812:

«¡Gloria a las cochabambinas que se han demostrado con un entusiasmo tan digno de que pase a la memoria de las generaciones venideras!».

Como era de imaginar, esto inflamó aún más la decisión de Juana del incorporarse

a la lucha y redobló su acoso a Manuel Ascencio para lograr su objetivo.

Quizás el argumento más decisivo fue que el seguro escondite de la montaña había dejado de serlo a medida que la voz había ido corriendo por la región y ya eran muchos los indios, cholos y criollos que trepaban hasta él, a veces llevando leña o alimentos y otros sólo por curiosidad, para conocer a la esposa e hijos de ese caudillo de quien tantas hazañas ya se contaban.

Pero lo que decidió a Juana finalmente a obviar las objeciones de su marido y a ahogar su sentimiento maternal abandonando a sus hijos en manos confiables fueron las noticias de que un nuevo ejército proveniente de Buenos Aires se habían internado en el altiplano para auxiliar a los patriotas que combatían contra los godos.

Capítulo VII

Esta vez el jefe era el general Manuel Belgrano, quien, según se había difundido ya por la región, demostraba, muchas mejores condiciones que el anterior, González Balcarce, quien con su comandante político, Joan José Castelli, desperdiciaron la gran oportunidad que se les había presentado al encontrar casi todos los pueblos altoperuanos alzados entusiastamente en armas contra el ocupante.

Belgrano, a diferencia de sus antecesores, no parecía dispuesto a cometer sus mismos errores, sobre todo las manifestaciones sacrílegas, malas copias del revolucionarismo francés, que habían llevado, por ejemplo, a viejo conocido de Manuel Padilla, Bernardo Monteagudo, a officiar misas negras en la iglesia de Laja y a pronunciar sermones sacrílegos, escandalizando a una población que desde el último indio hasta el primer realista se manifestaba profundamente católica, por convicción o por temor.

Entonces Padilla se había presentado ante González Balcarce ofreciendo sus hombres para fortalecer el ejército abajeño, y el jefe porteño lo había aceptado pero incorporando a esos patriotas como soldados rasos y separándolos de su jefe, a quien concedió un conmisericordioso cargo de suboficial. El gran caudillo altoperuano había debutado así en su conflictiva relación con los ejércitos libertadores que subían desde el Río de La Plata, desempeñando un papel mucho menos preponderante que el que hubiese deseado y merecido en el desastre de Huaqui.

Ahora las cosas parecían ser distintas. Belgrano era un hombre justo y respetuoso de las costumbres y de las creencias de los lugareños, y además había derrotado a los ejércitos realistas nada menos que en dos batallas, en Salta y en Tucumán, luego de la cual, en un gesto que le había ganado la simpatía de los habitantes de la región y también el encono de sus superiores en Buenos Aires, había amnistiado a todos los rendidos, inclusive a su jefe, el arequipeño Mariscal Pío Tristán, aceptándoles la rendición y dejándolos en libertad con honores y a tambor batiente con la simple promesa de no volver a emplear las armas en contra de la causa patriota.

Los esposos Padilla se presentaron ante el general Belgrano y de inmediato y hasta el final de sus días se estableció entre ellos una vigorosa corriente de simpatía y de comprensión. Belgrano supo apreciar que tenía ante sí dos colaboradores de gran valía y así lo reflejó en los informes que enviaba a Buenos Aires.

Doña Juana, enfervorizada, recorre las tierras de Tarabuco convocando voluntarios para unirse a la lucha por la independencia y por la libertad. Su presencia en los ayllus era tan imponente, encabritada sobre su potro entero y apenas domado, haciendo entrechocar su sable contra la montura de plata potosina, enfundada en una chaquetilla militar que lucía con un garbo varonil que la embellecía como mujer, tan absolutamente convencida de aquello que también convencía a Manuel Ascencio, que

llegó a reunir a 10 000 soldados.

—Es la Pachamama —susurraban los indios, ilusionados de que si la seguían les sucederían cosas buenas.

Los esposos habían recibido instrucciones de Belgrano de reclutar voluntarios, alistarlos y unirse a las tropas que pronto chocarían contra las fuerzas realistas.

El hecho de que Juana fuera mujer, y tal estirpe de mujer, decidía a muchos hombres a unirse a la lucha y, lo que era más remarcable, también lo hacían no pocas mujeres, anticipando lo que sería aquel formidable cuerpo de amazonas que debería ocupar mejor lugar en nuestra Historia.

Manuel Ascencio, menos aureolado por lo mágico o lo religioso, prometía que, de obtener la victoria, las tierras sobre las que indios y cholos dejaban sus vidas al servicio de patrones despiadados volverían a ser suyas como lo fueron en los tiempos del Collasuyo, el imperio indígena.

Sus dominios, eso era lo que aymaras y quechuas veían representado en doña Juana, la Pachamama, la madre tierra, aquello que ellos añoraban, que les había sido arrebatado en una guerra que habían perdido y desde la que vivían sometidos entregando su sudor y su sangre sin que a cambio los godos les dieran más que sufrimiento, indignidad y muerte prematura.

Las tropas argentinas de Belgrano representaban, una vez más, la posibilidad de que el triunfo estuviera próximo. Aunque Castelli y González Balcarce hubieran fracasado ignominiosamente. Pero eran los aliados naturales de los caudillos altoperuanos por cuanto tenían el mismo enemigo: las tropas españolas que bajaban desde Lima para sofocar la rebelión que había estallado a orillas del Río de la Plata.

Sin embargo, quizás para no despertar los celos de las tropas regulares y de sus oficiales, en los campos de Vilcapugio Belgrano dispuso que los Padilla y sus hombres se ocupasen de transportar los pesados cañones a través de escarpadas montañas hasta situarlos en los lugares adecuados. De esta manera, otra vez Manuel Ascencio fue simplemente testigo, tascando el freno y ahogando la rabia, de una derrota de los ejércitos patriotas en los que él tanto confiaba para asegurar la victoria contra España.

De todas formas cumplieron cabalmente con las instrucciones posteriores del abatido Belgrano y protegieron la retirada de las divisiones del general Díaz Vélez hacia Potosí.

Doña Juana quiso saber de boca del mismo jefe del ejército por qué se les había negado una participación más directa en la contienda, segura ella que de no haber sido así otra habría sido la suerte de esa batalla. Al parecer el general argentino le respondió que existían dudas acerca de la disciplina que pudiera imponerse a fuerzas tan desacostumbradas a la formalidad de un ejército regular.

Herida en su amor propio pero demostrando su excepcional espíritu, la amazona

decidió organizar un batallón que denominó «Leales», al que le inculcó tácticas y estrategias militares que pudo aprender de algunos textos que el mismo Belgrano le facilitó.

La mística alrededor de la figura de la esposa de Manuel Ascencio Padilla continuaba creciendo en vastas regiones del Alto Perú, adquiriendo características sobrenaturales. Fortalecida su identificación con la Pachamama, el austero Bartolomé Mitre en su *Historia de Belgrano* dice: «doña Juana era adorada por los naturales, como la imagen de la Virgen».

En campaña solía llevar un pantalón blanco de corte mameluco, chaquetilla escarlata o azul, adornada con franjas doradas y una gorra militar con pluma azul y blanca, los colores de la bandera del general Belgrano, quien le había obsequiado su espada favorita, en cierta ocasión en que presencié su bizarría y arrojo, prenda que doña Juana lucía con gran estima.

Los Padilla exhibieron el azul y el blanco en vestimentas e insignias en solidaridad con el general porteño y en desacuerdo con el Triunvirato de Buenos Aires, que a través de Bernardino Rivadavia obligó a Belgrano a abjurar de su bandera y hacerla desaparecer.

Buenos Aires era cómplice de la actitud de Gran Bretaña, que se había comprometido a apoyar a los gobiernos revolucionarios de América del Sur siempre y cuando éstas no adoptaran posturas independistas que pudieran afectar su política de hipócritas buenas relaciones con España, a la que pretendía arrancar las mayores facilidades comerciales en sus colonias americanas.

Es así que la utilización de doña Juana de los colores celeste y blanco, cuya historia conocía pues solían los esposos Padilla sostener pláticas con el comandante en jefe del ejército argentino, puede considerarse un gesto de reconocimiento y de simpatía hacia quien, cuando izó por primera vez la insignia a orillas del río que luego sería llamado, en conmemoración, juramento, fue severamente reprendido por las autoridades porteñas, quienes le ordenaron deshacerse de ella y volver a enarbolar la roja y gualda de la corona española.

No le fue mejor más tarde cuando, en camino hacia el Alto Perú, festejando el segundo aniversario de la proclama de Mayo, vuelve a reemplazar el estandarte real por la bandera celeste y blanca, la que hace bendecir por el cura Gorriti y pasear por las calles de la ciudad.

Enarbolada en el Cabildo y saludada por salvas de los cañones, Belgrano hizo formar las tropas ante ella, arengándolas con lo que para muchos fue una verdadera declaración de independencia, alejada de las especulaciones politiqueriles de sus gobernantes.

«El 25 de Mayo será para siempre memorable en los anales de nuestra

historia, y vosotros tendréis un motivo más para recordarlo porque sois testigos, por primera vez, de la bandera nacional en mis manos, que nos distingue de las demás naciones del globo (...). Esta gloria debernos sostenerla de un modo digno con la unión, la constancia y el exacto cumplimiento de nuestras obligaciones hacia Dios (...). Jurad conmigo ejecutarlo así, y en prueba de ello repetid: ¡Viva la Patria!».

Su comunicación al Triunvirato le es respondida por el inconfundible estilo de Rivadavia:

«El gobierno deja a la prudencia de V. S. mismo la reparación de tamaño desorden (la jura de la bandera), pero debe prevenirle que ésta será la última vez que sacrificará hasta tal punto los respetos de su autoridad y los intereses de la nación que preside y forma, los queja más podrán estar en oposición a la uniformidad y orden. V. S. a vuelta de correo dará cuenta exacta de lo que haya hecho en cumplimiento de esta superior resolución».

Buenos Aires privilegiaba el temor a desagradar al embajador Lord Strangford.

Furioso y despechado, don Manuel responde el 18 de julio de 1812, sincerándose que en las dos oportunidades había izado la bandera para «exigir a V. E. la declaración respectiva en mi deseo de que estas provincias se cuenten como una de las naciones del globo». Pero no dictando la independencia el gobierno no le cabía otra conducta que recoger la bandera «y la desharé para que no haya ni memoria de ella —escribe con conmovedor despecho—. Si acaso me preguntan responderé que se reserva para el día de una gran victoria y como ésta está muy lejos, todos la habrán olvidado».

La bandera celeste y blanca se izó en la Fortaleza de Buenos Aires recién tres años más tarde, luego de caído Alvear a raíz de su fracasada intentona de defenestrar a San Martín como gobernador de Mendoza sustituyéndolo por el coronel Perdriel.

Ya en los llanos de Ayohúma, Belgrano convocó a los Padilla a integrarse protagónicamente en sus fuerzas, y colocó a doña Juana y a Zelaya, otro de los lugartenientes predilectos de Manuel Ascencio, en su flanco derecho junto con otras fuerzas regulares.

El general Pezuela, militar de experiencia y de probadas condiciones, informó al virrey Abascal luego de sus triunfos frente a los ejércitos revolucionarios:

«Las tropas de Buenos Aires presentadas en Vilcapugio y Ayobúma, es menester confesar que tienen una disciplina, una instrucción y un aire y despejo natural como si fuesen francesas —el mayor elogio en aquellos años

napoleónicos—. Pero si las mandan Belgrano o Díaz Vélez serán sacrificadas; estos jefes no supieron hacer el menor movimiento cuando obligándoles yo a variar su primera posición, no se dieron disposición de ocupar las alturas».

También José María Paz, quien participó en la batalla, a pesar del afecto y del respeto que evidencia hacia Belgrano, es muy crítico en sus Memorias:

«El general Belgrano en Ayobúma no debió con tanta anticipación ocupar el campo que había elegido, revelando de este modo sus intenciones; pudo situarse a corta distancia y, en el Momento preciso, tomar la iniciativa y batir al enemigo, según lo deseaba. Pezuela nos presentó la más bella ocasión de vencerlo, bajando tan lenta como estúpidamente una cuesta que era un verdadero desfiladero, ante nuestra presencia; si en esos momentos es atacado, es más que probable que hubiera sido deshecho. El general Belgrano no se movió, por esperarlo en el campo de su elección. Más tarde, el enemigo se colocó casi a nuestra derecha, destacando una fuerza a franquearnos, y el plan de nuestro general se trastornó del todo: demasiadamente aferrado en su idea, no pudo salir del círculo que él mismo se había ceñido».

Las tropas regulares del flanco derecho defecionan rápidamente y se desbandan en completo desorden, pero los «Leales» de Juana Azurduy luchan en forma extraordinariamente corajuda y tenaz a pesar de que enfrentan a las armas de fuego realistas solo con hondas y macanas, pero soportan el ordenado y eficaz embate de las experimentadas tropas del rey durante largo rato hasta que son inevitablemente arrasadas en ese flanco de Charahuayto.

Fue a raíz de esta acción que Belgrano, indignado con sus propias fuerzas y emocionado con el coraje de doña Juana y sus «Leales», le obsequia su espada, que ella lucirá hasta su última batalla.

La de Ayohúrna tiene gran importancia para los Padilla pues no sólo significa la retirada de los ejércitos rioplatenses en los que ellos habían depositado tanta esperanza, sino que también implica a la convicción definitiva de que de allí en más los caudillos altoperuanos deberían arreglárselas por sí mismos sin esperar demasiada ayuda de tropas abajeñas. Lamentablemente, la historia por venir les dará la razón.

A partir de allí los esposos Padilla sistematizan lo que hasta entonces sólo ha sido una acción impulsada por el coraje y la desesperación y se esfuerzan por dar coherencia a una estrategia bélica, la guerrilla o guerra de partidarios; de extraordinaria relevancia y precocidad, que sólo tiene parangón con la que lleva a cabo Güemes simultáneamente en Salta y Jujuy. Quizás en su contacto con los doctores de Chuquisaca, Manuel Ascencio haya escuchado algo sobre la resistencia

de las guerrillas españolas contra el invasor francés. Aunque ello es improbable.

Capítulo VIII

Juan Hualparrimachi era un joven cholo que cierto día se presentó ante los esposos Padilla y se propuso para integrar sus fuerzas. Desde el primer momento quedaron éstos muy impresionados por la apostura y la inteligencia de este joven que acababa de salir de la adolescencia, pero que ya expresaba ideas claras en cuanto a su decisión de luchar por un mundo mejor.

Pero mucho más sorprendente fue cuando fueron desentrañando la genealogía de Hualparrimachi: éste afirmaba, y nada lo desmentía, ser hijo natural de Francisco de Paula y Sanz, quien había gobernado Potosí, al servicio del rey de España, durante varios años, haciéndolo con probidad y acierto, lo que le ganara un considerable prestigio en la ciudadanía. De Paula Sanz era, y esto era sabido de uno y otro lado del océano, también hijo ilegítimo, nada menos que de un rey de España, Carlos IV.

Su odio al español provenía no sólo de su reacción ante la injusticia a que eran sometidos él mismo y sus pares, sino también, a nivel más personal, a la absoluta desconsideración con que su padre, quien fuera luego fusilado por Castelli al entrar en Potosí, había tratado a su madre, una bellísima indígena, quien, para completar una genealogía deslumbrante, era descendiente directa del inca Huáscar. Ello no impidió que el arrogante español, luego de mantenerla amancebada durante un cierto tiempo, la abandonara más tarde en la miseria y la depresión que la llevaron a una muerte prematura.

Hualparrimachi se ganó prontamente la confianza y el afecto de doña Juana, que lo trató como a uno más de sus hijos, quizás como las señoras distinguidas de entonces trataban a sus criados preferidos. Mientras que Manuel Ascencio, confiado en el ascendiente que el joven cholo tenía sobre sus iguales y apreciando la habilidad letal que demostraba en el manejo de la huaraca, rápidamente le asignó el puesto de su lugarteniente.

El cholo Hualparrimachi era extremadamente valiente y eficaz en los encarnizados entreveros, y atacaba a sus enemigos con una ferocidad que impresionaba a propios y ajenos, lo que hizo que su fama, aumentada por los relatos idealizados, se expandiera por la región.

Pero tan sorprendente que parecía descabellado, Hualparrimachi era, entre tanto odio y devastación, poeta. Y los tiempos han demostrado que sus poesías, redactadas en quechua, tenían talento:

*¿Chekachu, urpílay,
Ripusaj ninqui,
Caru llajtata?
¿Manan cutinqui?...
«Rinayqui ñanta
Ckabuarichibuay,*

Nauparisuspa, buackayniyllaybuan
Chajbumusckayqui.
»Rupbaymantari, nibuajtiyquiri,
Huackayniyllari,
Ppuyu tucuspa
Llantuycusuncka.
»¡Aucharumij buabuan!
¡Auca Kakaj churin!
¿Imanasckataj
Sackeribuanqui?

Traducción de Joaquín Gantier:

*¿Es verdad, amada mía que dijiste,
me voy muy lejos para no volver?
Enséñame ese camino, que adelantándome,
Lo regaré con mi llanto.*

*Cuando me digas del calor del sol,
mi llanto, en nube convertido te hará sombra.
¡Hijo de la piedra! ¡Hijo de la roca!
¿Cómo me has dejado?*

Una de las funciones que Manuel Ascencio le asignaría a Hualparrimachi fue la de colaborar con doña Juana en la custodia de sus hijos.

Capítulo IX

La región en que combatieron los esposos Padilla Azurduy, integrante de las Provincias Unidas del Río e la Plata hasta 1825, se extiende desde el norte de Chuquisaca hasta las selvas de Santa Cruz, o sea, la última del contrafuerte andino al oriente, comprendiendo las ramificaciones de la cordillera de Los Frayles y las serranías de Carretas, Sombreros y Mandinga, por cuyas vertientes corren los ríos de Mojotoro, Tomína, Villar, Takopaya, Tarvita, Limón, Pescado, Sopachuy y otros. Los pueblos principales son Presto, Mojotoro, Yamparáez, Tarabuco, Takopaya, Tomina, La Laguna y Pomobamba, pueblos estos últimos que ostentan hoy los nombres de nuestros protagonistas: Padilla y Azurduy.

La zona es propiamente la que comprende en la actualidad el departamento de Chuquisaca, exceptuando la provincia de Cinti, que queda al sur.

De esta guerra, que llama «Guerra de las Republicuetas», dice Mitre en su Historia de Belgrano y de la independencia argentina:

«Es ésta una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas represalias y la más heroica por sus sacrificios oscuros y deliberados. Lo lejano y aislado del teatro en que tuvo lugar, la multiplicidad de incidentes y situaciones que se suceden en ella fuera del círculo del horizonte histórico, la humildad de sus caudillos, de sus combatientes y de sus mártires, ha ocultado por mucho tiempo su verdadera grandeza, impidiendo apreciar con perfecto conocimiento de causa su influencia militar y su alcance político».

Como guerra popular, la de las Republicuetas precedió a la de Salta y le dio el ejemplo, aunque sin alcanzar igual éxito. Como esfuerzo persistente, que señala una causa profunda y general, duró quince años, sin que durante un solo día se dejase de pelear, de morir y de matar en algún rincón de aquella elevada región mediterránea. La caracteriza moralmente el hecho de que, sucesiva o alternativamente, figuraron en ella ciento dos caudillos más o menos oscuros, de los cuales sólo nueve sobrevivieron a la lucha, pereciendo los noventa y tres restantes en los patíbulos o en los campos de batalla, sin que casi ninguno capitulara ni diese ni pidiese cuartel en el curso de tan tremenda guerra. Su importancia militar puede medirse, más que por sus batallas y combates, por la influencia que tuvo en las grandes operaciones militares, paralizando por más de una vez la acción de ejércitos poderosos y triunfantes.

Lo más notable de este movimiento multiforme y anónimo es que, sin reconocer centro ni caudillo, parece obedecer a un plan preconcebido, cuando en realidad sólo lo impulsa la pasión y el instinto. Cada valle, cada montaña, cada desfiladero, cada

aldea, es una Republicueta, un centro local de insurrección, que tiene su jefe independiente, su bandera y sus termópilas vecinales, y cuyos esfuerzos convergen, sin embargo, hacia un resultado general, que se produce sin el acuerdo previo de las partes. Y lo que hace más singular este movimiento y lo caracteriza es que las multitudes insurreccionadas pertenecen casi en su totalidad a la raza indígena o mestiza, y que esta masa inconsistente, armada solamente de palos y de piedras, cuyo concurso poco pesó en las batallas ortodoxas, reemplaza con eficacia la acción de los precarios ejércitos abajeños, contribuyendo al triunfo final tanto con sus derrotas como con sus victorias, esporádicas y casi milagrosas.

Sus telégrafos eran tan rápidos como originales, porque sus comunicaciones las hacían con el fuego. En las cumbres de casi todas las montañas existían puestos de indígenas que con ojos de águila observaban cuanto sucedía en los pueblos, caminos o llanuras. Una hoguera visible en alguna altura, orientada en tal o cual dirección, encendida con maderas diversas, desde muy larga distancia avisaba a los guerrilleros la ruta que seguían las fuerzas realistas, su composición y hasta su número. De ahí la razón por que los peninsulares eran casi siempre sorprendidos por los patriotas y el motivo por el que éstos casi siempre lograban burlar las persecuciones de sus enemigos.

«Para ellos no había cuartel, sabían que iban a ser bárbaramente inmolados si eran hechos prisioneros, y a pesar de todo nunca el miedo ni el desaliento tuvo cabida en sus generosos pechos, hasta que después de más de dieciséis años de lucha constante, sin que ésta tuviese tregua ni un día, ni una hora, vieron brillar en el cielo de su patria el hermoso sol de la libertad»,

escribe Miguel Ramallo.

Los esposos guerrilleros quedaron vinculados por el norte con Arenales y Warnes, por el oriente con Umaña y Cumbay y por el sur con Camargo y las guerrillas de Tarija.

Varios hombres esforzados y audaces combatieron a sus órdenes, como Hualparrimachi, Zárate, Pedro Padilla, Fernández, Torres, Rabelo, Cueto, Carrillo, Callisaya, Miranda, Serna, Polanco y otros.

Hubo algo en esta guerra que doña Juana jamás pudo asimilar: que el grueso de las tropas realistas estuviese compuesta por americanos altoperuanos como ella. No sólo la soldadesca sino también muchos de sus oficiales. El mismo coronel Francisco Javier de Aguilera, el despiadado, quien años más tarde enlutaría trágicamente su vida, era nacido en Santa Cruz de la Sierra.

¿Cómo reclutaban los godos a los altoperuanos por cuya libertad, en absurda paradoja, sus hermanos ofrendaban sus vidas combatiéndolos? Muchos de ellos se

unían a las tropas del rey por la fuerza y se sometían como durante siglos se habían sometido a encomenderos y mitayos. Otros lo hacían por la paga, muy superior a la que recibirían alineados en el bando patriota. No eran pocos los que combatían convencidos de hacerlo contra el «supay», convencidos de que se trataba de una «guerra religiosa», exitosa acción psicológica de los realistas a la que estúpidamente contribuyeron los radicalizados Castelli y Monteagudo con sus «misas negras», irreverencias y sermones blasfemos.

—Sueño con los rostros de aquellos compatriotas altoperuanos como yo a los que maté con mi propia lanza —se lamentaba Juana Azurduy en su vejez—. Jamás me lo perdonaré.

Capítulo X

Los Padilla han decidido instalar su refugio en la Laguna y doña Juana envía a Hualparrimachi para que traiga a sus hijos. El joven cholo cumple una vez más, impecablemente, con la instrucción recibida a pesar de los riesgos que debe sortear en el trayecto hasta el lugar elegido, que de allí en más sería escondrijo y hogar. Era una posición de difícil acceso ubicada en las serranías entre Chuquisaca y Potosí que además permitía tener base de comunicación con la estación del cacique Cumbay, cuyos dominios estaban en San Juan de Piraí.

A veces cuando huidas, luchas o reclutamiento les dejaban algún día de paz, los Padilla observaban como iban creciendo sus niños.

Manuel siempre encaramado a algún árbol, demostrándose a sí mismo y demostrando a los demás que nada le era imposible; y si alguna rama se partía y lo arrojaba sobre el duro suelo de pedregullo nunca permitía que su rostro expresase el más mínimo dolor. A pesa de sus pocos años en su cuerpo ya se adivinan músculos y tendones vigorosos, y cuando se enfadaba su mirada era fuerte y altiva.

A Mariano le gustaba jugar con amazonas y soldados, y todos lo hallaban dueño de un encanto muy seductor. Cuando se proponía algo, lo lograba a través de un hábil manejo de las situaciones, y era capaz de imponer su voluntad sin que el otro se diese cuenta.

Juliana, a diferencia de Mariano que era el más blanco, mostraba la tez cobriza coloreada por su ascendencia indígena. Imitaba en todo a su madre, y a pesar de sus tres años de edad ya conseguía mantenerse sobre la grupa de un caballo lanzado al galope.

En cuanto a Mercedes, todos sus sentidos estaban todavía puestos en mantener el equilibrio yendo de los brazos de Hualparrimachi a los de alguna chola sonriente, en incesantes y alborozadas idas y vueltas que no retaceaban revolcones. A su padre le gustaba arrojarla al aire con sus fuertes brazos y recogerla entre las risas de su hija menor, confiada, en que ese ser amado jamás permitiría que nada malo le sucediese.

Los Padilla continúan la lucha, aunque cada vez más convencidos de que, a la espera de algún milagro proveniente del Río de la Plata, sus aliados deberán hallarlos en la región.

Su buena relación con los indígenas y el conocimiento de su idioma, de los que Hualparrimachi era sólo un notorio ejemplo, les rindió grandes beneficios en su lucha.

Fue así como el cacique Cumbay, el poderoso jefe indio guaranítico que dominaba las selvas de Santa Cruz y gran parte del este de Chuquisaca, a favor del gran ascendiente que por su heroísmo y rectitud tenía sobre sus súbditos, como así también por su preocupación en la buena formación militar de sus flecheros, se

presentó un día en el campamento de los esposos guerrilleros.

Lo hacía a instancias del general Belgrano, a quien Cumbay había querido conocer y rendir honores. El jefe argentino le había hecho grandes elogios de los Padilla.

Cumbay parece interesado fundamentalmente en conocer a doña Juana, tanto es así que desciende de su caballo blanco que le obsequiara Belgrano e inclina, en un gesto inusitado para un jefe tan poderoso, su cabeza en señal de pleitesía, mientras sus hombres disparan sus flechas hacia el cielo lanzando ese alarido colectivo que tanto terror siembra en sus enemigos.

Doña Juana, emocionada y vacilante, como queriendo de alguna manera corresponder el gesto de Cumbay, atina a quitarse el vistoso y multicolor poncho que manos fervorosas y laboriosas han tejido para la Pachamama y se lo entrega a su nuevo amigo. También su esposo busca el mejor trofeo de guerra, un arcabuz de chispa, y se lo obsequia a Cumbay. Luego, sentados sobre el polvo del suelo, conversan durante largas horas, al cabo de las cuales el cacique guaraní hace señales para que algunos de sus mejores soldados permanezcan a las órdenes de los Padilla.

Este pacto de amistad y de apoyo recíproco durará mucho tiempo y Manuel Ascencio podrá contar con los guerreros guaranícos de Cumbay aun en los momentos más difíciles.

Como cuando, luego de la derrota de Ayohúma, el desánimo cunde por las regiones bajo su dominio y le resulta extraordinariamente difícil reclutar partidarios de refresco, a los que antaño convencía más con la promesa de lo que la victoria repartiría que por convicciones patrióticas de rebelión contra el opresor.

Las sucesivas derrotas de los ejércitos argentinos terminado por demostrar a los lugareños que las razas realistas son poderosas y que están mejor comandadas que las fuerzas regulares abajeñas, de las que poco pueden ya esperar. Por el contrario, la experiencia les enseña que las fuerzas de Castelli y Balcarce, Belgrano, y más adelante de Rondeau y de Aráoz de Lamadrid, comandantes de los cuatro ejércitos que Buenos Aires enviará para tratar de conquistar Lima atravesando el altiplano, producen consecuencias similares: al principio el entusiasmo y la adhesión de los caudillos de la guerra de recursos, luego una progresiva desilusión por los desplantes y errores de los porteños, y más adelante, al caer éstos derrotados ante los realistas más como consecuencia de sus propios defectos que por virtudes de sus enemigos, quedan al descubierto y expuestos a la feroz represión quienes los han apoyado, ya sea con las armas o con víveres, ya sea integrando sus fuerzas o dándoles refugio en los momentos difíciles.

A pesar de las dificultades y de los negros momentos, Manuel Ascencio y Juana no vacilan en continuar la lucha. Y no se trata de que hayan llegado a un punto de imposible retorno, ya que los jefes realistas son suficientemente inteligentes como

para alternar una feroz represión con los intentos de soborno a las principales figuras rebeldes.

Es así como Goyeneche hace llegar a Manuel Ascencio una propuesta a través de su lugarteniente, el coronel Díaz de Letona, quien le ofrece todo tipo de garantías y de honores, un cargo bien remunerado y también una importante suma de dinero para que abandone la lucha.

—Qué chapetones éstos, me ofrecen mejor empleo ahora que me porto mal que antes cuando me portaba bien. —Doña Juana no vacila un segundo. Y su esposo tampoco. Ambos redactan una ejemplar nota de respuesta:

«Con mis armas haré que dejen el intento, convirtiéndolos en cenizas, y que sobre la propuesta de dinero y otros intereses, sólo deben hacerse a los infames que pelean por su esclavitud no a los que defienden su dulce libertad como yo lo hago a sangre y fuego».

No fueron los esposos los únicos en rechazar sobornos. A fines de 1816 el general De la Serna invita al caudillo Francisco Uriondo a cambiar de bando, «seguro —le decía— de que disfrutará de las gracias en mi proclama prometo, de que olvidaré lo pasado, y de que se le acogerá sin faltar a nada de lo que ofrezco».

Uriondo contestó con un largo documento en el que afirmaba que su espada «será para emplearla en la más tirana garganta de los gobernadores de esta infeliz provincia, que atropellando todas las leyes justas han provocado a los cielos, han infamado hasta los extremos más degradantes las armas del Rey que dicen defender, han hollado con crueldad los sagrados derechos de la humanidad. Con que vea Vuestra Excelencia si podré yo, sin entrar en público atentado, pasar a la compañía de esos criminosos cuyo exterminio impera de mi mano esta ofendida provincia».

Lamentablemente, no todas estas propuestas corruptoras fueron rechazadas, sobre todo a medida a situación que la situación rebelde fue empeorando con el correr del tiempo.

La extremada debilidad política y militar en que los Padilla habían quedado en el Alto Perú luego de las derrotas de Belgrano hacía que los cuatro niños Padilla tuvieran que seguir a sus padres en una interminable marcha de escape y escondite, sufriendo privaciones y dificultades que sus padres y Hualparrimachi trataban de disimular prestándoles toda la atención que les era posible, jugando y enseñándoles.

Dicha debilidad obligaba a los esposos a dar muestras de que la lucha continuaba. Y que esta lucha era contra la opresión y la injusticia y nunca con objetivos de beneficio propio, pues ello hubiese terminado por aislarlos completamente. Esto hacía que cuando algún indio o algún cholo era sometido a maltrato por parte de un funcionario del gobierno, subiese hasta el refugio de los Padilla para contárselo o les

enviase el mensaje a través de algún chasqui, y entonces los esposos organizaban operaciones de escarmiento.

Por ejemplo, si algún alcalde se había excedido en el cobro de los impuestos, lo emboscaban en algún punto de las sendas que ellos conocían bien, le quitaban la bolsa del dinero recaudado y la enviaban al pueblo para que se repartiera entre los que habían sido víctimas de la codicia, no sin antes haber separado algo para poder dar de comer a sus hijos. También para sostener su lucha comprando vituallas, mulas y armas.

Las necesidades logísticas de sus tropa eran generadoras de indisciplinadas incursiones de algún lugarteniente levantisco y aprovechado que, con pretexto de que los Padilla lo necesitaban, se apoderaban por la fuerza del grano almacenado, las cabras y las gallinas que constituían las únicas pertenencias y garantías de subsistencia de los habitantes de la región.

No faltaban las oportunidades en que dichas fechorías eran cometidas por supuestos lugartenientes de Manuel Ascencio y Juana, sin que jamás hubiesen integrado sus fuerzas.

Lo que aliviaba el disgusto de los lugareños con los jefes guerrilleros era que la prepotencia y crueldad de los realistas era, de todas maneras, más terrible.

Cierta vez, para impedir que se cometieran atrocidades en su nombre, Padilla hizo arcabucear a un impostor en la plaza de Yamparáez. Había sido Hualparrimachi quien lo capturó.

Capítulo XI

El joven cholo había desarrollado una fuerte relación con los niños, sobre todo los varones Manuel y Mariano, quienes aprendían del joven indio las habilidades de la selva, cómo sacarle punta a una flecha, cómo tensar un arco, cómo atravesar peces con una lanza, cómo cazar monos y hacer sabrosa su carne, cómo trepar hasta la copa de los árboles para vigilar. Al mismo tiempo consideraban natural que ese joven apuesto de brazos nudosos y de piernas bien torneadas les recitase bellas poesías acompañándose de su quena:

*Luz que me despiertas en cada mañana,
con la sonrisa rosada de otra aurora que llega,
y, muy despacio, va dorando el cielo,
mientras un sol madrugador, entibia
del aire la caricia...*

Manuelito aprendió rápidamente a revolver la «huaraca», y lanzaba la piedra, que debía ser de aerolito para tener más peso, lejos y con notable puntería. Su hermano era menos vigoroso, pero tenía Mariano, en cambio, una notable inteligencia para esconderse haciéndose inhallable o para desplazarse con tanto sigilo que desconcertaba al mismísimo Hualparrimachi. Felices y jadeantes, los niños rogaban al guerrero poeta que los premiase con alguna de sus creaciones.

*¡Apu Inti, del mundo todas las maravillas
con ti despiertan y ellas son mis amigas!
¡Buenos días, aurora clara!
¡Buenos días, quieta montaña!
¡Ah sol, toda oro, y en la noche, de plata!
Buen día, cielo limpio con sol recién nacido, pasto
flor, río calmo, arroyo cristalino...*

*A ti arroyo, te hablo:
Mañanera, suave brisa
si está mi amada despierta,
llévale este hatillo de besos,
que en mi boca tengo presos.
En cuanto llegas, amigo sol,
lo que la noche esfuma con su oscuridad,
se llena de vida, luz y color
¡Buen día, Apu-Inti! ¡Buen día, mi Dios-Sol!
No te vuelvas ardiente,
no la hieras quemante.
Sé bueno, tus rayos entibia.
Torna tu luz tan suave,
que hasta su rostro llegue,
cual tímida caricia, como ese beso leve,
¡qué mis labios ansiosos,
a darle no se atreven!
Corriente de agua clara, tú que copias su imagen*

*y la llenas de besos, cuando la baña tu agua,
¿No te das cuenta cuán feliz eres?
Hoy otro día nace, donde todo está riente,
Y, como todo es un sueño dichoso y transparente,
mi alma enamorada, le envía su saludo.
Se ha dormido mi pena. Se la llevó la noche.
¡Al arribo del día mi dolor queda mudo!*

Se sentían orgullosos los niños de que fuese Juan Hualparrimachi, nieto de rey europeo y descendiente de monarca incaico, quien estuviese a cargo de ellos, pues a sus oídos llegaban comentarios de su extraordinario valor en las batallas, de su lealtad hacia sus jefes, de cómo las jóvenes indias suspiraban por su amor.

Una de sus hazañas más mentadas fue cuando él y Juana rescataron increíblemente a Manuel Ascencio, caído preso luego de una acción algo descabellada que tuvo por misión la de escarmentar a un tal Carvallo que en nombre del subdelegado del cantón de Tapala, don Manuel Sánchez de Velasco, cometía toda clase de abusos contra los nativos. Era tal su despotismo que cuando los indígenas no podían pagar los excesivos tributos que él pretendía cobrarles les confiscaba por la fuerza todas sus propiedades, la vivienda, las cosechas, los bueyes, condenándolos a la miseria más absoluta y a la inevitable muerte por inanición. Pero no terminaban aquí sus hazañas sino que a los oídos de los Padilla llegaban inacabables denuncias acerca de torturas y asesinatos que Carvallo y sus secuaces cometían como una forma de imponer su voluntad por el terror.

Ese terror realista que tan bien describiese el Tambor Vargas, un casi analfabeto y modesto integrante de las tropas patriotas que durante años llevó un diario en el que describía con una desapasionada objetividad la tragedia que se desarrollaba ante sus ojos.

Uno de sus relatos más conmovedores es aquel en el que un adolescente es ajusticiado públicamente sin que alcanzase a comprender qué era lo que iban a hacer con él y, mucho menos, por qué:

«Uno de ellos era un jovencito de la puna, así llaman a los de las pampas de Oruro y de todo lugar frígido; dicen que salía de la iglesia al patíbulo comiendo un mollete, que es el pan que hacen del áspero de la harina de la flor, sin saber por qué lo mataban ni dar crédito de que iba a ser víctima, salía con una frescura de ánimo, y siempre mascando iba el jovencito, el señor cura que lo ayudaba le decía: “hijo, ya no es tiempo de que comas, en este momento vas a la presencia del divino tribunal, pídele misericordia, llámale que te ayude, te defienda del enemigo malo; a este tenor palabras dirigidas y propias”. Para el presente asunto, el indiecito nada hablaba comiendo el mollete, hasta que le replicaba al cura: “Tata cura, desde anteanoche estoy sin comer, acabaré de comer todavía, llévenme despacio pues, ¿y no pudiera ver todavía cómo estarán mis carneros

cargados? después me volviera pronto, y entonces les acompañaré, hasta donde quieran me llevan pues”, le suplicaba a un soldado que le de licencia, después promete que le ayudará a cargar el fusil aunque sea todo el día y mañana más, llega al patíbulo, lo sientan y lo afusilan, todavía el pan en la boca, el indiecito no había acabado de tragar siquiera, lo que causó la mayor compasión, hasta los soldados enemigos se regresaron llorando viendo al difunto con el pan en la boca y en la mano, a este infeliz inocente, aún más dicen que dijo a tiempo de que un soldado y oficial le dicen que se siente: “déjenme nomás ya pues, mi madre me retará, qué dirá de mi tardanza”, así pues se manejaban los fieles vasallos de su majestad el rey de España».

Manuel Ascencio y Juana no se amedrentaban y consideraron que una vez más era necesario demostrar a los habitantes de la región que ellos no eran insensibles a las barbaridades de los godos y plantaron una acción de represalia contra el tal Carvallo. Sólo así estarían en condiciones de solicitar colaboración cuando la necesitasen, ya sea reclutando guerreros o aprovisionándose de víveres; cabalgaduras o municiones.

Eran momentos difíciles, y Padilla sólo contaba para la acción con su esposa, Hualparrimachi y José Ignacio Zárate, un caudillo proveniente de la republiqueta de Porco, que ante la desazón y la deserción que habían cundido entre las filas patriotas después del desastre de Ayohúma había decidido unir sus huestes a las de Padilla para hacerse más fuerte. Estos lo acogieron con gran satisfacción, ya que las mentas sobre Zárate lo señalaban como persona de gran coraje y gran convicción en su lucha contra los realistas.

Deslizándose en las sombras, el 19 de febrero de 1814 Padilla y Zárate penetraron en la alcoba de Sanchez de Velasco y lo apresaron. La estrategia que habían diseñado consistía en aprovechar el terror que Zárate infundía con sus correrías, en las que no ahorraba las crueldades de la época, las que difundidas entre los partidarios del rey le habían echado fama de hombre despiadado. Fue así como, para cubrir la acción de comando de Zárate y Padilla, doña Juana y Hualparrimachi recorrieron el rancherío gritando: «¡Aquí está Zárate! ¡Aquí está Zarate! ¡Huyamos! ¡Huyamos!».

La táctica fue eficaz y lograron que la mayoría huyera despavorida y buscara refugio aterrorizada.

Satisfechos con el éxito logrado, los guerrilleros dejaron libre a Sánchez de Velasco y regresaron a su punto de origen, cargados de pertrechos y algunas riquezas que habían logrado saquear. Pero lo que no previeron fue que Carvallo, fortuitamente fuera del campamento, además de ser persona de avería era también avezado militar, logrando reunir velozmente una partida con la que salió en busca de los patriotas, sorprendiéndolos al descampado y desprevenidos.

En estas circunstancias fue clara la dificultad que significaba para los esposos llevar consigo a sus cuatro hijos, ya que, ante la sorpresa, Juana y Hualparrimachi se ocuparon de ponerlos a salvo, dejando solos frente a los atacantes a Zárate y a Manuel Ascencio, los que luego de una bravía pero muy, despareja escaramuza fueron heridos y apresados.

Los realistas no perdieron el tiempo en estaquear a Padilla y a su compañero, cuyo nombre aún desconocían, y comenzaron a torturarlos como una forma de ir preparándose para el goce de la muerte. Juana y Hualparrimachi comprendieron que debían obrar con gran premura y audacia si querían salvarles la vida, y no vacilaron en hacerlo luego de dejar a Manuel, Mariano y las dos niñas escondidos en la casa de una familia india leal.

En el estiramiento de los tormentos y la consiguiente demora en la pena capital influyó no sólo el ebrio regodeo sádico sino también la intervención de Sánchez de Velasco, quien no olvidaba que Padilla y los demás le habían perdonado la vida, y exigía como autoridad que antes de ser pasados por las armas, dado que por la importancia de los reos él debería informar a la superioridad, los prisioneros recibieran la extremaunción de un sacerdote.

Los realistas, ya en un estado de franca borrachera, habían pasado de los golpes a la utilización de las armas blancas, y se divertían ahora en hacerles cortes a Padilla y a Zárate entre burlas y carcajadas.

De pronto del exterior llegaron voces alarmadas que anunciaban el regreso del tal Zárate, ese campeón el terror que erizaba la piel de los godos. Los torturadores interrumpieron sus tareas y salieron a preparar la defensa ante tan temible ataque.

Como es de imaginar, se trataba de Juana y de Hualparrimachi, quienes disparando al aire y arrastrando ruidosas ramas de Cola por el suelo, desgañitándose en gritos de amenaza y de alarma, habían tenido éxito en crear confusión, y los prisioneros aprovecharon para huir a todo lo que daban sus piernas.

Capítulo XII

Estos éxitos, sumados a la expansiva aureola de Pachamama que seguía adquiriendo doña Juana, permitieron a los Padilla engrosar sus tropas. Pero también ayudaban las buenas nuevas: desde el sur venían gentes anunciando que se estaba organizando otro ejército auxiliar abajeño, financiado en gran parte con los tesoros que Belgrano había saqueado de la Casa de Moneda en Potosí, lo que le había granjeado la antipatía de muchos altoperuanos. Mucho más cuando se supo que al retirarse huyendo luego de sus derrotas había intentado volar tan bello e histórico edificio.

Lo relata José María Paz, quien entonces era un joven capitán. Eran los días posteriores al desastre de Ayohúma:

«El enemigo no estaba quieto, y nuestra permanencia en Potosí no podía ser larga. El 18 por la mañana se dio la orden de marcha para esa tarde, y a las dos estuvo la infantería formada en la plaza, y la caballería en la calle que está al costado de la Casa de Moneda. Las tres serían cuando se marchó el general Belgrano con la pequeña columna de infantería, quedando solamente el general Díaz Vélez con nosotros, que seríamos ochenta hombres. Se empezaron a notar algunos secretos entre los jefes más caracterizados, y había en el aire algo de misterio que no podíamos explicarnos. Luego estuvimos al corriente de lo que se trataba».

Se dieron órdenes a los vecinos de la plaza y demás cercanías a la Casa de Moneda para que abandonasen sus casas con sus familias y se retirasen a una distancia mayor a las veinte cuadras, Nadie comprendía el objeto de estas órdenes, y las casas, lejos de desocuparse, se cerraban con sus habitantes dentro, lo más seguramente que podían. Poco a poco fue aclarándose el misterio y empezó a divulgarse el motivo de tan extraña resolución:

«Para persuadir al vecindario a que abandonase por unas horas sus casas y al populacho de la calle que se retirase, se creyó conveniente ir haciendo revelaciones sucesivas. Se les dijo, primero, que corrían inminentes peligros si no obedecían; luego, que iban a ser destruidas sus casas y perecerían bajo sus ruinas; finalmente, se les confesó que el sólido y extenso edificio de la Casa de Moneda iba a volar a consecuencia de la explosión que provocaría un gran depósito de pólvora que iba a incendiarse».

Y no se trataba de un engaño, puesto que, efectivamente, se había resuelto en la reunión del Alto Mando hacer volar la Casa de Moneda para que los realistas, que se acercaban pisando los talones de los vencidos patriotas, no pudiesen sacar provecho de ella.

«La sala llamada de la fielatura, porque en ella se pesan las monedas que han de acuñarse, queda al centro del edificio y está más baja que lo restante de él. En esta sala se habían colocado secretamente numerosos barriles de pólvora, para cuya inflamación debía dejarse una mecha de duración calculada para que a los últimos nos quedase el tiempo bastante de retirarnos».

Estaba el sol próximo a su ocaso, cuando el general Díaz Vélez, cansado de órdenes e intimaciones que no se obedecían, y en que empleó a casi todos los oficiales y tropa que formaban la retaguardia, resolvió llevar a efecto el proyecto, aunque fuese a costa de los incrédulos y desobedientes.

Ya se prendió la mecha, ya salió el último hombre de la Casa de Moneda, ya se cerraron las gruesas y ferradas puertas de la gran casa, cuando se echaron de menos las inmensas llaves que las aseguraban:

«Vi al general en persona agitándose como un furioso y pidiéndolas a cuantos lo rodeaban; pero ellas no aparecieron. Entretanto el tiempo urgía, la mecha ardía y la explosión podía suceder de un momento a otro. Fue preciso renunciar al empeño de cerrar las puertas y, contentándose el general con emparejarlas, montó en su “Doncella” (su mula tenía este nombre) y dio la voz de partir a galope».

La precipitada marcha no se detuvo hasta el Socavón que está a una legua de la plaza, adonde llegaron al anochecer. Deseando gozar en su totalidad del terrible espectáculo de ver volar en pedazos un gran edificio y quizá media ciudad, las tropas hicieron el camino con la mirada vuelta hacia atrás:

«Yo aseguro que no separé un momento la vista de la dirección en que estaba la Casa de Moneda, lo que me originó un dolor en el pescuezo que me duró dos o tres días después».

Llegaron al Socavón desconfiando ya de que ocurriese la explosión. Un cuarto de hora después ya era certidumbre que la mecha había sido apagada o sustraída.

El general Belgrano, decepcionado y rabioso cuando vio fallida la operación, hizo un último esfuerzo por llevarla a cabo:

«El capitán de artillería don Juan P. Luna se presentó ante nosotros con una orden del Comandante en Jefe para que se pusiesen a su disposición veinticinco hombres de los mejor montados con los que debía reingresar en la ciudad y en la Casa de Moneda, volver a preparar y encender la mecha encendida que la hiciese volar».

Pero esto ya era imposible, pues el vecindario potosino, que no quería ver destruido el más valioso ornamento de su pueblo, ni derrumbadas sus casas, tampoco morir sepultado bajo sus ruinas, hubiera hecho pedazos al capitán y sus veinticinco hombres. Luna llegó a los suburbios, olfateó de qué se trataba y se retiró prudentemente.

La mecha había sido apagada por el oficial traidor N. Anglada, mendocino, del ejército patriota, quien, bien parecido, se dejó seducir por una dama realista enterada por el mismo Anglada del plan de voladura, quien lo convenció de arrancar la mecha y de ocultar las llaves que cerraban la puerta de acceso.

El plan de Belgrano, absolutamente comprensible desde un punto de vista militar, ya que se trataba de quitar recursos al enemigo, y que mucho se parece al «éxodo jujeño» de tiempo después, es una mancha indeleble que opacó la figura de don Manuel ante los altoperuano, orgullosos de un edificio tan vello que recibe el apelativo algo excesivo de «el Escorial de América».

Capítulo XIII

Doña Juana transcurrió un raro tiempo sin combates, alternando su honda relación con Padilla y su maternal dedicación a sus hijos con la organización de un escuadrón al cual dio el pomposo y excesivo nombre de «Húsares», porque los nativos eran muy sensibles a los nombres extranjeros. Se encargó también de dotarlos de un uniforme precariamente concebido pero suficientemente marcial, para ser lucido con orgullo y altivez.

Este regimiento tuvo su bautismo de sangre el 4 de marzo de 1814 en la batalla de Tarvita. Enterado el matrimonio guerrillero de que avanzaba un nutrido regimiento realista al mando del comandante Benito López, se emboscaron en un desfiladero con el fin de sorprenderlo y destruirlo, y en el momento oportuno atacaron con sus fuerzas considerablemente inferiores.

Los tablacasacas eran un escuadrón bien pertrechado y disciplinado, y pudieron resistir el embate que Manuel Ascencio condujo a su cabeza, reagrupándose para salir en persecución de los guerrilleros.

Pero fue en ese momento cuando los «Húsares» comandados por doña Juana entraron en acción y se precipitaron contra el flanco izquierdo de los godos, mientras que Zárate hacía lo mismo, en una maniobra bien combinada, contra el derecho.

Después de dos horas y media de cruento combate, la acción se definió en favor de los patriotas. López, el comandante español, huyó y buscó refugio en el pueblo de Tarvita.

Habían escogido para atrincherarse la casa del cura, que era espaciosa y de paredes anchas. En los lugares de acceso levantaron barricadas de adobe, convirtieron los ventanucos del granero en aspilleras y, así parapetados, esperaron el ataque.

No tardó mucho en oírse el griterío de los indios y cholos que avanzaron sobre la casa, pero varios de ellos rodaron sobre el suelo, alcanzados por los certeros disparos que partían desde el interior.

Padilla, cambiando de táctica, ocultó preventivamente a sus hombres en los ranchos vecinos e intentó incendiar el refugio enemigo, mas tampoco obtuvo resultado, ya que los precavidos españoles habían cubierto de barro el techo.

—Cuando yo vaya a arrimar una escalera en aquella esquina —dijo, indicando con su diestra—, todos a pegar tiros y tiros a las ventanas...

—Te van a matar. ¿Qué es lo que vas a hacer? —protestó doña Juana.

—Ya lo verás. Con que... denle duro. —Y se alejó por una calle estrecha.

Cesó por unos momentos el ataque. Ningún disparo, ninguna voz. El corazón de la guerrillera latía de inquietud; sus ojos, de tanto mirar el ángulo indicado, se empañaban. Luego el tiroteo se renovó con mayor intensidad, porque cautelosamente Padilla se aproximaba ya al granero arrastrando una escalera que arrimó en el ángulo

donde no había troneras y trepó al techo cargando un bulto y su fusil.

¿Qué era lo que intentaba?, se preguntaron sus partidarios. Los disparos continuaron aceleradamente y el vocerío de los indios era ensordecedor. Padilla horadaba ahora el techo con el arma.

—¡Al asalto! ¡Al asalto! —gritó Hualparrimachi enseñando su cara ensangrentada y los indios envalentonados corearon con ímpetu.

El caudillo continuaba trabajando como un cateador de minas. Había hecho un boquete.

Los de adentro no se daban cuenta de lo que estaba sucediendo en el techo, atentos a la amenaza de asalto, a los disparos, a esos indios que avanzaban por delante y por detrás del granero.

Rozando la frente de Padilla silbó lentamente una bala. Impertérrito, obcecado, siguió su trabajo hasta concluirlo. Tomó entonces el bulto, que no era otra cosa que un cesto de ají, lo amarró con un lazo de cuero remojado y, convenientemente sujeto a su fusil, lo incendió, dejándolo caer por el boquete. Volvió a cubrir el agujero con barro y paja y saltó desde el techo entre el clamor de sus guerrilleros.

Los realistas vieron pender sobre sus cabezas una brasa gigante que humeaba con insoportable olor y, sintiéndose cegados y al borde de la asfixia, abandonaron la lucha. El humo sofocante del ají los obligó a abrir las puertas, salir al campo y rendirse a discreción.

Luego de dicha acción, Hualparrimachi, que sabía husmear donde los demás no encontraban nada sospechoso, descubrió disimulada en la vestimenta de algunos de los prisioneros una carta que dirigía Sanchez de Velasco al derrotado comandante López, en la que le anunciaba que el hijo de éste, Francisco López de Quiroga, estaba ya cerca con un escuadrón para unírsele y aumentar su poderío para derrotar a los Padilla.

Estos inmediatamente dispusieron la estrategia adecuada para dar cuenta de los nuevos y desprevenidos contingentes enemigos, y así fue como en una emboscada los derrotaron rápidamente. Tanto Sánchez de Velasco como López de Quiroga fueron hechos prisioneros y puestos al cuidado de Zárate, quien se reponía de algunas heridas importantes recibidas en el combate de Tarvita.

Si bien hasta ahora los Padilla habían logrado sofocar con habilidad y coraje los embates de sus enemigos, era evidente que éstos estaban cada vez más decididos a terminar con ellos concentrando fuerzas, debido a que la resistencia de otros caudillos iba apagándose, y preocupados porque la supervivencia de Manuel Ascencio y Juana convencía aún más a quienes los imaginaban dotados de condiciones sobrenaturales, inmunes a las armas realistas y con capacidad para invisibilizarse en el momento oportuno. De otra manera era inadmisibles que los enfurecidos y poderosos godos aún no hubieran podido dar cuenta de ellos.

El redoblado acoso obligaba a los guerrilleros a moverse con mayor precaución en terrenos cada vez más difíciles, en condiciones climáticas extremas, resultándoles a veces imposible conseguir alimento durante varios días.

Esto producía un progresivo deterioro en la condición física de los niños Padilla. Ya no le era fácil a Manuelito trepar como cabra a las alturas y a veces debía sentarse sobre una roca para recobrar el aliento. En cuanto a Mariano, se lo notaba más apagado, sin entrometerse en todo y con todos, replegado sobre sí mismo. También las niñas alegaban con frecuencia no tener fuerzas para seguir caminando y reclamaban que se las llevase en brazos. En todos ellos eran evidentes una pálida delgadez y una creciente debilidad.

A pesar de tales penurias los jefes realistas, luego de Tarvita, no fueron pasados por las armas sino conservados con vida e incorporados a la furtiva caravana. Esta magnanimidad contrastaba con la impiedad de tantos jefes al servicio del rey, pero también, para ser leales a la verdad, con la de otros jefes de Republicuetas que emularon a sus enemigos llevando siempre a cabo una atroz guerra de exterminio, en la que los rendidos, los prisioneros y los heridos de uno y otro bando eran inevitablemente ejecutados, a veces luego de feroces tormentos.

Hasta se dieron casos de canibalismo, como lo relata el Tambor Vargas:

«El 29, día de San Miguel en la fiesta de Lequepalca, estaban los indios de la Patria juntando gente, sorprendieron a dos mozos que eran orureños guardas de Alcabalas, los atropellaron y mataron a palos, también al hijo de un amedallado^[1] del rey lo mataron, después machucaron el cuerpo del muchacho en un batán, esto es, lo molieron.

»El 30 juntándose los del rey con bastante indiada y tres bocas de fuego llegaron a Lequepalca, después que los patriotas se fueron, sólo lograron pescar a algunos indios de esas inmediaciones, los encerraron en la iglesia, de donde sacaron a tres, reconviniéndolos para qué mataron a un muchacho tierno poniéndolo en ese estado machucado, pues ahora que se lo coman, que para eso lo harían así, mandando ponerlos juntos con las tercerolas, y por no perder la vida comieron naturalmente carne humana».

Los Padilla no practicaban la crueldad y un testimonio de su carisma y nobleza es que sus prisioneros de Tarvita, Manuel Sánchez de Velasco y Francisco López de Quiroga, más tarde liberados, fueron conversos a la causa rebelde, llegando el primero a ser importante magistrado de la Bolivia independizada y dedicando conmovedoras páginas de elogio a doña Juana en su excelente Memorias para la historia de Bolivia. Por su parte, López de Quiroga se incorporó al ejército boliviano para luchar en contra de su antiguo bando, llegando a general de brigada y pasando a

la historia por haber salvado la vida del mariscal de Ayacucho, D. Antonio José de Sucre después del motín de abril de 1828 en Chuquisaca.

Capítulo XIV

Un espía informa a los rebeldes que el brigadier Pezuela, furioso y quizás también asustado por la derrota de Tarvita, ha ordenado la concentración de escuadrones a su mando para acabar de una vez con los Padilla. Instruye al coronel don Sebastián Benavente, que se encontraba en Cinti, para que una sus fuerzas con las del comandante don Manuel de Ponferrada, quien se hallaba en las proximidades de La Laguna.

La amenaza es temible, pues son más de trescientos soldados de infantería, pero, sobre todo, la concentración implica más de doscientos de caballería, número imponentemente superior a las fuerzas de la guerrilla.

Luego de largas y tiernas deliberaciones, los esposos Padilla deciden que sus demacrados hijos no están en condiciones de continuar huyendo en las deletéreas condiciones que esa geografía tan exigente impone, y por lo tanto deciden dividirse, quedando ella escondida con sus hijos en el valle de Segura, acompañada de unas pocos guerrilleros, mientras él se dirige hacia los dominios del caudillo Vicente Umaña, para convencerlo de unir fuerzas. Juan Hualparrimachi irá con Ascencio en el convencimiento de que habría combate y de que el refugio era seguro.

Pocos días después, como si vientos trágicos hubieran comenzado a soplar, Juana se entera de que Manuel ha sido derrotado en las cercanías de Pomabamba por las fuerzas realistas, y que éstas luego han entrado en la ciudad, castigándola por haber sido solidaria con las fuerzas patriotas, saqueándola, incendiándola y cometiendo todo tipo de tropelías contra sus habitantes. Juana teme por la suerte de Manuel, pero confía en que la sagacidad de éste le habrá permitido una vez más eludir la muerte.

De todas maneras, ya resulta claro que su refugio se ha vuelto muy poco seguro—no faltaría el inevitable delator—, y sospecha que los realistas se preparan para darle caza. No le queda entonces otra alternativa que internarse en los pantanos del valle de Segura, de agua verdosa e infestados de insectos y de alimañas. Es tan inhóspito el lugar que la mayoría de los guerrilleros comprometidos ante Manuel Ascencio de custodiar a su familia desertan y buscan zonas más saneadas.

Es posible que doña Juana haya sentido en ese momento, crudamente, el flanco que al destino ofrecía su condición femenina, atada al instinto de protección de esos niños que no podían valerse por sí mismos, desamparada de la protección de un macho vigoroso como su marido, y a merced de enemigos contra los que no sabía combatir: los mosquitos y las fiebres palúdicas, amenaza mortal de la que era tan difícil liberarse en esos pantanos.

Acompañada sólo por dos o tres de sus más leales, lamentando el inmenso error de haber prescindido del irremplazable Hualparrimachi, arrastrando a sus hijos ya casi exánimes, sale del ominoso refugio de la selva, arriesgándose a la delación y al

ataque con tal de que los niños puedan encontrar sosiego, abrigo y alimento en algún rancho vecino.

El peor de sus temores se confirma, ya que Manuelito, el mayor, a pesar de ser el más robusto y el más estoico, cae preso de las violentas fiebres de la malaria y va desmejorando hora tras hora ante la angustia de su madre.

¿Qué ha sido mientras tanto de Manuel Ascencio? Llamado con insistencia por Umaña, pasó al pueblo de Sauces llevando consigo cincuenta fusiles, un cañón y algunas cornetas y otros pertrechos militares arrebatados al enemigo a lo largo de tantas escaramuzas.

Era don Vicente Umaña un guerrillero semisalvaje, feroz, astuto y desconfiado, con fama de que cuando acometía al enemigo lo hacía con la seguridad de ser superior sin nunca aventurar sus golpes; por esto es que, dicen los historiadores, sus operaciones en la guerra de los montoneros fueron muy esporádicas, no tienen el lucimiento ni el brillo de otras y son tan poco conocidas.

La influencia de este caudillo en la zona de Azero era grande, muchos montoneros le obedecían y además contaba con el poderoso refuerzo de los indios chiriguanos, diestros flecheros y muy numerosos en todas esas regiones.

Poco después de llegado Padilla a Sauces fue errónea o ladinamente informado de que los enemigos habían avanzado sobre Segura, sorprendiendo y aprisionando a doña Juana y a sus hijos.

El furor de Padilla no tuvo límites, y en ese momento quiso volar en socorro de su familia. Umaña y Cárdenas consultaron ante un Consejo de jefes la conveniencia de abrir un nuevo frente, y la mayoría opinó por la inmediata retirada al interior de la provincia.

Fueron vanas las amenazas, ruegos y ofertas de Padilla y Hualparrimachi: ninguno quiso acompañarlos, y cuando resolvieron partir con sus escasas fuerzas en busca del enemigo, Umaña ni siquiera quiso devolverles las armas y pertrechos que tan confiadamente habían depositado bajo su custodia.

Las protestas de Padilla fueron inútiles, los increpó llamándolos traidores y cobardes, pero sólo pudo lograr que le devolvieran una carabina de uso particular que él tenía en gran estima por ser recuerdo de su padre. Se le negaron hasta seis fusiles que pidió prestados y tuvo que reemprender la marcha con su gente desarmada.

Desde Uli-Uli mandó emisarios a Cumbay, dándole cuenta de lo ocurrido y pidiéndole una vez más auxilio de gente y armas; sin tiempo que perder, presa de oscuros presagios, partió a marcha forzada en busca de doña Juana y sus niños.

En su vejez, en esa vida que se le estiró más allá de lo que ella misma hubiese deseado, doña Juana recordaba con impresionante nitidez el momento en que se dio cuenta de que no sólo Manuelito sino también Mariano estaba gravemente enfermo. Se le aparecían como una pesadilla recurrente y atormentadora, y aquellos ojos de su

primogénito se le iban agrandando, suplicantes, tiernos y despedidores, hasta transformarse en diabólicos y acusadores. Porque si Manuel, aquel que a pesar de sus pocos siete años ya despuntaba como un varón vigoroso y arrogante como el padre, era quien primero iba a sucumbir bajo el fuego devastador de las fiebres palúdicas, fue más que evidente para la jefa guerrillera que igual destino les aguardaba a sus otros hijos.

—Anda, llevátelas lejos, al rancho de cualquier indio amigo que pueda cuidarlas hasta que sus hermanitos se curen —instruyó a Dionisio Quispe, el único acompañante que le quedaba, fugados aquellos ante quienes ya no era la jefa imbatible sino una madre angustiada, indecisa, que imploraba por la presencia de su esposo Manuel Ascencio.

La batalla de Manuelito contra su enfermedad fue tremenda, corajuda. Cuando su madre lo desvistió para ponerle paños fríos y acariciar su piel descubrió horrorizada cuán enflaquecido estaba, cuánto había sufrido el niño sin quejarse en esa vida de privaciones a que la lucha guerrillera los sometía.

Muchos años más tarde, en Chuquisaca, en su vivienda miserable, bajo el techo pajizo del que de tanto en tanto se descolgaba alguna vinchuca que nunca la picaba, como si la respetase, la anciana recordaría, no podría dejar de recordar, cómo Manuelito la consolaba:

—No llore, mamita, que ya me voy a curar.

La mujer, inmensamente sola, abrazó ese cuerpito amado que despiadadas oleadas de calor hacían temblar de pies a cabeza empapándolo en fría transpiración ese cuerpito que fundía desesperadamente con el suyo intentando poner dique a esa vida que se escapaba segundo a segundo.

—¿Y tatita, cuándo vendrá tatita, que quiero despedirme de él?

Por fin, murió Manuelito, sin cerrar los ojos hasta el último instante, con su mirada, clara a pesar de la enfermedad, fija en los ojos de doña Juana.

El aullido de esa madre debe de haber sido descomunal. Se mentaba que más pareció el alarido de un animal salvaje, herido, rabioso.

Pero no hubo mucho tiempo para lamentos, porque era ahora el turno de Mariano, quien mostraba también a las claras que su situación iba tornándose desesperante. Aquel niño reflexivo y de perspicacia asombrosa para sus cortos años, físicamente de impresionante parecido a la madre, agonizaba.

—Sí Manuel será un gran jefe, Mariano será un gran doctor —opinaba con orgullo Manuel Ascencio, tomados de la mano con doña Juana, cuando bañados por el sol generoso del altiplano hacían planes para cuando esa guerra horrible terminase.

Pero esa guerra no había terminado sino que se había llevado ya a sus dos amantísimos hijos, y doña Juana ni siquiera sabía dónde estaba su marido, temiéndolo prisionero o muerto en algún encuentro con el enemigo.

Cava dos fosas precarias para sus hijos muertos, sin tiempo para el lamento pues un mal presagio la acucia: el indio que debía llevar a Mercedes y Juliana al refugio más seguro no ha regresado.

Doña Juana ata velozmente dos ramitas y fabrica así una insignificante cruz para esa montículo de tierra yerma que alberga a esos seres tan amados que la perseguirán con su recuerdo hasta el último de sus días, hasta el último de sus minutos.

Parte de inmediato, sola, en la dirección que presume que han tomado sus hijas, y vaga por la comarca tropezándose con los arbustos, arañándose con los espinos, empolvándose en cada una de las caídas hasta divisar un rancho en cuya puerta hay un tablacasaca de guardia.

Fue en ese momento cuando se produjo algo así como un milagro. O por lo menos algo bueno entre tanto despiadado infortunio: un ruido a sus espaldas la hizo girar sobre sí misma, dispuesta a vender cara su vida, mucho menos por ella que por esas dos hijas que precisaban su ayuda. Eran Manuel Ascencio y Juan Hualparrimachi, quienes al verla, desgredada, sangrante, con la angustia pintada en su rostro, comprendieron que algo terrible había sucedido y que algo terrible seguía sucediendo.

Cuando Juana contó lo de la muerte de Manuel y Mariano, su esposo tuvo un acceso de furor, increpándola con violencia, reprochándole que no había sido capaz de cuidar a sus hijos evitándoles la muerte.

Esa escena se reproduciría incesantemente, en recuerdos y en sueños de doña Juana, grabada a fuego en su sentimiento de culpa, ya que, estaba segura de ello, si bien una madre es la indiscutible artífice de la llegada al mundo de todo niño, siempre es también en algo culpable de que algo muera.

Casi despedazada de dolor, Juana comprendía la furia de Manuel Ascencio, quien tantas esperanzas depositara en un futuro luminoso para sus hijos, siendo ése uno de los principales motivos de su lucha heroica. Hasta, de no haber sido porque Hualparrimachi se interpuso, la hubiese golpeado.

Por fin ese hombre hercúleo, noble, generoso, se echó a llorar como un infante, su cuerpo sacudido por quejidos y lamentos apagados para que los tablacasacas que vigilaban ese rancho vecino, donde seguramente sus hijas estarían prisioneras, no lo escucharan.

Fueron varias las veces en que luego Manuel Ascencio se disculpó ante Juana por su injustificado arranque. Aún muchos meses después lo seguía haciendo. Su esposa nada debía perdonarle, pues aún mayores eran sus propios reproches, buscando en vano satisfactorias justificaciones para el sacrificio que la lucha atroz había destinado a niños inocentes que no habían elegido esa vida, sino que les había sido impuesta por la decisión de sus padres. Doña Juana no podía evitar imaginar a los hijos de las damas chuquisaqueñas como ella, entibiados por el fuego crepitando en sus hogares,

llevando la misma vida prolija y segura que su condición social y económica les hubiese permitido a Mariano y a Manuel, cumpliendo con un destino acomodado a pesar del alboroto en la región; a veces, muy de vez en cuando, el enfrentamiento, entre realistas y patriotas podía alterar sus vidas, quizás con algún cañonazo lejano o con algún relato de desgracias próximas.

—Hijitos e hijitas míos, su muerte ha de tener algún sentido —se escuchó decir doña Juana y seguiría diciéndose, preguntándose y muchas veces insultándose, casi todos los restantes días de su vida.

Por fin, Manuel Ascencio se echó en los brazos de su esposa y, abrazándola con fuerza y con amor, la besó interminablemente secándole las lágrimas y fundiendo sus dolores para transformarlos en fuerza, ya que tenían ahora una misión inmediata que cumplir: liberar a las dos hijas que les quedaban.

Hualparrimachi, Manuel Ascencio y Juana se abalanzaron como una tromba sobre el rancho, casi inermes, a puño limpio, descargando garrotazos a diestra y siniestra, hiriendo y matando, sin importarles que se tratase indudablemente de una celada y que las niñas estarían allí como cebo de una partida de realistas que esperaban justamente eso, que sus padres intentaran rescatarlas para que así se cumpliese el plan urdido desde que Dionisio Quíspe prefiriese traicionar a los esposos Padilla, también él convencido de que ya no había futuro en permanecer a su lado, y de que para salvar el pellejo era necesario pasarse a los realistas.

Mercedes y Juliana yacían con sus muñecas y sus tobillos atados con ligaduras a los barrotes de una cama, y desde allí, a través de sus lágrimas, presenciaron cómo un tendal de muertos con el vientre abierto o con la cabeza desflorada quedó desparramado dentro y fuera de la mísera vivienda, mientras los heridos se revolcaban de dolor dejando regueros de sangre en su desesperada lucha por evitar la muerte, reptando entre otros ya exánimes que apenas si podían ya respirar.

Los Padilla y Hualparrimachi se alejaron con las niñas en los brazos en busca de refugio, y entonces percibieron sus cuerpecitos hirvientes y temblorosos, no por temor, ya que las niñas, tomando ejemplo de su madre, no eran menos bravías que los varones, sino por el paludismo, que también se había ensañado en ellas.

Y fue así como Juliana, que siempre ayudaba a su madre en los quehaceres hogareños, equilibrada y justa, y Mercedes, quien había sido dotada de una alegría contagiosa que hacía reír a todos con sus monerías y con sus ingeniosidades, también terminaron muriendo a pesar de que esta vez eran tres los que intentaron ayudarlas en sus esfuerzos por sobrevivir.

Capítulo XV

A partir de ese momento la guerra se transformó para Juana y Manuel Ascencio en algo despiadado, en algo brutal. Su motivación era ya no sólo el librar a su patria del opresor extranjero, sino que de entonces en más se trató también, y quizás más que nada, de vengar la muerte de sus cuatro amadísimos hijos.

Esa lucha hasta entonces, por supuesto, no había estado exenta de violencia, como que el general Belgrano, antes de Vilcapugio, había sometido a juicio a Padilla por haber pasado por las armas a algunos prisioneros que traía consigo y que, según afirmó en su defensa, habían perturbado gravemente el accionar de la partida patriota cuando fue atacada por sorpresa por otra al servicio del rey.

—No hubiéramos llegado hasta aquí con vida, ni yo ni mis hombres, ya que estos godos eran contumaces y estaban decididos a hacernos pagar por haberlos tomado prisioneros.

—Ello debería decidirlo el tribunal —había respondido el general, mirándolo de frente, con esa voz algo chillona que describieron sus contemporáneos.

Había sido Díaz Vélez quien intercediera por él y lograra convencer a Belgrano de que los méritos del jefe guerrillero eran tales que merecían que se pasase por alto esa posible falta.

Eran los tiempos en que Belgrano trataba de mostrarse ante los arribeños como una persona de conducta ejemplar, buscando de esa manera borrar el mal recuerdo que habían dejado Castelli y Balcarce y sobre todo Monteagudo, la cabeza del primer ejército auxiliar, que dejaron tras de sí una estela de violencia, de arbitrariedad y de sacrilegio que había predispuesto malamente a los habitantes del Alto Perú en contra de las expediciones libertadoras que subían desde el Río de la Plata.

Pero a partir de la muerte de Manuel, Mariano, Juliana y Mercedes la situación era otra, y ya no estaba Belgrano, derrotado por los realistas, imponiendo respeto y autoridad sobre los Padilla.

De allí en más ya no sucedió como antaño, en que Juana intercedía ante Manuel Ascencio o ante Zárate para que dejaran libres a los prisioneros o para que no maltratasen a algún capturado para arrancarle información imprescindible. Ahora era ella misma quien con sus propias manos despachaba al otro mundo a quienes portando una bandera blanca se entregaban a sus huestes.

Eran estas escenas también las que sobrevolaron a la anciana que, miserable y olvidada, pasó tantos años sentada en su banco de paja dedicada a recordar, mientras la muerte, con la que según las mentas indígenas tenía sellado un pacto, parecía no llegar nunca.

Otra de las consecuencias de la muerte de sus hijos fue que doña Juana quedó rápidamente embarazada, quizás para expulsar tanta muerte de sus vidas y también

para tratar de revivir imposiblemente a quienes se habían ido en quien estaba por llegar.

La situación de los Padilla se modifica también en cuanto a su ascendiente sobre las dispersas y maltrechas fuerzas rebeldes. En parte debido a que la tremenda tragedia que se ha abatido sobre ellos disminuye ante criollos e indios el prestigio que les había dado el suponerles indemnes a los ataques del enemigo y del destino, como si hubiesen formalizado un pacto con el supay, quien ahora parecía haberles dado la espalda haciéndolos objeto de su malignidad. Por otra parte, el cambio en la actitud magnánima y noble que tanta fama les había ganado hasta mucho más allá de la región les había ido juntando enemigos por la forma en que ahora conducían la guerra.

Entre ellos Vicente Umaña, la sombra negra de Manuel Ascencio, quien quizás por considerar que la resistencia patriota debía llevarse a cabo de otra manera o quizás por motivos menos loables, decidió sublevarse contra los esposos y eliminarlos.

Los Padilla, suicidamente, puesto que apenas contaban con Hualparrimachi y muy pocos de sus honderos, decidieron enfrentar a los cientos de partidarios de Umaña. Pero fue entonces cuando, como convocados por algún designio inexplicable, irrumpió en el horizonte una partida de flecheros que el cacique Cumbay les enviaba, respondiendo a su ruego y enterado de sus infortunios, lo que lo decidió más que nunca a ser solidario con sus amigos. Umaña, a la vista de esto, decidió replegarse.

Esto les permitió reorganizar sus fuerzas, a los flecheros chiriguanos agregaron cuarenta honderos y alcanzaron a formar un nuevo escuadrón de fusileros.

Con fuerzas tan exiguas pero movidos por una voluntad superior a la prudencia, los Padilla salieron a enfrentar a los tablacasacas cuando éstos se encaminaban nuevamente hacia Tarvita.

La táctica guerrillera ya no es la del sigilo y la de la sorpresa, sino que es la del enfrentamiento brutal a matar o a morir. La nueva batalla pasa a nuestra historia como una de las más sangrientas libradas en suelos altoperuanos. Los realistas sufren importantes pérdidas, arrollados por un ciclón humano que los fuerza a replegarse en pánico y desorden.

Los Padilla rematan a los heridos que quedan en el campo de combate y a los pocos prisioneros que intentaron ganar su misericordia entregándose brazos en alto, e irrumpen en casas y graneros insaciablemente deseosos de sangre enemiga. En una eficiente operación de limpieza exterminan a todos los godos que habían buscado refugio debajo de las camas, dentro de las parvas de heno o en los atillos.

Ni un solo tablacasaca queda con vida.

Durante mucho tiempo se comentará en la región el impresionante espectáculo de los soldados al servicio del rey arrojándose con sus cabalgaduras al torrente asesino

del río que corre en el fondo del valle, prefiriendo morir desnucados o ahogados antes de caer en manos de esa jauría ávida, en la que los temibles guerreros chiriguano mostraban mayor humanidad que los criollos y mestizos empujados por sus jefes.

Capítulo XVI

Lo expresa Joaquín Gantier: «Ya no es la ley del Talión lo que prima sino una ley más inhumana: por un muerto se exigen dos, por dos cuatro, y así en progresión satánica. En estas últimas hazañas los Padilla no han tenido piedad ni consigo mismos».

Dicha vengativa audacia, casi suicida, que había arrasado con algunos sistemas lógicos de seguridad y de precaución, debía inevitablemente cobrarse alguna víctima y ésta fue Juan Hualparrimachi.

Los poemas del joven cholo habían ido volviéndose cada vez más tristes, quizás premonitorios de lo que su intuición indígena le anunciaba.

*Huañuyta maskaj, ñocka riscani
Auckanchejcuna
Jamullanckancu, pucarancuna
Jalatajmin.*

*Voy en busca de la muerte.
Nuestros enemigos
ya vendrán
levantando sus campamentos.*

*Illarejpacha pputiy ayckechej
Maypipis casaj
Ckanlla sonckoytca pparackechirnqui
Causanuycoma.*

*Mientras te encuentres en este mundo
harás huir la pena, y donde
me encuentre, tú sola harás
latir mi corazón.*

*Misti ckkajajtin lansatataspa.
Yuyaricunqui
Mafinatachus ckanraycu kkajan
Ijma sonckgycka.*

*Cuando arda el Misti, vomitando
fuego, te has de acordar
cómo para ti arde
mi corazón oprimido.*

Escenario de esta nueva tragedia en la vida de Juana Azurduy fue el Cerro de Carretas, lugar que los esposos conocían muy bien, pues les quedaba a sólo dos leguas de Tarabuco. En este lugar los guerrilleros esperaron al ejército que el general de la Pezuela había enviado a las órdenes del coronel Sebastián Benavente, quien desplazó el poderoso contingente que tenía su cuartel en Cinti.

El combate se libró el 2 de agosto de 1814. Como siempre, la diferencia de armamento entre ambas fuerzas era imponente, ya que a las numerosas bocas de fuego se contraponían las huaracas, las lanzas y las flechas indígenas, y algunas pocas

piezas de artillería que los patriotas habían conseguido rescatar en anteriores acciones contra los realistas.

Se luchó bravíamente durante casi tres días, intentando los leales al rey trepar por las laderas donde se habían guarnecido los patriotas a favor de su conocimiento del terreno, quienes desde allí descargaban sobre ellos las pocas bombas con que podían alimentar los recalentados cañones. También habían preparado un ingenioso dispositivo de enormes piedras que hacían rodar en alud desde la cima de las montañas y que, arrastrando otras en su camino, provocaban importantes pérdidas en el enemigo.

El Cerro de las Carretas parecía inexpugnable, salvo que se tuviese un conocimiento del terreno del que los realistas carecían. Pero el coronel Benavente, quien sabía aprovechar las debilidades de algunos integrantes de las fuerzas de los Padilla, logró sobornar al indio Pedro Artamachi, quien lo guió por un sendero en medio de la noche oscura hasta donde las fuerzas de los Padilla descansaban desprevenidamente después del esfuerzo bélico.

Manuel Ascencio no estaba allí, pues se encontraba recorriendo y ordenando otros puestos de su dispositivo. Juan Hualparrimachi, como siempre, corrió en ayuda de doña Juana, quien, atacada por varios soldados enemigos, se defendía con una bravura que arrancaba gritos aterradores de su garganta.

El combate era aún más desigual, pues muchos de los guerrilleros se habían dispersado, de acuerdo a la táctica aprendida, en las sombras de la noche, para más tarde reagruparse, pero Juana no había podido hacerlo pues era el planeado objetivo de la operación sorpresiva, de manera que no tuvo otro remedio que enfrentar a quienes la acosaban con la sola ayuda del valiente nieto de reyes, quien puso su cuerpo por delante del de ella cubriéndola como escudo.

En ese momento Padilla regresaba velozmente con un grupo de subalternos, pues había escuchado ruido de disparos y entrechocar de sables, y su mera presencia bastó para que los realistas se dieran a la fuga.

Pero antes una descarga de fusilería, que tenía como blanco a la futura teniente coronela del Ejército Argentino, encontró a su paso el pecho del joven cholo, quien cayó con su pecho destrozado sin alcanzar a proferir ni un gemido.

Otra vez Juana Azurduy debió enfrentar la muerte de uno de sus seres más queridos, sin que su corazón nunca desarrollase útiles callosidades que la hubiesen vuelto insensible.

En el mismo momento en que Juana supo que ya nunca más Hualparrimachi estaría a su lado quizás se permitió interrogarse acerca de lo que realmente sentía por el bello cholo. Aceptaría entonces que ese gran afecto estaba fuertemente teñido de atracción amorosa, y su memoria muchas veces se solazaría en aquellos brazos de rocosos músculos que dibujaban luces y sombras debajo de una piel aceitunada y fina

que a Juana le gustaba acariciar mientras el rostro de facciones nobles y viriles del muchacho la observaban, y la seguirían observando siempre, más allá de su muerte, con anhelo.

A la esposa de Manuel Padilla difícilmente se le hubiera ocurrido serle infiel, no sólo por amor sino también porque no desconocía que las consecuencias de tal traición podrían haber sido nefastas, pero de lo que estaba segura era de que si con alguien hubiera podido hacerlo era con aquel apuesto lugarteniente, tan corajudo y tan leal. Comprendería entonces, o aceptaría, que era ella la destinataria de las tristes poesías de amor de Hualparrimachi.

*Ancaj lijranta mañaricuspa
Llantumusckayqui,
Huayrahuan pphuasnayayman
Huayllucusunaypaj.*

*Prestándome alas el cóndor
te haré sombra.
Con el volar del viento
te acariciaré.*

*Causaynincajta quipuycurckanchej
Manan huañuypis
Tʼacahuasunchu, Huiñay-huiñaypaj
Ujllamin casun.*

*Nuestras vidas enlazamos.
Y ni la muerte
nos separará. En la eternidad
uno solo seremos.*

Capítulo XVII

La guerra era cada vez más brutal y parecía no terminar nunca. Sus protagonistas se fueron endureciendo y volviéndose más feroces. Quizás fuera ésta la forma de sobrevivir en ella.

Eso mismo le había sucedido al general Manuel Belgrano, tan respetado por los Padilla, quien, en un primer momento, luego de hacerse cargo del segundo ejército del norte en sustitución de Castelli y González Balcarce, habiendo obtenido el magnífico triunfo de la batalla de Tucumán, decidió amnistiar a los vencidos y otorgarles el beneficio de una rendición con honores y dejándolos en libertad. Entre ellos a su comandante en jefe, el arequipeño Pío Tristán, quien juró igual que sus soldados ante la Virgen del Carmen no volver a tomar las armas en contra de los patriotas.

Desde el humanitarismo de este gesto hasta la cruel decisión del mismo Belgrano de hacer fusilar por la espalda, cuidando de no agraviar sus cabezas, a algunos soldados juramentados que luego habían sido apresados en Tambo Nuevo, mediaron sólo algunos meses de cruenta lucha que transformaron el alma del creador de nuestra bandera. Tanto fue así que la instrucción de que los plomos no arruinaran las cabezas de los condenados se debió a que éstas fueron cortadas y colocadas en el extremo de picas erguidas cerca del campamento enemigo, por lo que era indispensable que fuesen reconocibles para escarmentar y horrorizar a los realistas.

Esas extremas condiciones de vida, en que él sufrimiento y el dolor acechaban en cada recodo, provocaría también disturbios en las relaciones de los Padilla con sus subordinados. Fue así como después de la terrible derrota de Carretas, en la que no sólo perdieron a Juan Hualparrimachi sino a una importante porción de sus fuerzas, Manuel Ascencio recriminó acremente a Zárate, pues éste no había respetado sus órdenes de aguardar con reservas en Turuchipa por si fuese necesario contar con su ayuda.

Su lugarteniente, por propia decisión, había emprendido algunas acciones contra el enemigo que no sólo le impidieron recibir y responder a los dramáticos pedidos de ayuda de su jefe, sino que también había diezmado dichas reservas, con las que contaban los esposos para reorganizar sus fuerzas.

Zárate reaccionó con enojo ante el reproche y se dirigió a entrevistar a Antonio Álvarez de Arenales para cuestionar la autoridad de Manuel Ascencio.

Este español al servicio de la causa patriota, quien era reconocido como jefe por todos los caudillos altoperuanos, reafirmó la autoridad de Padilla e instruyó a Zárate a obedecerlo, aunque también pidió a los esposos que moderaran el estilo despótico y algo irreflexivo que imprimían a sus acciones desde un tiempo a esa parte.

Enterados los españoles de las nefastas consecuencias que la Batalla de Carretas

había tenido para los esposos Padilla, consideraron llegado el momento de volver a agrupar fuerzas y asestar el golpe definitivo. El objetivo era no sólo terminar con dichos caudillos sino también dejar expedito el camino para atacar a Warnes.

El coronel Manuel Warnes había sido designado gobernador de Santa Cruz de la Sierra por Belgrano, pero no permaneció mucho tiempo en esta situación por las derrotas en Vilcapugio y Ayohúma, pasando a la lucha guerrillera junto con don Antonio Álvarez de Arenales.

Los dos caudillos se abocaron a la tarea de organizar y preparar sus tropas con miras de sorprender a los chapetones, causarles bajas y regresar rápidamente a sus refugios.

En este accionar de ataques sorpresivos, el 25 de mayo de 1814 ambos enfrentaron a las tropas del jefe realista José Blanco en una sangrienta batalla en la región de La Florida, donde los heroicos guerrilleros destruyeron a las fuerzas realistas y dieron muerte a su comandante.

El coronel Ignacio Warnes reasumió el cargo de gobernador de Santa Cruz, pero la presencia de tropas realistas al mando de Juan Bautista Altolaquirre lo obligaron a ponerse a la cabeza de su ejército, abandonando de nuevo su gobernación. Las fuerzas contendientes se enfrentaron en Santa Bárbara el 27 de noviembre de 1815, con gran valor y coraje por ambas partes. Al final, los patriotas coronaron sus esfuerzos con la victoria, y el jefe realista Altolaquirre quedó muerto junto a la mayoría de sus soldados.

Warnes regresó triunfante a Santa Cruz y volvió a ocuparse de los asuntos de la gobernación.

«Dueño absoluto, desde entonces, de aquella provincia, que gobernaba con dureza, haciendo temer su autoridad —dice don Luis Paz— se hallaba a la cabeza de 700 a 800 hombres de las tres armas con cinco piezas de artillería, sirviendo de base y reserva a la insurrección que se extendía al resto del país».

Si los realistas pudieran eliminar a los Padilla y luego, abierto el camino hacia Santa Cruz, hacer lo mismo con Warnes, la insurrección altoperuana estaría casi completamente derrotada, y ello permitiría al virrey Pezuelá concentrar sus fuerzas en avanzar sobre Buenos Aires o, en caso de confirmarse los rumores, oponerse al asalto por mar que se decía planeaba ese general litoraleño recién llegado de España.

Informados por sus espías de los planes godos, y confirmado el avance de una fuerza considerable al mando de los expertos jefes realistas Benavente y Ponferrada, los Padilla no tuvieron otro remedio que aceptar la propuesta de Umaña de unir sus escuadras, pero dicha reunión no llega a concretarse pues Umaña fue vencido y sus hombres exterminados en las inmediaciones de Tarabuco, en una acertada estrategia

que lo tomó entre dos fuerzas al mando de cada uno de los jefes realistas.

También Manuel Ascencio decidió dividir sus tropas irregulares, una de ellas al mando del caudillo Esteban Fernández, que había respondido a su convocatoria, a quien se le asignó la misión de hostigar al enemigo sin enfrentarlo directamente.

La otra columna estaría a cargo de doña Juana, y su misión, era la de asaltar y ocupar Tarabuco, con el objeto de confundir al adversario y al mismo tiempo dar evidencias a los habitantes de la región de que la resistencia seguía firme.

Con ello cumplían los Padilla los pedidos que con sus mensajeros les enviara Arenales, rogándoles que impidiesen el paso de las fuerzas destinadas a atacarlo hasta tanto él no pudiese fortalecer su posición en la medida de poder ofrecer la adecuada resistencia.

Otro interesante ardid puesto en juego por Manuel Ascencio y Juana fue el de engañar a los jefes realistas haciéndoles creer que avanzaban a marchas forzadas hacia Chuquisaca, aprovechando que aquéllos la habían dejado casi desguarnecida, obligándolos a abandonar precipitadamente sus posiciones en las proximidades de Tarabuco y liberando así la presión sobre Umaña y Arenales. Todo ello para luego descubrir, agotados y furiosos, que sólo se había tratado de una maniobra de distracción y que los Padilla habían desviado su camino y se encontraban nuevamente en Tarabuco.

Capítulo XVIII

Mientras tanto en el vientre de doña Juana había ido creciendo el nuevo retoño, el que, como no podía ser de otra manera, se asomó al mundo en condiciones dramáticas y peligrosas.

Las primeras contracciones sobrevinieron cuando los esposos se encontraban en el pueblo de Pitantora, oficiando honras fúnebres al caudillo partidario Gregorio Núñez, cuya cabeza cercenada y empicada en la punta de un largo palo habían hallado al costado de su camino, en un macabro gesto de desafío por parte de los realistas.

En el mismo momento en que la mujer comenzó a sentir los dolores del parto, una partida enemiga atacó a los patriotas librándose una breve y encarnizada escaramuza.

Juana, acompañada de las experimentadas indias que iban a ayudarla, se dirigió hacia las orillas de un río, donde, temiendo la posible aparición de tablacasacas guiados por los cantos religiosos y medicinales que según las costumbres indígenas aseguraban éxito en el parto y buena ventura para el recién nacido, dio a luz.

Mientras el cuerpecito era lavado de exudaciones sanguinolentas en las turbias aguas del río, el flamante padre acudía presuroso para estrechar a su esposa en un largo y tierno abrazo e inclinarse sobre la niñita, con el típico pudor de los varones de dañar alguien que parecía tan frágil, impresionado también por ese hecho tan inexplicable y maravilloso.

Llegaron los realistas comandados por el capitán Boza, militar acreditado de valiente, y a pesar de que eran más de doscientos, todos armados de fusil, fueron contenidos con redoblada audacia hasta que la noche separó a los contendientes. Entre tanto, doña Juana y su corte parturienta pudieron alejarse más de doce leguas del lugar del combate, llevando consigo las cajas de monedas y objetos valiosos capturados al enemigo y requisados a quienes colaboraban con los partidarios del rey.

Al día siguiente los guerrilleros, sopesando la superioridad numérica de sus enemigos, se dispersaron como en estas ocasiones acostumbraban hacer. Pero Padilla, temiendo que su esposa y su hija recién nacida no se hubiesen alejado bastante a causa de su estado, con pocos guerrilleros armados de fusil y otros de hondas, sostuvo un encarnizado combate digno de toda admiración por la desigualdad de fuerzas. Los realistas tuvieron numerosas bajas y se alejaron con el objeto de rehacerse, y entonces pudo Padilla retirarse ordenadamente del campo de batalla, reuniéndose a poca distancia con el resto de su gente que lo esperaba y continuando su marcha ya sin ser molestados.

Mientras Padilla y los suyos combatían con tanto valor en Pitantora, doña Juana avanzaba penosamente con su bebida y los recursos con que los esposos se aprovisionaban de armas, bestias y víveres, acompañada del sargento Romualdo

Loayza y cuatro soldados más de su escolta. Estos, considerando la circunstancial debilidad de su jefa y tentados por el cargamento que conducían, resolvieron apoderarse de él sacrificando a doña Juana, absorta en la recién nacida que llevaba en brazos, su carita sumergida en el pecho ubérrimo.

La futura teniente coronela comprendió que estaba en peligro y, rugiendo, decidió vender cara su vida, no tanto por ella sino por ese otro fruto de su vientre, decidida a evitarle lo que no había podido ahorrarles a Manuel, Mariano, Mercedes y Juliana.

De un sablazo en el cuello derribó a Loayza de su mula y arengó a los otros en quechua, paralizándolos, impresionados por la ferocidad que irradiaban esos ojos que volvían a parecerse a los de la Pachamama. Sobrecogidos, sin poder reaccionar a pesar de los gritos de Loayza revolcándose sobre el suelo, observaron como la mujer apretó el bulto de vida contra su pecho y espoleando salvajemente su cabalgadura la obligó a zambullirse desde gran altura en las aguas revueltas del río. Luego de una bravía lucha contra la corriente, el noble animal consiguió llegar a la otra orilla, poniendo a salvo a su jinete y a su preciosa carga.

Los esposos Padilla resolvieron entonces, de común acuerdo, que la pequeña a quien bautizaron con el nombre de Luisa no podía acoplarse a una vida que ya se había cobrado nada menos que cuatro hijos, y decidieron ponerla bajo la custodia de una india, doña Anastasia Mamani, en quien confiaban ciegamente y que llevó a cabo su tarea con dedicación y lealtad.

Esta temprana separación, que se prolongó más tiempo de lo que Juana hubiese imaginado y deseado, fue seguramente una de las causas por las que la relación entre ella y su hija no fuera todo lo buena que ambas hubiesen deseado. Quizás había nacido con el sino de una empresa imposible de lograr, sustituir a sus hermanos muertos idealizados por el sentimiento de culpa de su madre, y para colmo de males, mujer, cuando muchas veces repitió en su vejez doña Juana que hubiese deseado un hijo varón, alguien tan maravilloso como su padre, como Manuel Ascencio o como quien conociere más tarde: Martín Güemes.

Capítulo XIX

Buenas noticias corrían de boca en boca por los villorrios altoperuanos: la expedición proveniente del Río de la Plata al mando del general José Rondeau había por fin ingresado al Alto Perú y avanzaba para auxiliar a la resistencia contra los soldados del rey.

Lamentablemente, el jefe argentino no parecía el más adecuado para una empresa tan dificultosa que ya había hecho fracasar expediciones anteriores. Tan difícil que hasta el mismo San Martín, designado para sustituir al general Belgrano, había desistido de ella por considerarla imposible.

Así se lo comunica a Rodríguez Peña, en carta del 23 de abril de 1814, adelantándole su estrategia alternativa:

«No se felicite con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta (Salta); no haré nada, y nada me gusta aquí. La patria no hará camino por este lado que no sea una guerra defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos (...). Ya le he dicho a usted mi secreto: un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que allí reina. Aliando, las fuerzas pasaremos por el mar a tomar Lima; ése es el camino y no éste».

San Martín adujo enfermedad y fue sustituido por el general José Rondeau, designado por el entonces director supremo, Gervasio de Posadas, tío y títere de Carlos María de Alvear, que lo relevó del mando de las tropas que sitiaban Montevideo justamente cuando ésta estaba a punto de caer, para que fuera su sobrino quien tuviese dicho honor.

Es que mientras en el Alto Perú se moría y se mataba por nuestra independencia, en Buenos Aires las cosas se veían de otra manera. Así, leamos un párrafo de las varias comunicaciones secretas que sostuvo Alvear con la corona británica:

«Cinco años de repetidas experiencias han hecho ver a todos los hombres de juicio y opinión que este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo, y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden antes de que se precipite en los horrores de la anarquía.

»La sola idea de reconciliación con los españoles indigna a los argentinos hasta el fanatismo, y todos juran en público y en secreto morir antes que volver a sujetarse a la metrópoli. En estas circunstancias solamente la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males acogiendo en sus brazos

a estas Provincias que obedecerán a su Gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer».

Al nuevo jefe del Tercer Ejército del Norte le faltaban condiciones de coraje y de virilidad, lo que se reflejaba en los moteos que sus soldados le habían puesto: «el buen José» y «la mama», defectos agravados por el abatimiento que le producía la arbitrariedad cometida en su contra por el gobierno de Buenos Aires. Por otra parte, tampoco adornaban su personalidad las virtudes de la honestidad y el desprendimiento.

Nada de esto sabían o quizás prefiriesen no enterarse los jefes de la guerra de recursos altoperuana, y se alegraron pues podrían de aquí en más, si todo iba como ellos esperaban, luchar en mejores condiciones contra los ejércitos godos.

El general Pezuela decidió salir al encuentro del ejército abajeño y ordenó que sus divisiones de Chuquisaca, Potosí y Cochabamba se reunieran para darle batalla en Oruro.

Las excursiones de los ejércitos rioplatenses, cuando aún no habían cumplido con lo que pareció ser su inexorable destino de ser derrotados, aliviaban la situación dramática de las guerrillas altoperuanas, distraendo a las fuerzas enemigas de la feroz represión en que se empeñaban mientras podían actuar impunemente contra las heroicas pero dispersas fuerzas irregulares de la resistencia popular.

De dicha crueldad se ocupa Mitre en su *Historia de San Martín*, y lo citaremos *in extenso*:

«Durante su permanencia al frente del Ejército del Norte tomóse prisionero en Santa Cruz de la Sierra al coronel español Antonio Landivar.

»Había sido éste uno de los agentes más despiadados de las venganzas de Goyeneche, y en consecuencias el general San Martín le mandó formar causa “No por haber militado con el enemigo en contra de nuestro sistema (dice en su auto), sino por las muertes, robos, incendios, saqueos, violencias, extorsiones y demás excesos que hubiese cometido contra el derecho de la guerra”.

»Reconocidos los sitios en que se cometieron los excesos y levantaron los cadalsos por orden de Landivar, se comprobó la ejecución de 54 prisioneros de guerra, cuyas cabezas y brazos habían sido cortados y clavados en las columnas miliarias de los caminos. El acusado declaró que sólo había ajusticiado 33 individuos contra todo derecho, alegando en sus descargos haber procedido así por órdenes terminantes de Goyeneche, las que exhibió originales.

»He aquí en extracto algunas de las órdenes de Goyeneche: “Potosí, diciembre 11 de 1812. Marche Ud. sobre Chilón rápidamente y obre con energía en la persecución y castigo de todos los que hayan tomado parte de la

conspiración de Valle Grande, 'sin más figura de juicio' que sabida la verdad militarmente". Otra: "Potosí, diciembre 26 de 1812. Tomará las nociones al intento de saber los generales caudillos y los que han seguido de pura voluntad, 'aplicando la pena de muerte a verdad sabida sin otra figura de juicio'. Defiero (sic) a Ud. todos los medios de purgar ese partido de los restos de la insurrección que 'si es posible no quede ninguno'". En 5 de diciembre de 1813 se reitera la misma orden, y a 11 del mismo mes y año, contestando a Landívar, le dice Goyeneche: "Apruebo a Ud. la energía y fortaleza con que ha aplicado la pena ordinaria a unos y la de azotes a otros, y le prevengo que a cuantos aprehenda con las armas en la mano, que hayan hecho oposición de cualquier modo a los que mandan, convocado y acaudillado gente para la revolución, sin más figura de juicio que sabida la verdad de sus hechos y convictos de ellos, los pase por las armas. Apruebo la contribución que acordaba imponer a todos los habitantes que han tomado parte en la conspiración, o la han mirado con apatía o indiferencia". Por último, en varios otros oficios tanto Goyeneche como su segundo el general Ramírez, escriben a Landívar: "Sólo creo prevenirle que no deje un delincuente sin castigo a fin de fijar el escarmiento en los ánimos de esos habitantes".

»En vista de esos descargos, la defensa fue echa con toda libertad y energía por un oficial de Granaderos a caballo, quien refutó con argumentos vigorosos las conclusiones del fiscal de la causa, invocando el principio de fidelidad que debía a sus banderas aun cuando fuesen enemigas, y la inviolable obediencia que debía a sus jefes, tratando de ponerlo bajo la salvaguardia de los prisioneros de guerra.

»Tal es la causa que con sentencia de muerte fue elevada a San Martín el 15 de enero de 1813, y que él con la misma fecha mandó ejecutar, escribiendo de su puño y letra "cúmplase", sin previa consulta al gobierno, como era de regla.

»Al justificar la necesidad y urgencia de este proceder, San Martín escribía al gobierno: "Aseguro a V. S. que a pesar del horror que tengo a derramar la sangre de mis semejantes, estoy altamente convencido de que ya es absoluta necesidad hacer un ejemplar de esta clase. Los enemigos se creen autorizados para exterminar hasta la raza de los revolucionarios, sin otro crimen que reclamar éstos los derechos que ellos les tienen usurpados. Nos hacen la guerra sin respetar en nosotros el sagrado derecho de las gentes y no se embarazan en derramar a torrentes la sangre de los infelices americanos. Al ver que nosotros tratábamos con indulgencia a un hombre tan criminal como Landívar, que después de los asesinatos cometidos aún gozaba de impunidad bajo las armas de la patria, y en fin, que sorprendido en un transfugio y habiendo hecho resistencia, volvía a ser confinado a otro punto en que pudiese fomentar, como lo hacen sus paisanos, el espíritu de oposición al sistema de nuestra libertad, creerían, como

creen, que esto más que moderación era debilidad, y que aún tememos el azote de nuestros antiguos amos”».

Capítulo XX

El abandono de Chuquisaca por parte de los soldados godos hizo que Juana Azurduy viviera una de las pocas experiencias gratificantes de su lucha sin cuartel, ya que los Padilla aprovecharon la débil defensa de su ciudad natal para tomarla, ingresando luego por su calle principal al lento y elegante paso de sus cabalgaduras, enjaezadas con plata y cuero, mientras los chuquisaqueños, algunos sinceros y otros adulones, los vitoreaban y arrojaban flores a su paso.

Detrás de Juana y de Manuel Ascencio venían en la más correcta formación que pudieron, los «leales» y los «húsares», además de los restos de honderos que fueran conducidos y entrenados por Hualparrimachi. También las bizarras amazonas que impresionaban con su porte feroz que daba pábulo a las leyendas de inaudito coraje y de barbaries superiores a las masculinas.

Los Padilla, prepararon a la ciudad para el ingreso de don Juan Antonio Álvarez de Arenales, quien lo hizo algunos días después, con tal algazara que en su informe a Roodeau así se refiere Arenales a esa fecha del 27 de abril: «Me he posesionado hoy de esta plaza, sin oposición, y con imponderables demostraciones de júbilo en lo general del pueblo».

Pero no se queda allí Arenales mucho tiempo ya que él también, movido por su propia historia, se propone reconquistar su querida Cochabamba, de la que había sido gobernador, y así lo hace a mediados de mayo, rindiendo al gobernador realista don Antonio Uriburu y a su jefe militar coronel Francisco J. Velasco.

Arenales deja a Manuel Ascencio Padilla a cargo de Chuquisaca, y éste, dando muestras de responsabilidad y modestia, convoca para ejercer el poder político a un ciudadano respetable, don Juan Antonio Fernández, dejando para sí sólo el control militar de la región.

Las familias pudientes de la ciudad, que hasta entonces habían preferido apoyar a los realistas convencidas de su mayor poderío, habían ocultado sus riquezas, especialmente en los conventos y en los monasterios, descontando el saqueo de los Padilla y sus huestes. Pero Manuel Ascencio dio instrucciones a sus hombres, supuestamente incivilizados, de no tocar un solo doblón que no les perteneciese. Lo que fue religiosamente cumplido.

Se produce entonces su primer encontronazo con el general Rondeau, ya que éste lo conmina a abandonar Chuquisaca, tratándolo poco menos que de usurpador, y advirtiéndole que ya está en camino para hacerse cargo de su gobierno el coronel Martín Rodríguez. A pesar de su indignación y de los consejos de los suyos, los esposos Padilla obedecen estas órdenes y se retiran a su refugio de La Laguna.

En cuanto llega Rodríguez ordena la requisita de todos los tesoros que pudiesen encontrarse en Chuquisaca, sin obviar conventos y demás lugares sagrados con el

pretexto burdo de evitar que los mismos cayeran en poder del enemigo y de brindarles la adecuada protección.

«El coronel Daniel Ferreira llegó a la casa donde tenía sus sesiones el tribunal confiscatorio designado por el coronel Martín Rodríguez, en los momentos en que se hacía el lavatorio del dinero. Esto era presenciado por el coronel Quintana, presidente del tribunal, quien le dijo: “Ferreira, ¿por qué no toma usted algunos pesos?”. Este, aceptando el ofrecimiento, estiró su gigantesco brazo, proporcionado a su estatura, y con tamaña mano tomó cuanto podía abarcar. Quintana repitió entonces: “¿Qué va a usted a hacer con tan poco?; tome usted más”. Entonces Ferreira, extendiendo su amplio pañuelo, puso en él cuanto podía cargar, algunos cientos.

»Con más generosidades como ésta, con lo que sustraerían los peones conductores, los cavadores, los agentes subalternos y algunos más, ¿qué extraño es que el caudal, cuando hubo de entrar en arca, hubiese disminuido notablemente? Se dijo que faltaba más de la mitad». (José Marta Paz, Memorias).

No se detuvo aquí la codicia de Martín Rodríguez, sino que, ebrio de poder, hízose designar supremo director de la Provincia del Plata, en un arresto independentista que erizó la piel de Rondeau, quien ordenó su inmediata destitución y su reemplazo por el amigo de Manuel Ascencio, don Juan Antonio Fernández.

Lo cierto era que la conducta del general en jefe del Tercer Ejército del Norte no era mejor, y como prueba de ello el mismo José María Paz nos relata lo sucedido después de la única victoria obtenida por Rondeau, en Puesto del Marqués:

»Nunca he visto, ni espero ver, un cuadro más chocante, ni una borrachera más completa. Los licores abundaban, y el frío y la fatiga de la noche antes, las excitaciones de todo género convidaban al abuso, que se hizo del modo más cumplido. Debo hacer justicia a los oficiales, pues, con pocas excepciones, no se vieron excesos en ellos.

»En las inmediaciones de La Quiaca, a tres o cuatro leguas del Puesto del Marqués, había otro cuerpo enemigo cuyo número no sabíamos y que no hizo sino presentarse en las alturas, para servir de apoyo y reunión a los fugitivos. Es probable que si doscientos hombres nos hubiesen atacado en aquellas circunstancias, nos derrotan completamente. Parecíamos más una tolдерía de salvajes que un campo militar.

»Dispéñeme la acritud con que me expreso, porque ese día ha sido uno de los más crueles de mi vida. Veía en perspectiva todos los desastres que luego

sufrió nuestro ejército, y las desgracias que iban de nuevo a afligir a nuestra patria».

A pesar de sus diferencias con Rondeau, los esposos Padilla esperaron en La Laguna seguros de que serían convocados para engrosar las filas del ejército que se aprestaba a la batalla contra los godos. Como dicho llamado no se produjese, Manuel Ascencio se desplaza hasta Pomata para entrevistarse con Martín Rodríguez, quien le informó que sólo necesitaban cabalgaduras y soldados ya que los puestos de mando estaban suficiente y adecuadamente cubiertos con los oficiales designados por el gobierno porteño.

Los Padilla, tragando saliva, sobreponiéndose a este nuevo desaire, optan una vez más por colaborar con los jefes abajeños convencidos de que todo sacrificio era bueno si las fuerzas realistas eran finalmente derrotadas y ese amado suelo y sus habitantes liberados del yugo hispánico. Cumplen entonces con lo solicitado y envían contingentes de animales y soldados que merecen el displicente elogio del coronel Rodríguez: «las fuerzas que me participó mandar no son despreciables, a ellas y las que pueda reunir en el curso de su marcha las destinaré a Pocoata». También le hace saber, nuevamente y como para que no queden confusiones, que los esposos deberán permanecer en La Laguna, en espera de instrucciones y custodiando las vías de acceso de aprovisionamiento realista.

No sólo fueron los Padilla los caudillos dejados de lado por Rondeau sino también todos los demás, con lo que el ejército patriota se vio privado del coraje, del patriotismo y del conocimiento del terreno de otros caudillo como Lanza, Zárate y Camargo. Los historiadores que defienden la decisión de Rondeau indican que éste no quería indisciplinar sus fuerzas incorporando a ellas jefes irregulares que si bien habían dado enorme pruebas de su bravura, no eran adecuados para desempeñarse dentro de las rigurosas estructuras de un ejército formal.

Capítulo XXI

A la Laguna llegaron las funestas noticias de la derrota de Rondeau en Venta y Media, el 21 de octubre de 1815, y las posteriores depredaciones de los soldados en fuga, acuciados por una geografía avara en recursos naturales y por un clima de temperaturas extremas, y desamparados por un comandante que no sabía combatir organizadamente y tampoco era capaz de llevar a cabo una retirada con orden:

«La primera parada, después que salimos de Chayanta —relata Paz—, fue en un lugarejo miserable donde apenas había dos o tres ranchos que estaban, cuando llegué, atestados de gentes y cuando pedí víveres y forrajes para mis cabalgaduras, me contestó el indio encargado de suministrarlos que no los había, porque todo lo habían tomado los soldados que traía la coronela tal, la teniente coroneles cual, etc. Efectivamente vi a una de estas prostitutas, que, además de traer un tren que podía convenir a una marquesa era servida y escoltada por todos los gastadores de un regimiento de dos batallones, y las demás, poco más o menos, gozaban de los mismos privilegios. Esto sucedía mientras los heridos y enfermos caminaban, los más a pie, en un abandono difícil de explicar y de comprender».

Estas circunstancias debilitaron el ánimo de Padilla, quien llevó a cabo entonces lo que quizá sea su acción más controvertida, lo que, paradójicamente, lo humaniza y da aún más mérito a su indómito heroísmo, que no se alojaba en el alma de un superhombre sino en la de alguien que también estaba expuesto, aparentemente, a tentaciones.

Lo que sucedió fue que los realistas, concededores de la postergación que estaban sufriendo los esposos Padilla por parte de Rondeau, e intuyendo sabiamente su bajo ánimo, consideraron que era un buen momento para insistir en el soborno.

Con ese fin enviaron una destacada comisión a cuyo mando iba el capitán don Pedro Blanco conduciendo a 100 hombres de infantería y 25 jinetes, todos ellos desarmados como evidencia de que iban en son de paz y respeto.

Uno de sus oficiales, el capitán Hernando de Castro, se adelantó a la tropa para anunciarle al caudillo chuquisaqueño que el capitán Blanco deseaba entrevistarle para arribar a alguna fórmula de conciliación. Como prueba de confianza Castro se ofreció como rehén, para asegurar a los esposos que no se trataba de una celada, y quedó desarmado bajo la custodia de doña Juana.

El relato de la escritora Anzoátegui de Campero, quien sostuvo largas conversaciones con doña Juana cuando ésta aún vivía, revela que ésta se opuso vivamente desde un principio a dicha entrevista, rogándole de todas las formas

posibles a su esposo que no concurriese. Manuel Ascencio insistía en que la entrevista sería secreta y que nadie se enteraría, y que su motivo para concurrir a ella era desentrañar cuáles eran las verdaderas intenciones de los godos. Doña Juana lo acusó de ingenuidad y le advirtió que si su actitud trascendía, como era muy posible que sucediese dado el estado de gran alerta de toda la gente de la región, los guerrilleros mal interpretarían sus motivaciones.

Según la escritora citada, la discusión habría llegado a un nivel de alto voltaje, inclusive de violencia, ya que doña Juana temía que el espíritu de su esposo se hubiese por fin dañado con tantas privaciones y tantas decepciones.

Habría entonces dicho:

—Escucha, Manuel Ascencio. Conozco la elevación de tus sentimientos y también la firmeza de tu carácter y de tus convicciones... pero sé también la astucia, la habilidad que distingue a los servidores del rey. Si su contacto empañara tu honradez... si te desviases de la senda del deber, ¡te juro que seré yo quién castigue tu infidencia a la causa de la patria!

Nuca se sabrá si la actitud del jefe guerrillero fue un quiebre en su moral o si, como siempre argumentase doña Juana en su defensa, sólo trataba de demorar a los godos para dar tiempo a que llegasen las partidas de los guerrilleros Cueto y Ravelo, con cuyo concurso se sentina ya en condiciones de darles batalla. Pero lo cierto es que las prevenciones de su esposa se confirmaron, ya que, cumpliendo con un plan preestablecido, los hábiles Blanco y Castro esparcieron el rumor de que Manuel Ascencio Padilla se encontraba en Alcalá, considerándose perdido ya para la causa patriota y ofendido con los jefes del nuevo ejército auxiliar, negociando su rendición y la entrega de todas las fuerzas guerrilleras de la región.

Sabido es que en el espíritu humano una honda decepción puede hacer que un gran amor se transforme en un gran odio. Fue eso lo que sucedió en cientos de guerrilleros que tanto habían confiado en su gran jefe.

Difundida la noticia de su secreta reunión con los godos, en Alcalá y creída la intención de traicionarlos por parte de Padilla, se levantó un oleaje de hombres y mujeres enfurecidos que deseaban hacer justicia por sus propias manos y acabar con quien tanto los había defraudado.

Padilla, desprevenido, regresaba al encuentro de Juana, cuando fue rodeado por la turba rabiosa que exigía su cabeza.

Dentro de la casa donde a duras penas había logrado refugiarse, en precaria situación, encerrado con llave, su esposa le exigió juramento de que todo lo que se decía de él era mentira. Así lo hizo Manuel Ascencio y eso fue suficiente para que la jefa guerrillera saliese a enfrentar a quienes querían lincharlo.

—¡Esperen! —gritó, haciéndose escuchar—. Si tienen ustedes razón yo seré la primera en atravesar el cuerpo de mi esposo si es cierto que ha querido traicionarnos.

Pero antes será necesario someterlo a juicio.

Juana Azurduy quería ganar tiempo, hacer que el fuego homicida de esas personas se aplacase, en la esperanza de que si lograba distraerlos algunas horas la vida de Manuel Ascencio tendría alguna chance.

Varios de los guerrilleros, advertidos de la maniobra, protestaron y exigieron justicia inmediata y sin tanto trámite.

Ella volvió a imponer su voz y su presencia poderosas:

Yo soy aquí el jefe, no lo olviden —y luego agregó—: Para que tengan confianza en mis palabras serán ustedes los encargados de custodiar a mi esposo y deberán ustedes garantizarme que él llegará con vida al juicio que se celebrará lo más pronto posible.

Dicho esto, hizo un gesto hacia su esposo, quien pálido y mudo caminó hasta donde estaban sus otrora subordinados.

Además, sería imposible cobrarnos la vida de ninguno de nosotros, pues no está el «Tata» para darle los últimos sacramentos. Y nadie puede asumir la responsabilidad de enviar a uno de los nuestros al infierno.

El cura Polanco, a quien apodaban el «Tata», uno de los lugartenientes más confiables de Padilla, había quedado como rehén del capitán Blanco.

El ardid de doña Juana tuvo éxito, ya que las horas pasaron echando aceite en la rabia de quienes se sentían traicionados por quien tanto habían admirado. Y Padilla no tardó en rehabilitarse ante sus soldados con el coraje que demostró en la batalla librada pocos días después contra los hombres del capitán Blanco, quienes fueron arrollados por los patriotas a cuya cabeza, más valiente que nunca, iba Manuel Ascencio.

Una anécdota, relatada por el dueño de la casa escenario de los hechos ocurridos, don José Barrero, sugiere que entre doña Juana y el rehén español, el capitán Hernando de Castro, se habría desarrollado una fogosa relación de amor que tuvo como corolario que el oficial realista perdiera la vida durante la referida batalla enfrentando a sus propios compañeros de armas en defensa de doña Juana. Dícese que recibió en su cabeza un sablazo que iba dirigido a la jefa guerrillera y que luego murió desangrado en los brazos del mismo Barrero, auxiliado por doña Juana.

De ser esto cierto, veríamos que cada uno de los esposos se permitió casi simultáneamente un desliz en la coraza de sus convicciones, quizá para recobrarlas luego aún más vigorosas.

Capítulo XXII

Una vez más los Padilla regresaron a su querida Chuquisaca, donde fueron otra vez recibidos con muestras de cariño. Allí los alcanza una carta del general Rondeau en la que no sólo los anoticia de la injustificable debacle de Sipe-Sipe sino que también, irreverentemente, como si no los hubiese ofendido al dejarlos fuera de su ejército, como si no hubiese diezmado las fuerzas de los Padilla con su mala conducción, los urge a continuar en la lucha. Es decir, a guardar sus espaldas mientras huye desvergonzadamente:

«Cuartel General en Marcha.

»A 7 de Diciembre de 1815.

»Señor Coronel Comandante en jefe del Departamento de Chuquisaca, Don Manuel Ascencio Padilla:

»Después del contraste de nuestras armas en los campos de Sipe-Sipe y Viluma, me hallo en retirada con dirección a la ciudad de Salta, donde cuento con elementos de refuerzo, debiendo luego tomar de nuevo la ofensiva para volver sobre mis operaciones de guerra. Estaré de regreso sin que pase mucho tiempo. U. S. que ha prestado a la causa de la Patria tan constantes y distinguidos servicios, debe ahora redoblar sus esfuerzos para hostilizar entre tanto al enemigo sin perder los medios más activos y que sean imaginables para lo que queda U. S. autorizado ampliamente.

»Espero que en esta ocasión será U. S. tan diligente y entusiasta en obsequio de la Santa Causa de la Patria, como ha sido ejemplar y benemérita su conducta y su valor desde un principio en todos tiempos.

»Dios guarde a U. S. —José Rondeau».

Para hacernos una idea del vigor en sus convicciones que evidencia la carta con la que Manuel Ascencio responde a Rondeau, y en la que reafirma su indómita decisión de continuar en la lucha, hay que tomar en cuenta que un caudillo de los quilates de Antonio Álvarez de Arenales, vencida ya su moral por Sipe-Sipe, convencido ya de que nada cabía por hacer y que la ineptitud de Rondeau y la anarquía y venalidad de sus hombres habrían desperdiciado la última oportunidad en el Alto Perú, decide abandonar el campo de batalla y se dirige con sus hombres más fieles hacia Jujuy.

Imaginable es la indignación con que Padilla, seguramente alentado por su esposa, redactó la famosa carta que transcribimos en su totalidad porque así lo merece:

«Reservada.

»Señor General:

»En oficio de 7 del presente mes, ordena U. S. hostilice al enemigo de quien ha sufrido una derrota vergonzosa; lo haré como he acostumbrado hacerlo en más de 5 años por amor a la independencia, que es la que defiende el Alto Perú, donde los altoperuanos privados de sus propios recursos no han descansado en 6 años de desgracias, sembrando de cadáveres sus campos, sus pueblos de huérfanos y viudas, marcado con el llanto, el luto y la miseria, errantes los habitantes de 48 pueblos que han sido incendiados, llenos los calabozos de hombres y mujeres que han sido sacrificados por la ferocidad de sus implacables enemigos, hechos el oprobio y el ludibrio del Ejército de Buenos Aires, vejados, desatendidos sus méritos, insolutos sus créditos y en fin el hijo del Alto Perú mirado como enemigo, mientras el enemigo españoles protegido (sic) y considerado. Sí Señor, ya es llegado el tiempo de dar rienda suelta a los sentimientos que abrigan en su corazón los habitantes de los Andes, para que los hijos de Buenos Aires hagan desaparecer la rivalidad que han introducido, adoptando la unión y confundiendo el vicioso orgullo autor de nuestra destrucción.

»Mil ejemplares de horror pudieran haber irritado el ánimo de estos habitantes que U. S. llama en su auxilio. La infame conducta que con el mayor escándalo deshizo, rebajó y ofendió el virtuoso Regimiento de Chuquisaqueños que habían salido a morir por su patria, la prisión de los Coroneles Centeno y Cárdenas por haber hostilizado a Goyeneche y debilitado sus fuerzas para que él las batiera y premiar a hombres que habían desolado a millares de habitantes (pero eran del Alto Perú), la pena impuesta a los Vallegrandinos por haber propuesto destruir a los enemigos para vengar sus agravios y los de la Patria. La prisión de mi persona por haber pedido se me designe un puesto para hostilizar a Pezuela con altoperuanos, que siempre sin sueldo, siempre a su costa, sin partidos y por solo la Patria, han sacrificado su vida y su fortuna, con otros millones de insultos que han sufrido en general todos los pueblos, desde el primer mandatario hasta el último cadete de Buenos Aires no han podido mudar el carácter honrado y sufrido de los altoperuanos, nosotros amamos de corazón nuestro suelo, y de corazón aborrecemos una dominación extranjera (sic), queremos el bien de nuestra Nación, nuestra independencia y despreciamos el distintivo de empleos y mandos, olvidamos el oro y la plata sobre la que hemos nacido y donde ha sido nuestra cuna.

»La justicia de nuestra causa y nuestros sacrosantos derechos, vivifican nuestros esfuerzos y nivelan nuestras operaciones contra esta generalidad de ideas. El Gobierno de Buenos Aires manifestando una desconfianza rastrera ofendió la honra de estos habitantes, las máximas de una dominación opresiva

como la de España han sido adoptadas con aumento de un desprecio insufrible, la prueba es impedir todo esfuerzo activo a los altoperuanos, que el ejército de Buenos Aires con el nombre de auxiliador para la Patria se posesiona de todos esos lugares a costa de la sangre de sus hijos, y hace desaparecer sus riquezas, niega sus obsequios y generosidad.

»Los altoperuanos a la distancia sólo son nombrados para ser zaheridos. ¿Por qué haberme destinado al mando de esta Provincia amiga sin los soldados que hice entre las balas y los fusiles que compré a costa de torrentes de sangre? ¿Por qué corrió igual suerte el benemérito Camargo mandándolo a Chayanta de Sub-delegado dejando sus soldados y armas para perderlo todo en Sipe-Sipe? ¡Olvídese muy en buena hora el empeño del Alto Perú y sus revoluciones de tiempos inmemorables para destruir la monarquía! Si Buenos Aires es el autor de esa revolución, ¿para qué comprometernos y privarnos de nuestra defensa? El haber obedecido todos los altoperuanos ciegamente, el haber hecho esfuerzos inauditos, haber recibido con obsequio a los ejércitos de Buenos Aires, haberles entregado su opulencia, un degrado y otros por fuerza, haber silenciado escandalosos saqueos, haber salvado los ejércitos de la patria ¿son delitos? ¿A quiénes se debe el sostén de un gobierno que siempre nos acuchilló? ¿No es a los esfuerzos del Perú que ha entretenido al enemigo, sin armas por privarle de ellas los que se titulan sus hermanos de Buenos Aires?

¿Y ahora que el enemigo ventajoso inclina su espada sobre los que corren despavoridos y saqueando debemos salir nosotros sin armas a cubrir sus excesos y cobardía? Pero nosotros somos hermanos en el calvario y olvidados sean nuestros agravios abundaremos en virtudes.

»Vaya US. seguro de que el enemigo no tendrá un solo momento de quietud. Todas las Provincias se moverán para hostilizarlo, y cuando a costa de hombres nos hagamos de armas, los destruiremos para que U. S. vuelva entre sus hermanos. Nosotros tenemos una disposición natural para olvidar las ofensas: quedan olvidadas y presentes. Recibiremos a U. S. con el mismo amor que antes, pero esta confesión fraternal, ingenua y reservada, sirva en lo sucesivo para mudar de costumbres, adoptar una política juiciosa, traer oficiales que no conozcan el robo, el orgullo y la cobardía.

»Sobre estos cimientos sólidos levantaría la patria un edificio eterno. El Alto Perú será reducido primero a cenizas que a la voluntad de los Españoles. Para la patria son eternos y abundantes sus recursos, U. S. es testigo. Para el enemigo está almacenada la guerra, el hambre y la necesidad, sus alimentos están mezclados con sangre y, en habiendo unión para lo que ruego a U. S. habrá patria.

»De otro modo los hombres se cansan y se mudan. Todavía es tiempo de

remedio: propenda U. S. a ellos si Buenos Aires defiende la América para los americanos, y si no...

»Dios guarde a U. S. muchos años. “La Laguna, Diciembre 21, 1815. Manuel Ascencio Padilla”».

Un renombrado historiador boliviano señala que en ese potente «y si no...» debe buscarse la base del posterior deseo altoperiano de independizarse no sólo de España sino también de la Argentina, doble cometido que se cumplió en 1825.

Capítulo XXIII

De allí en más la acción de los partidarios altoperuanos fue aún más heroica, ya que al retirarse las tropas porteñas volvieron a quedar, y esta vez para siempre, a merced de la represión de los realistas. Esta fue tan brutal que recordemos que Bartolomé Mitre enumeró 105 caudillos, de los que cuando el Alto Perú logró su independencia en 1825 sólo quedaban vivos 9.

Lo tardío de la ruptura de sus cadenas con España, la más tardía de todas las naciones sudamericanas, indica también a las claras hasta qué punto fue vigoroso el dominio de los godos, quienes tuvieron en sus jefes y oficiales del Alto Perú algunos de sus más experimentados, hábiles y despiadados militares de la guerra americana.

Luego de Sipe-Sipe apenas quedaron el cura Muñecas e Larecaja, Betanzos entre Cotagaita y Potosí, Uriondo y Méndez en Tarija, Camargo en Cinti, Lanza en Ayopaya, el argentino Warnes en Santa Cruz de la Sierra y los esposos Padilla cubriendo la región entre Chuquisaca y La Laguna.

La mayoría de los nombrados pagaron caro su patriotismo y tuvieron finales trágicos. Así, por ejemplo, el presbítero Ildefonso Escolástico de las Muñecas, nacido en San Miguel de Tucumán, quien llegó a ser cura rector de la catedral del Cuzco. Ya en 1809, en el levantamiento de La Paz, se había decidido por la Revolución Americana y luego en 1814 tuvo activa participación en el alzamiento del cacique Pumacahua, cuyo infortunado desenlace lo obligó a buscar refugio en la inhóspita región montañosa de Larecaja.

Allí desarrolló una vigorosa acción guerrillera, sublevando en masa a las multitudes de esa región de probada tradición revolucionaria, a la que conducía en su doble condición de caudillo y sacerdote.

Cuando en 1815 el tercer ejército auxiliar argentino al mando de Rondeau se internó en el altiplano, el cura Muñecas fue uno de los muchos jefes locales que le prestaron apoyo. Junto con los caudillos Monroy, Carriere y Carrión, dirigiendo una tropa numerosa de indios y criollos, impidió que los realistas traspasaran el río Desaguadero. Finalmente, la superioridad numérica, estratégica y en armamento de su enemigos los deshicieron en los altos de Paucarkolla; Monroy al verse perdido se suicidó de un pistoletazo, en tanto que Carrión, Carrieri y otros cinco jefes revolucionarios fueron hechos prisioneros, fusilados y sus cabezas expuestas en picas a la vera del camino hacia La Paz, como escarmiento.

El cura Muñecas logró escapar y en muy poco tiempo había rehecho sus fuerzas, con las que luego de sucesivos encontronazos con las tropas realistas quedó dueño de una vasta región al norte y al este del Lago Titicaca.

Para el virrey Pezuela se transformó en una exigencia de primer orden el destruir a este caudillo, uno más de los que le impedía avanzar sobre las provincias

rioplatenses, para no dejar al descubierto su retaguardia. Para ello fue destacado un poderosísimo ejército al mando del coronel Agustín Gamarra, que logró cercar al cura Muñecas al pie del nevado de Sorata y lo aplastó en Colocolo, procediendo luego a pasar por las armas a todos los prisioneros.

Nuevamente logró escapar Muñecas aprovechando su conocimiento de la tortuosa geografía de la zona, pero fue prontamente denunciado por un indio compadre, cayendo en manos de las fuerzas españolas junto con los 30 fieles que aún lo acompañaban, los que fueron fusilados de inmediato.

El cura fue conservado con vida y el capitán limeño Pedro Salar recibió orden de trasladarlo ante la presencia de Pezuela en Cuzco, donde iba a ser degradado y ahorcado. Pero en el camino, cerca de Tihuanacu, fue asesinado por la espalda por indicación de Salar, seguramente cumpliendo órdenes superiores.

El cadáver del sacerdote fue rescatado por algunos indios que lo veneraban y enterrado en la capilla de Huaqui.

Otro mártir de nuestra independencia fue el gran caudillo José Vicente Camargo, con quien nuestra historia, igual que con los demás jefes de partidarios que combatieron en el Alto Perú, ha sido inmensamente injusta, debido a que sus lugares de nacimiento, como así también las regiones donde guerrearon, pertenecían entonces a las Provincias Unidas del Río de la Plata, pero pasaron, a partir de 1825, a pertenecer a un nuevo país, Bolivia. Por lo que también dejó de reconocérseles su argentinidad y su ciclópea contribución a algunas de las mejores páginas de nuestra historia, sumergiéndolos en un olvido afrentoso.

Desde Cinti las montoneras de Camargo amenazaban constantemente la fortaleza de Cotagaita y mantenían así las puertas abiertas para el ingreso de los ejércitos patriotas desde la Argentina. Sus acciones audaces y sorprendidas causaron honda preocupación a los jefes realistas, y decidieron a Pezuela a ordenar en enero de 1816 al brigadier Antonio María Álvarez marchar con 500 hombres sobre Cinti. Al caer la noche penetraron en el valle, sorprendiéndose al divisar los cerros tachonados por numerosas fogatas. Eran los hombres de Vicente Camargo, que, advertidos por sus vigías, los esperaban armados de hondas, piedras y cuchillos. En la planicie, la caballería del mayor argentino Gregorio Aráoz de Lamadrid dio comienzo a sus maniobras, distraendo al enemigo y permitiendo así que los descalzos y bronceados montoneros cayeran sobre los chapetones y los derrotaran.

Pezuela, sin salir de la sorpresa, ordenó al coronel Olañeta que alcanzara a Lamadrid y vengara la derrota de Álvarez. Tal orden se cumplió el 12 de febrero en las márgenes del río San Juan.

Pero seguían las guerrillas de Camargo obstruyendo el avance realista hacia el sur. Era necesario despejar de rebeldes toda la zona y para ello organizó una nueva y poderosa expedición al mando del coronel Buenaventura Centeno. En el mes de

marzo arrollaron: a las avanzadas patriotas para apoderarse de Cinti, pero entonces chocaron con las milicias de Camargo, las cuales hicieron proezas de valor y causaron considerables bajas a las fuerzas de Centeno. Los refuerzos oportunos y las informaciones proporcionadas por dos traidores ayudaron a los del rey a salvar la situación.

«La batalla es de muchos episodios crueles, sangrientos, desarrollados del 27 de mayo al 3 de abril —escribe Heriberto Trigo—. Al amanecer de este último día los realistas toman de sorpresa el campamento de los patriotas. Herido, cae prisionero el guerrillero Camargo, y en el acto es pasado a degüello. No es el único a inmolado, pero su nombre seguirá siendo de gloria y bandera de combate».

Esta etapa marca la aparición de jefes realistas de mayor ferocidad que los hasta entonces conocidos; también de mayor eficacia en el cumplimiento de sus misiones. Entre ellos cabe destacar al coronel Francisco Javier Aguilera, quien se dirigió hacia el oriente para acabar con Padilla y con Warnes, y el mariscal de campo don Miguel Tacón, quien fue destinado a Potosí.

Inauditamente, es éste también un período de triunfos y de victorias de las fuerzas irregulares de los Padilla sobre los cada vez mejor organizados y bien pertrechados ejércitos del rey.

Entre las más importantes se encuentra la de El Villar, en la que, por su valor y por haber conquistado una bandera, doña Juana es premiada, a instancias de Belgrano, con el grado de teniente coronel del Ejército Argentino, lo que la colmará de orgullo.

Cabe señalar que la relación de los Padilla con Buenos Aires siempre fue muy estrecha, a pesar de las decepciones y malos tratos que sufrieran por parte de los porteños. A pesar de ello su insignia siguió siendo la bandera azul y blanca y por ello el color celeste fue la contraseña entre los patriotas, tanto que el cruel Tacón imponía graves castigos y penas para las mujeres que, en Potosí, llevaran algo celeste en su vestimenta.

La buena relación de Manuel Ascencio y Juana fue, esencialmente, con el general Belgrano, a quien apreciaban y respetaban, sentimientos que éste les correspondía en grado superlativo. Para él era clarísima la gran importancia que los jefes de partidarios como los esposos Padilla tenían para el buen éxito de la revolución desatada el 25 de mayo de 1810, ya que las fuerzas realistas no podían desguarnecer su espalda ante esa amenaza y por lo tanto se veían impedidos de avanzar victoriosamente sobre Buenos Aires, aunque los ejércitos abajeños hubiesen sido destrozados, como había sucedido luego de Huaqui, de Vilcapugio y de Sipe-Sipe.

Esta fue la razón por la que no sólo distinguió a doña Juana sino también a Manuel Ascencio:

«Señor Coronel de Milicias Nacionales, don Manuel Ascencio Padilla.

»Incluyo a Ud. el despacho de Coronel de Milicias Nacionales a que le considero acreedor por los loables servicios que se me ha instituido está ejerciendo en esos destinos de libertarlos del yugo español lo que ya ha jurado nuestro Soberano Congreso, resuelto a sostenerlo con cuantos arbitrios quepan en los altos alcances de su elevada austeridad (...).

»En el entretanto, poniéndose Ud. y toda su gente bajo la augusta protección de mi generala que lo será también de Ud., Nuestra Señora de Mercedes, no tema Ud. riesgos en los lances acordados con la prudencia, pues ella siempre es declarada por el éxito feliz de las causas justas como la nuestra (...).

»No deje Ud. de comunicarme siempre que pueda sin inminente riesgo los resultados de sus empresas, sean favorables o adversas, para mi conocimiento y poder y o tomar las medidas que considere oportunas.

»Dios guarde a Ud. muchos años.

»Tucumán a 23 de octubre de 1816. Manuel Belgrano».

Esta designación llegó cuando hacía ya varias semanas que la cabeza de Padilla, sus ojos vaciados por hormigas, gusanos y caranchos, lucía empicada en el extremo de un palo al lado de otra, de mujer, que sus asesinos supusieron de doña Juana.

Capítulo XXIV

Don Manuel Ascencio Padilla murió como había vivido: heroicamente, y en la única forma que hombres como él morían en ese entonces: ferozmente.

Los realistas habían acumulado más fuerzas que nunca con el objetivo de liquidar a la guerrilla de los esposos. En Tinteros, Padilla con 1000 indios y 150 fusileros había triunfado sobre sus enemigos, aunque a costa de importantes pérdidas entre las que se encontraban Feliciano Azurduy y Pedro Barrera.

En Pitantora la columna de Prudencio Miranda había sido atacada por los tablacasacas, pero había logrado contenerlos y luego ponerlos en fuga. No tuvo tanta suerte el guerrillero Lorenzo Granieta, cuya partida fue deshecha en Tipoyo.

Para Juana y Manuel Ascencio era evidente que su situación era más comprometida que nunca, ya que sus espías les informaron que Miguel Tacón con 2000 hombres había partido de Chuquisaca en una acción combinada con Francisco Javier de Aguilera, quien con 700 hombres también avanzaba desde Vallegrande. La finalidad era tomar a los Padilla entre dos fuegos.

Padilla, que siempre tuvo un alto sentido de la estrategia militar, ordenó a los montoneros de Yamparáez y Tarabuco, dirigidos por Carrillo, Miranda y Serna, que salieran al encuentro de las fuerzas de Tacón para detenerlas. El a su vez se atrincheraría en La Laguna para cortar el avance de Aguilera.

Pero la prolongación de una guerra desfavorable y la irrefutable evidencia de que las fuerzas argentinas ya no volverían, por lo que el triunfo de los patriotas era, más que difícil, imposible, fomentaban las deserciones en las filas rebeldes y también las traiciones. El guerrillero Mariano Ovando, quien había pertenecido a las partidas guerrilleras y que conocía a fondo las costumbres y las tácticas de los Padilla, se pasó al bando contrario y enseñó al coronel Aguilera la senda para llegar a La Laguna velozmente adelantándose a Manuel Ascencio.

Los expertos que han estudiado la batalla de La Laguna aseguran que Padilla equivocó la táctica, ya que tratándose de un campo abierto envió a su inferior infantería por el centro a atacar las fuerzas rivales mientras la caballería al mando de Cueto debía embestir contra la retaguardia enemiga.

Pero a su frente estaba el coronel Aguilera, un hombre de gran coraje y curtido en muchas batallas, quien odiaba hondamente a Padilla y no sabía lo que era el miedo. Las tropas realistas aguantaron a pie firme el ataque patriota y luego avanzaron resueltamente, envolviendo al enemigo y entablado una lucha cuerpo a cuerpo sangrienta que duró varias horas, al cabo de las cuales los guerrilleros se vieron obligados a retirarse en desorden.

La catástrofe pudo evitarse porque la caballería de Cueto alcanzó a sostener su orden y protegió admirablemente la fuga de los infantes.

Esto sucedió el 13 de septiembre de 1816. Al día siguiente, Padilla entró al Villar con las fuerzas que le quedaban y allí acamparon en el santuario, que era el lugar prefijado para el encuentro, y esperó a que se le fueran juntando quienes vagaban dispersos por la zona.

Allí estaba también doña Juana, quien había quedado como reserva con algunos guerrilleros y una pieza de artillería, custodiando el parque de municiones y la caja de caudales.

Las heridas, la derrota y el agotamiento hicieron que los rebeldes perdieran reflejos de prudencia que eran la única garantía de supervivencia en esa guerra tan despiadada. Pero por sobre todas las cosas, nunca sospecharon, porque nunca se habían enfrentado con un jefe como Aguilera, que los seguiría con tanta tenacidad y sigilo al mando de una fuerte columna de caballería, cayendo sobre los guerrilleros como un alud de pólvora y metralla sin darles tiempo de organizarse y matando a quienes no lograban huir.

La sorpresa, esta vez, sembró pánico y desorden en las filas de los perpetuos sorprendedores. La teniente coronela, imperturbable, acudió sin hesitar a la resistencia, con ese vigor nunca desmentido, luchando en primera línea, recibiendo un proyectil en la pierna al iniciarse la lucha y enseguida otro aún más grave en su pecho, aunque se esforzó por que los suyos no se apercibiesen de ello, resistiendo la creciente vehemencia del dolor y el sangrado para no provocar el desánimo en las filas patriotas.

Leamos la algo pomposa y emocionada descripción de Joaquín Gantier:

«Deshechas las columnas libertadoras, cundió el desorden en el campamento y no se dejó esperar el desastre. Minutos después los “Leales” y todos huían sin escuchar la imponente voz de su caudillo, ni las amonestaciones de la heroína que aún luchaba a brazo partido.

»Solos ya los esposos Padilla, fueron los últimos en abandonar el teatro póstumo de sus heroicas hazañas. Padilla, seguido del padre Mariano Polanco y una mujer que acompañaba a doña Juana, que iba en último término, se alejaban precipitadamente, pero tarde... Un grupo de caballería a cuya cabeza se precipitaba Aguilera estaba apunto de apresar a doña Juana, lo cual notando el valeroso y ejemplar esposo tornó bridas para salvar a su amada compañera, descargó sus pistolas logrando derribar a uno de los oficiales, entretanto, ganaba distancia doña Juana.

»Mas, había llegado el término de las fatigas para el óptimo espíritu del valeroso guerrillero que trabajó e hizo más resistencia que los grandes ejércitos contra las fuerzas coloniales y pasase al reposo de la inmortalidad.

»Cargando con el arrojo del que mide el peligro y hace abnegación de su

vida, sable en mano se lanzó contra sus enemigos, pero pronto una bala hirió de muerte al indomable caudillo que desplomado cayó para dar reposo a su fatigado organismo y la ascensión triunfal a su generosa alma».

El coronel Aguilera decapitó al derribado Padilla allí mismo, y a continuación, con sus manos ensangrentadas y con una feroz expresión de triunfo en su rostro alzó el macabro trofeo por los pelos y lo exhibió a soldados y oficiales que prorrumpieron en alaridos de victoria.

Luego, con el mismo sable chorreante, destroncó también a la amazona que iba al lado de Manuel Ascencio y que erróneamente creyeron que era doña Juana.

El mismo Aguilera, satisfecho, anticipando el júbilo que la noticia provocaría en sus superiores en Lima, encajó los cuellos en el extremo de largas picas que luego alzaron en la plaza de El Villar para terror y escarmiento de quienes desearan oponerse al rey.

Existe otra versión de la muerte de Padilla y es la que dio el arriero traidor, Manuel Ovando, cuya declaración fue recogida por el doctor Adolfo Tufiño en 1882, cuando Ovando contaba 105 años de vida:

«Cuando las armas patriotas flaquearon ante las impetuosas cargas de los realistas, dejando un sinnúmero de muertos, emprendió Padilla la fuga, así como los demás, por la abra de la bajada a Yotala.

»Nunca se me hubiera proporcionado mejor ocasión para realizar mi meditada venganza, no perdía de vista al guerrillero en el combate; y tan luego que torció la brida y apretó los ijares de su mula, me apresuré a seguir a Aguilera que se propuso perseguirlo personalmente; pero su bestia fatigada y sin aliento para tal acto se lo impedía, es que entonces aprovechando del brío de mi caballo, me precipité tras el Caudillo, él me amenazó al darse vuelta con la pistola amartillada, la que en su desgracia había estado sin cargar. Bajaba precipitadamente envuelto en su poncho de castilla color aurora y a dos brincos me puse a corta distancia de él, en media bajada a Yotala, donde le descargué dos tiros sucesivos de pistola, que lo derribaron en tierra bañado en su sangre; es entonces que descabalgándome y encontrándolo exánime, me asomé con el puñal a cortarle la cabeza, acto que trató de impedírmelo el intruso padre Polanco, conocido por “el Tata”, pretexto de prestarle los auxilios espirituales, pero una amenaza enérgica de mi parte, apartó de la escena al desgraciado sacerdote, mi paisano.

»La cabeza del Caudillo fue presentada a Aguilera quien se la llevó a La Laguna a exhibirla en una pica».

Juana Azurduy, mientras tanto, sosteniéndose apenas sobre su cabalgadura debido a la importancia de las heridas que la iban vaciando de sangre, continuó la huida acompañada de unos pocos leales. Pronto la alcanzarían los informes de que su marido había sido muerto y, a diferencia de otras tantas veces en que ella confió en que la sagacidad y el coraje de Manuel Ascencio desmentirían tal tragedia, esta vez estuvo segura de que nuevamente el destino le había asestado un terrible golpe. Dudó en volver atrás para ella también inmolarsé junto a su querido esposo, pero, demasiado débil y convencida por sus compañeros, continuó la difícil fuga hacia el valle de Segura de tan funestas memorias.

Su misión como nueva jefa de las fuerzas guerrilleras era poner a salvo el tesoro, al que el historiador y general español García Camba llamó el «depósito de sus rapiñas», tasado en aproximadamente 60 000 duros.

En realidad lo que doña Juana más anhelaba en esos lúgubres momentos era poner a salvo a su hija Luisa, y llevar consigo una caja de madera en la que los Padilla guardaban sus papeles. Entre ellos su designación como teniente coronela.

Capítulo XXV

La lucha no daba tregua y, sobreponiéndose al inmenso dolor que la embargaba, ya que la muerte de Manuel Ascencio le fue confirmada por algunos que habían visto su cabeza exhibida como macabro trofeo de guerra, se puso a la tarea de designar al nuevo jefe que continuaría la guerra. La voz se expandió por toda la región, convocando a los caudillos de partidarios a un consejo. Juana Azurduy fue su presidenta, vistiendo de negro, con el rostro endurecido por su voluntad de no ser traicionada por lágrimas, los puños crispados sobre la mesa.

Fue muy difícil ponerse de acuerdo en quién podía sustituir a una figura tan imponente como la de Manuel Ascencio. Circularon los nombres de Jacinto Cueto; de Fernández, de Severo Bedoya, pero cada vez que el fiel de la balanza parecía caer sobre alguno ellos se excusaban, por cuanto la convicción general era que la misma doña Juana debía tomar la sucesión de su difunto esposo. Pero ésta estaba convencida, y seguramente tenía razón por la idiosincrasia de las gentes de la región, que el nuevo jefe también debería ser un hombre con el cual ella colaboraría, según prometió, como lo había hecho con Manuel Ascencio.

La elección se tornó tan difícil y trabada que finalmente todos pidieron a la teniente coronela que fuese ella quien designara al nuevo comandante. Quizá todavía impresionada por su magnífico desempeño en la batalla de La Laguna, Juana se inclinó por Jacinto Cueto, y como segundo fue nombrado don Esteban Fernández. El consejo se cerró con la instrucción al nuevo jefe de que informase al general Manuel Belgrano sobre lo decidido, quien así lo hizo:

«En el mismo día (14 de setiembre) salí de mi casa con dirección para Pomabamba, recogiendo la gente dispersa y busqué mi reunión, en la raya de la frontera, punto de Segura, donde me encontré con la mujer del finado, el sargento mayor don Pedro Bedoya y demás oficiales que entendían en la misma diligencia de reunir sus compañías. Aquí se trató de nombrar un comandante de la división para dar principio a la reorganización de nuestras fuerzas, y después de haber cedido voluntaria y públicamente sus acciones y derechos el expresado sargento mayor por igual consentimiento de los oficiales, en que también tuvo voto la mujer del coronel, recayó en mí dicho cargo como comandante de caballería y otras atenciones que merecí a dicha acordada junta. Como se supiese que Tacón había llegado a La Laguna con setecientos hombres, después de haber dejado guarnición en Tarabuco y que la división de Aguilera volvió al Vallegrande con disposición de marchar a Santa Cruz, me interné a este pueblo de Sauces para dar mis providencias en los puntos necesarios, y entender en la composición de armas, todo a mi costa y sin apensionar a persona alguna, como

también para combinar con el coronel don Ignacio Warnes, a quien ocurri por el auxilio de municiones y un cañón, según lo acredita el oficio que en copia acompaño a U. S. y salgo de aquí el día de mañana para Pomabamba a verificar mi reunión en Molleni donde tengo citados a todos los comandantes de partida que quedaron atrás y se retiraron a parajes seguros, a excepción del insubordinado don Apolinar Zárate, que se mantuvo en Tarabuco después de ser llamado y allí fue sorprendido con pérdida de veinticinco hombres y otros tantos fusiles; practicada nuestra reunión general pasaré a V. E. la votación de mi nombramiento, firmado por los oficiales junto con el estado de la fuerza y armamento, que según cálculo será de trescientos fusiles; y luego que reciba el auxilio pedido a Santa Cruz, me dispondré a operar prudentemente según exija la necesidad».

Los tiempos posteriores a la muerte del gran caudillo patriota fueron oscuros para la causa rebelde. Por un lado los realistas festejaron el hecho con justificada satisfacción. Lo expresa el general español García Camba en sus memorias escritas mucho tiempo después: «La destrucción de Padilla era de la mayor importancia para la pacificación de los partidos o subdelegaciones de la provincia de Charcas y aun para la inmediata de Santa Cruz de la Sierra. No hay voces con que expresar dignamente la actividad y decisión del coronel Aguilera». Donde dice «pacificación» debe leerse «exterminio». Fue así como el coronel Aguilera, sin perder tiempo, el camino expedito hacia Santa Cruz, partió de inmediato con el objetivo de terminar con el otro gran caudillo de la zona, el argentino Ignacio Warnes.

Las cosas no fueron mejor en el interior del campo rebelde, ya que la autoridad de Cueto y de Fernández fue rápidamente puesta en cuestión, en primera instancia como pudo leerse en su comunicación a Belgrano por Apolinar Zárate, quien quizás consideró que por su proximidad le hubiese correspondido ser el sucesor de Padilla. Muy rápidamente, también el subjefe Fernández y Ravelo se insubordinaron y decidieron formar una división propia.

El principal motivo de esta anarquía no era solamente la inevitable confusión generada por la ausencia de un líder indiscutible y la imposibilidad de su sustitución inmediata, sino también una disputa crematística por los caudales que la guerrilla de los Padilla había ido acumulando a lo largo de sus correrías. Caja que continuaba bajo custodia de doña Juana pero que despertaba la ambición de no pocos de los jefes de partidarios, no sólo por codicia personal, sino porque también un suculento tesoro como ése garantizaba la compra de armas y cañones necesarios para el buen suceso de sus tareas bélicas.

La fama del general don Martín Güemes se había extendido por todo el Alto Perú. Muchas veces Manuel Ascencio y Juana habían comentado las hazañas de este

hombre de noble origen salteño, quien al mando de sus gauchos aplicaba en Salta y Jujuy tácticas de guerra muy similares a las de los jefes de partidarios altoperuanos.

Por todo ello, impotente para dominar el caos desatado en las filas patriotas, la teniente coronela encomendó a fray José Indalecio de Salazar escribir al caudillo solicitándole enviase «en lugar del finado un jefe de integridad, amor, celo y honradez, procedimiento para prever el cáncer pernicioso (sic) que pueda probablemente cundir e infectar toda la masa de esta porción brillante, que si en la actualidad es virtuosa pero puede después corromperse e inutilizarse para la vigorosa defensa que necesitan practicar estas provincias».

Güemes respondió enviando al teniente coronel don José Antonio Asebey, pero nunca llegó a destino debido a que su designación provocó controversias y algunos de los más importantes jefes se negaron a aceptar su autoridad.

Lo cierto es que doña Juana no se encuentra en las mejores condiciones para controlar el divisionismo desatado en sus filas, ya que ha caído en el abatimiento y su mente está ocupada por una única obsesión: rescatar la cabeza de su amado Manuel Ascencio, la que, a pesar de las semanas transcurridas, sigue aún clavada en la plaza principal del pueblo de La Laguna insultando a quienes tanto lo veneraron.

La teniente coronela llama a su presencia a Caipé, un joven flechero tacafucus que le ha demostrado gran lealtad aun en los momentos difíciles que está viviendo, alguien que le recuerda a Hualparrimachi, y le encomienda recorrer la zona reclutando indios y criollos para formar un nuevo ejército a sus órdenes.

Al cabo de unos días Caipé se presenta ante su jefa con poco más de 100 hombres, entre flecheros y algunos ex fusileros de Padilla decididos a vengar su memoria ultrajada. Tampoco falta una decena de sus diezmadas amazonas. Sabedora de que la partida es aún insuficiente, doña Juana solicita a Esteban Fernández y a Agustín Ravelo que le presten sus servicios.

Esta de todas maneras exigua tropa se vio significativamente aumentada en el trayecto hasta La Laguna por bandadas de indios ávidos de venganza, que a la vista del pueblo, y sin esperar orden alguna, se abalanzaron como un huracán sobre los realistas que comandaba el coronel Francisco Baruri, perforando sus líneas de defensa.

Se desató entonces una de las carnicerías más espantosas de nuestra lucha por la independencia, ya que, a la vista de la podrida calavera del gran caudillo, quienes fueran sus súbditos sintieron hervir su sangre y masacraron a todo realista que encontraron a su paso, y también a quienes hubiesen colaborado con ellos, dejando las polvorientas calles teñidas de sangre.

Nada de esto advertiría Juana Azorduy, sus sentidos aplicados a descender esa cabeza de órbitas habitadas por gusanos y de carne apergaminada y devorada por los cuervos. En una dolorosísima procesión la llevaron hasta la iglesia y allí la

depositaron sobre el altar, oficiándose a continuación un último responso con los elevados honores correspondientes a su rango de jefe de la guerra de recursos altoperuana y de coronel del Ejército Argentino.

Estos emocionantes funerales parecerían haber marcado un punto de inflexión en la vida de doña Juana, la que de allí en más fue despeñándose en una curva descendente hasta aquella tremenda carta, escrita ocho años más tarde, cuando vagaba pobre y deprimida por las selvas del Chaco argentino:

«A las muy honorables juntas Provinciales: Doña Juana Azurduy, coronada con el grado de Teniente Coronel por el Supremo Poder Ejecutivo Nacional, emigrada de las provincias de Charcas, me presento y digo: Que para concitar la compasión de V. H. y llamar vuestra atención sobre mi deplorable y lastimera suerte, juzgo inútil recorrer mi historia en el curso de la Revolución. Aunque animada de noble orgullo tampoco recordaré haber empuñado la espada en defensa de tan justa causa. La satisfacción de haber triunfado de los enemigos más de una vez deshecho sus victoriosas y poderosas huestes, ha saciado mi ambición y compensado con usura mis fatigas; pero no puedo omitir el suplicar a V. H. se fije en que el origen de mis males y de la miseria en que fluctúo es mi ciega adhesión al sistema patrio (...). Después del fatal contraste en que perdí a mi marido y quedé sin los elementos necesarios para proseguir la guerra, renuncié a los indultos y a las generosas invitaciones con que se empeñó en atraerme el enemigo.

»Abandoné mi domicilio y me expuse a buscar mi sepulcro en país desconocido, sólo por no ser testigo de la humillación de mi patria^[2], ya que Mis esfuerzos no podían acudir a salvarla. En este estado he pasado más de ocho años, y los más de los días sin más alimento que la esperanza de restituirme a mi país (...). Desnuda de todo arbitrio, sin relaciones ni influjo, en esta ciudad^[3] no hallo medio de proporcionarme los útiles y viáticos precisos para restituirme a mi casa (...). Si V. H. no se condele de la viuda de un ciudadano que murió en servicio de la causa mejor, y de una pobre mujer, que, a pesar de su insuficiencia, trabajó con suceso en ella...».

Capítulo XXVI

En 1817 la situación de los caudillos patriotas se había vuelto desesperante. El terrible Aguilera, luego de haber dado cuenta de Padilla, se dirigió raudamente hacia Santa Cruz de la Sierra, escenario dominado por el coronel Ignacio Warnes, quien, a pesar de su inferioridad numérica, acorralado, salió al paso de los tablacasacas en El Pari, donde se libró la batalla más sangrienta de todas las que tuviera el Alto Perú por escenario, ya que de los 2000 hombres que intervinieron en ella sólo sobrevivieron 200.

Fue otra vez Aguilera quien, abalanzándose sobre un Warnes ya herido, a pesar de lo cual no cejaba en sus gritos de aliento repartiendo mandobles a diestra y siniestra que hacían estragos en sus enemigos, lo abatió con un disparo a quemarropa de su arcabuz y luego, aún con vida el gran caudillo cruceño, destroncó su cabeza, la que también colocó en el extremo de una pica, durante varios meses, a la vista de hombres y mujeres que circulaban por la plaza principal de la ciudad cambia.

No fue esto suficiente para el feroz y eficaz coronel de los ejércitos del rey, nacido también en Santa Cruz de la Sierra, sino que a continuación entró a saco en su ciudad natal pasando por las armas a mil de sus habitantes.

No fueron Padilla y Warnes los únicos inmolados, ya que en pocos meses también habían perdido su vida Camargo, Esquivel y el cura Muñecas.

Una de las causas de esta matanza se debió a que San Martín había por fin convencido al gobierno porteño de que la mejor vía hacia Lima no era a través del Alto Perú sino cruzando los Andes y embarcándose en el Pacífico, para así sitiar y rendir el Callao. La historia dio la razón a ese gran estratega militar que fue San Martín, el primer verdadero jefe con instrucción y experiencia bélica, quien sustituyó a hombres de buena voluntad pero de poca aptitud en el campo de la guerra, como fueran Castelli y Balcarce, Belgrano y Rondeau, todos ellos militares improvisados por imperio de las circunstancias.

Pero lo cierto es que la decisión de San Martín dejó a los valientes caudillos altoperuanos a merced de la represión y venganza realista, los que no tuvieron mayor inconveniente en apaciguar la región a sangre y fuego, imponiendo terror y demostrando una crueldad pocas veces vista en la historia de la humanidad.

Las fuerzas godas estaban ahora a las órdenes del muy apto general De la Serna, quien había llegado desde la península a la cabeza de importantes refuerzos, y tanto él como Pezuela, promovido ahora a virrey, otro militar de valía, coincidían con San Martín en que la vía del Pacífico era la mejor para rendir Lima. Por lo tanto les era imprescindible distraer fuerzas patriotas de este objetivo, amenazando con la invasión de las provincias del Río de La Plata a través de su frontera norte. Para ello era necesario garantizar su retaguardia terminando de destrozar a las guerrillas

altoperuanas que hasta entonces le habían impedido concentrar las tropas necesarias para franquear el impenetrable tapón que imponía la acción de Güemes y sus gauchos en la frontera de Salta y Jujuy.

Aniquiladas las guerrillas del norte y del oeste, doña Juana se dirigió hacia el sur, donde resistían los caudillos tarijeños, en estrecha relación con Güemes. Entró así en los dominios del valiente y noble Francisco Uriondo, quien le brindó una recepción con todos los honores que su admiración por la teniente coronela le merecían. Seguramente doña Juana se dirigió también hacia el sur, anoticiada de que su amigo el general Manuel Belgrano había vuelto a hacerse cargo del ejército del norte tras el fracaso de Rondeau.

Fue Belgrano quien, ante la tremenda presión que los godos estaban ejerciendo sobre los caudillos altoperuanos, dio instrucciones al coronel Aráoz de Lamadrid de que incursionara en la zona para ejecutar una maniobra de diversión que distrajera algunas fuerzas al servicio del rey, y así impedir o aminorar la masacre.

Nada más podía hacer Belgrano, al frente de un ejército en estado deplorable, como informa al gobierno de Buenos Aires:

«Los capellanes, que debían dar el ejemplo acerca del orden y conducta cristiana del ejército tienen procedimientos que llenan de rubor, haciendo algunos de ellos vida escandalosa con mujeres, juegos y otros vicios. Los oficiales debían llenarse de vergüenza por quebrantar sus arrestos y fingirse enfermos para concurrir de noche con descaro a los bailes, haciendo ostentación de su deshonor, mientras sus conversaciones se reducen a murmurar de su general, de sus jefes y compañeros».

Y, como si esto fuera poco, la miseria:

«Yo mismo estoy pidiendo prestado para comer. La tropa que tiene el Gobernador Güemes está desnuda, hambrienta y sin paga como nos hallamos todos, y no es una de las menores razones que; lo inducen a hacer la guerra de recursos al enemigo. Yo mismo habría hecho otro tanto, pero estoy muy lejos, y temo se me quedaría en la marcha la mitad de la fuerza de lo que se llama ejército».

A Aráoz de Lamadrid se suman Uriondo, Méndez y Avilés, y con su ayuda libra la batalla de La Tablada, en la que consigue una buena victoria. Ningún parte da cuenta de la intervención de Juana Azurduy, por lo que se supone que, quizás muy deprimida, Uriondo decidió mantenerla bien custodiada para facilitar su recuperación.

El efecto de su victoria no fue bien aprovechado por Aráoz de Lamadrid, quien,

desobedeciendo las precisas instrucciones de Belgrano, se aventuró más allá de lo que la prudencia dictaba, sufriendo algunas derrotas parciales que luego desembocaron en el gran desastre de Sopachuy, batalla en la que seguramente por indicaciones de doña Juana había contado con las partidas de Ravelo, Fernández y Asebey.

Fue ésta la última esperanza de las diezmadas guerrillas altoperuanas de que un ejército argentino pudiera dar vuelta la situación, y la imprudencia y la impericia de Aráoz de Lamadrid hizo recrudecer otra vez no sólo la represión realista sino también el caos y la anarquía, y por sobre todas las cosas la defección en las filas patriotas. Sus jefes no eran ya solamente muertos, sino que algunos de ellos optaron por pasarse con armas y bagajes al enemigo.

El caso de Eustaquio Méndez, «El Moto», uno de los mayores guerrilleros, es relatado por García Camba y silenciado por la historia oficial:

«A principio de noviembre (1818) se presentó espontáneamente al general en jefe el caudillo Eustaquio Méndez, quien con el caudillo Uriondo conmovía la provincia de Tarija; se presentó con su numerosa partida y armas fiado en la generosidad del general español. Este envió tranquilos a sus hogares y labranzas a los hombres de guerra del célebre Méndez, conocido por “el Moto” porque era manco, le declaró teniente coronel a nombre de S. M. y señaló a sus dos sobrinos una moderada pensión, mereciendo estas gracias la aprobación del país, las cuales era de esperar sirviesen de útil estímulo al arrepentimiento».

Capítulo XXVII

Juana Azurduy, viuda de Padilla, necesita el sosiego y la protección para restañar las profundas heridas anímicas que el destino ha producido en su espíritu.

La convulsionada Tarija no puede proveérselo y por ello parte hacia el sur, en busca de alguien a quien Manuel Ascencio mucho estimaba y de quien Arenales, les había hablado con entusiasmo. Alguien a quien, como hemos visto, ya doña Juana había solicitado ayuda cuando la anarquía iba deshaciendo la fuerza de sus partidarios.

Martín Güemes era, probablemente, lo más parecido a su esposo que podía hallarse: también provenía de una familia acomodada y, a pesar de ello, convencido de sus ideales de libertad y justicia, había empuñado las armas en contra de los intereses de su propia clase social. El también era alto, fornido, muy bien parecido. El también sabía hacerse amar por sus hombres, que eran capaces de dar la vida a una orden suya.

El gran caudillo salteño recibió a la teniente coronela con demostraciones de afecto y admiración y, sabiendo que sería la mejor forma de ayudarla, incluyó a doña Juana en su ejército, asignándole tareas de mando y responsabilidad.

Güemes aparece con una personalidad controvertida en opinión de los historiadores que se ocuparon de él, aunque quizás ello estuviese influenciado por el hecho de que dichos textos fueron escritos al calor de las luchas intestinas entre unitarios y federales, deformando la visión que de él se transmitió a la posteridad.

«Este caudillo —escribiría José María Paz, su contemporáneo—, este demagogo, este tribuno, este orador, carecía hasta cierto punto del órgano material de la voz, pues era tan gangoso, por faltarle la campanilla, que quien no estaba acostumbrado a su trato, sufría una sensación penosa al verlo esforzarse para hacerse entender. Sin embargo, tenía para los gauchos tan unción en sus palabras y una elocuencia tan persuasiva, que hubieran ido en derechura a hacerse matar para probar su convencimiento y su adhesión.

»Era además Güemes relajado en sus costumbres y carente de valor personal, pues jamás se presentaba en el peligro. No obstante, era adorado de los gauchos, que no veían en su ídolo sino al representante de la ínfima clase, al protector y padre de los pobres, como lo llamaban, y también, porque es preciso decirlo, el patriota sincero y decidido por la independencia: porque Güemes lo era en alto grado. El despreció las seductoras ofertas de los generales realistas, hizo una guerra porfiada, y al fin tuvo la gloria de morir por la causa de su elección, que era la de América entera».

Quizás un general español que combatió contra Güemes pueda darnos una visión más ajustada de lo que significó el caudillo salteño y sus gauchos para nuestra independencia:

«Los gauchos eran hombres del campo, bien montados y armados todos de machete o sable, fusil o rifle (carabina de caballería), de los que se servían alternativamente sobre sus caballos con sorprendente habilidad, acercándose a las tropas con tal confianza, soltura y sangre fría que eran admirados por los militares europeos, que por primera vez observaban a aquellos hombres extraordinarios a caballo, y cuyas excelentes disposiciones para la guerra de guerrillas y sorpresa tuvieron repetidas ocasiones de comprobar. Eran individualmente valientes, tan diestros a caballo que igualan si no exceden, a cuanto se dice de los célebres mamelucos y de los famosos cosakos (sic), porque una de las armas de estos enemigos consistía en su facilidad para dispersarse y volver de nuevo al ataque, manteniendo a veces desde sus caballos y otras veces echando pie a tierra y cubriéndose con ellos, un fuego semejante al de una buena infantería». (García Camba, Memorias).

Doña Juana pasó varios años junto a Güemes durante los cuales no es imposible que hayan sostenido alguna relación amorosa, ya que la teniente coronela era todavía una bella hembra a pesar de que el sufrimiento había dejado huellas en su cuerpo, en tanto que Güemes era un varón a quien mucho gustaban las mujeres; como eran mentas de la época.

La vida afectiva de la teniente coronela parece ser un tema tabú para los historiadores que de ella se han ocupado, como si fuese inimaginable y quizás descalificante reconocer en tan idealizable figura de nuestra historia supuestas debilidades de su carne. Por el contrario, todo parece indicar que la pasión en su lucha patriótica sería similar a la que alimentaba sus deseos de mujer, como lo muestra el elevado nivel erótico que adornaba su relación con Manuel Ascencio y que seguramente también dio calor a vínculos de doña Juana con otros hombres.

Otra circunstancia que la unía a Güemes era su compartida enemistad contra el general José Rondeau, quien llegó a distraer el Ejército del Norte a su mando, acampado en Jujuy, para atacar al caudillo salteño.

Este, seguramente disconforme con el mando de Rondeau, previendo que un ejército tan indisciplinado estaba condenado al desastre, abandonó, con sus gauchos, el Ejército del Norte y se dirigió hacia Salta. En el camino se apropió del armamento que había quedado almacenado en Jujuy, y luego, ya en Salta, se hizo elegir gobernador. Esto de alguna manera significaba una rebeldía ante Buenos Aires, ya que hasta entonces las autoridades provinciales habían sido designadas por el

gobierno central.

Güemes había regresado sinceramente indignado por la corrupción del ejército porteño, lo que hizo que en Salta cundieran exagerados rumores de que Rondeau y sus subalternos cabalgaban con sus alforjas llenas de oro.

Como una prueba más de su ciega incapacidad, Rondeau decidió escarmentar al caudillo salteño y se dirigió a enfrentarlo con su ejército. Como no podía ser de otra manera, fue derrotado contundentemente por las experimentadas montoneras de Güemes, quienes dejaron a las tropas sin víveres, ya que habían retirado todo el ganado que hubiese en su camino, a tiempo que les producían crecientes bajas a favor de un decisivo predominio en la caballería.

«Es inconcebible tanta imprevisión, mucho más en un general que sabía prácticamente lo que era la guerra irregular o de montonera y lo que valía el poder del gauchaje en nuestro país, pues lo había visto en la Banda Oriental. No puedo dar otra explicación, sino que se equivocó en cuanto a las aptitudes de Güemes y el prestigio que gozaba entre el paisanaje de Salta».(José M. Paz, Memorias).

Como es de imaginar, estos desatinos en el interior de las fuerzas patriotas provocaron su debilitamiento, lo que se hizo grave, pues un poderoso ejército realista, al mando del general Ramírez Oroasco, invadió Salta. Eran 6 batallones, 7 escuadrones y 4 piezas de artillería, formando un total de aproximadamente 4000 hombres.

A pesar de la desorganización de las guerrillas argentinas y de no poder contar con el refuerzo de las tropas regulares, la resistencia de los gauchos salteños fue admirable y eficaz.

Al proclamar ante el Cabildo de Salta, su nuevo triunfo, un Güemes más preocupado que eufórico decía:

«A pesar de no haber sido oportunamente auxiliados, una vez más hemos conseguido, aunque a costa del exterminio de nuestra provincia, el escarmiento de los tiranos».

No hay registro de la intervención de la teniente coronela en las luchas intestinas argentinas; es posible que ella haya querido evitarlo y, por otra parte, que Martín Güemes le haya ahorrado ese calvario.

Capítulo XXVIII

Para los realistas eliminar a Güemes es una necesidad de primerísimo nivel, y no están dispuestos a desaprovechar el debilitamiento que la ceguera de muchos argentinos que lo combaten por razones viles produce en el jefe de los gauchos.

El general español Olañeta dispone que su lugarteniente «el Barbarucho», que acampaba en Yavi con 300 hombres, marche hacia el Sur en maniobra oculta y sigilosa, con el propósito de alcanzar en el menor tiempo posible la ciudad de Salta, sorprender a los patriotas y cumplir con el objetivo principal: asesinar a Martín Güemes, verdadera pesadilla para los godos.

Una vez más, la tragedia planea sobre Juana Azurduy.

Entre las medidas que adopta para encubrir esta operación, Olañeta levanta su propio campamento de Mojós sin dejar ninguna tropa, fingiendo retirarse en forma ostensible hacia Oruro, pero con la idea de, en cuanto esta marcha hubiese engañado a los patriotas, retornar velozmente para apoyar la «operación comando» del coronel Valdez, «el Barbarucho».

Todo se ejecuta según lo previsto, y en su marcha hacia el Sur, Valdez, en lugar de avanzar por la Quebrada lo hace inadvertidamente por el camino del Despoblado (actual Ruta Nacional N° 40, que parte de la localidad de Abra Pampa, sigue por San Antonio de los Cobres para alcanzar el Valle de Lerma al oeste de Salta), que como su nombre lo indica es desolado y deshabitado, también áspero y lleno de dificultades por la falta de agua y víveres.

«El Barbarucho» era un español que, como Olañeta, de comerciante que había sido en el tráfico de mulas y mercaderías con el Perú había pasado a ser un bravo oficial en el ejército del rey, para sostener la autoridad española contra la revolución.

Según era fama, se había hecho experto en contrabando durante su vida de comerciante, practicándolo ventajosamente por los senderos extraviados de las serranías que corren por el poniente de las provincias de Salta y Jujuy. Este ejercicio lo había convertido en un baqueano experto, ladino y audaz, lo que sumado a sus prendas de militar corajudo y disciplinado parecía como venido a pelo para llevar a buen puerto la riesgosa y desde todo punto de vista trascendental operación que se le había confiado.

«Tan brusco era, tan fogoso y tan bárbaro, que muchas veces, después de cometidas sus torpezas, se arrepentía de ellas; y se lo oía exclamar entonces, con la misma dura franqueza que correspondía a sus ímpetus mal educados. “¡Qué barbarucho soy!”, quedándole así para siempre esta calificación apropiadísima, que él mismo se la daba». (E. Frías).

Valdez, ayudado por indios baqueanos y algunos salteños enemistados con el jefe gaucho, cruza la altoplanicie del Despoblado y se embosca, el 7 de junio de 1821, en la serranía de los Yacones, con unos 400 hombres de infantería.

Aquí dividió sus fuerzas en partidas a cargo de buenos conocedores de la ciudad y ordenó que las mismas se dirigieran a rodear la manzana de la casa de Güemes, lo que se realiza sin mayores tropiezos. Uno de los colaboradores del jefe patriota, que ha estado reunido en su casa y atraviesa la plaza, se topa con una de las patrullas del Barbarucho y es muerto de un disparo. Güemes escucha la detonación y sale solo a la oscuridad cerrada de la noche, convencido de que se trata de un disturbio sin importancia promovido por algún opositor, quizá borracho, sin imaginarse que eran los realistas quienes se habían desplegado por toda la ciudad.

Al darse cuenta de lo que realmente sucedía, lamentando haberse aventurado sin escolta, pretende huir a la carrera por una calle lateral, pero cae en una encerrona y él también es herido, según es tradición, por una descarga en el trasero.

Batiéndose con su proverbial bravura logra subir a un caballo y se dirige al río Arias, donde es transportado en camilla hasta la hacienda de la Cruz, para desde allí continuar su fuga hasta el El Chamental, donde fallece, después de desangrarse durante diez días y pese a los cuidados de su médico, el 17 de junio de 1821.

Muerte que parece confirmar la hipótesis de que Güemes padecía de hemofilia, razón por la cual no participaba, y sus gauchos lo comprendían, en entreveros y escaramuzas.

Capítulo XXIX

La muerte de su amigo y protector despeña irremisiblemente a doña Juana en la miseria, como lo revela la dramática carta anteriormente citada que dirigiese a las autoridades salteñas solicitándoles ayuda para regresar a su Chuquisaca natal, ya parte de la República Bolívar, luego Bolivia.

La respuesta oficial a tan dramática solicitud fue avaricianta:

«Salta, mayo 2 de 1825.

»Habilítese a la viuda del Teniente Coronel Manuel Ascencio Padilla, con cuatro mulas pertenecientes al Estado, entregándose, por el ministerio de Hacienda, la cantidad de cincuenta pesos para los gastos de su marcha».

Nadie recibió en su ciudad natal a la gran heroína, quien llevó consigo a su hija Luisa, ya de once años, descubriendo que la mayoría de sus propiedades habían ido confiscadas y otras estaban en poder de su hermana Rosalía, quien durante todos esos años había sostenido una vida sin compromisos, obediente a su destino de dama chuquisaqueña sólo preocupada por la educación de sus hijos y la atención de su esposo.

Doña Juana reclama la devolución de sus bienes y logra que el gobierno boliviano apenas le reconozca su hacienda de Cullco:

«Chuquisaca, agosto 11 de 1825.

»Autos y vistos: Constando por la sentencia de remate dada en cinco de enero de mil ochocientos diez que corre a fs. 58 del Expediente mandado agregar, que la subasta de la Hacienda de Cullcu propia de la Teniente Coronela del Ejército doña Juana Asurdui (sic) viuda del Coronel Dn. Manuel Ascencio Padilla, se vendió por el Gobierno anterior por sólo su patriotismo: declárese conforme al Superior Decreto de trece de abril del presente año de su Excelencia el Sr. General en Jefe del Ejército Libertador encargado del Mando Supremo de estas Provincias, que puede la indicada Asurdui tomar posesión de dicha Hacienda, sirviendo este Auto de suficiente despacho en forma».

La extrema indigencia en que vive hasta el final de sus días hace que más adelante se viese obligada a malvender esta propiedad.

Una de las razones de la falta de reconocimiento de sus compatriotas hacia alguien que lo había entregado todo por la causa independentista se debió a que quienes habían quedado en la cresta de la ola cuando llegó el momento de la libertad

habían sido en su gran mayoría personas de dudosa conducta durante la larga guerra. La mayoría de los caudillos, en cambio, habían muerto o ya no contaban, y por otra parte la primitividad de los sobrevivientes hacía que las negociaciones politiqueriles fueran para ellos escenarios en los que se desenvolvían con mayor dificultad y menor éxito que en los aguerridos campos de batalla. Esto hizo que quienes treparan a las posiciones de gobierno y de poder fueran personajes como el mariscal Santa Cruz, hoy héroe nacional de Bolivia, quien durante varios años a principios de la gesta libertadora combatiese del lado realista, teniendo a su cargo nada menos que la represión sangrienta del levantamiento patriótico de La Paz en 1809.

Así lo señala Paz, descorazonado:

«No puede menos de contristarse la imaginación de un argentino y de un soldado de los primeros años de la guerra de la independencia, considerando lo poco que han servido para su país y para esos mismos soldados aquellos sacrificios y ver que sólo sirvieron para allanar el camino a otros guerreros más afortunados y facilitar su carrera a los Santa Cruz y otros muchos que como él hicieron la guerra más obstinada a esa misma Independencia, de que ahora son los grandes dignatarios y los verdaderos usufructuarios, mientras que los más antiguos y los más leales soldados de la gran causa de América arrastran una penosa existencia en la oscuridad, la proscripción, la miseria y el olvido».

Las feroces luchas intestinas que se abatieron sobre la república recién constituida, bautizada con el nombre de Bolívar a instancias de Sucre, fueron otras razones por las cuales no hubiera tiempo ni disposición para el reconocimiento a quienes tanto habían luchado y sufrido por la libertad, como en el caso de Juana Azurduy, quien envejecía solitaria y olvidada con la sola compañía de su hija Luisa, con quien nunca llegó a desarrollar una relación con la intensidad afectiva que había llegado a tener con sus hijos muertos.

Uno de los pocos momentos de felicidad fue aquel en que sorpresivamente Simón Bolívar, acompañado de Sucre, el caudillo Lanza y otros, se presentó en su humilde vivienda para expresarle su reconocimiento y homenaje a tan gran luchadora. El general venezolano la colmó de elogios en presencia de los demás, y dicese que le manifestó que la nueva república no debería llevar su propio apellido sino el de Padilla, y le concedió una pensión mensual de 60 pesos que luego Sucre aumentó a cien, respondiendo a la solicitud de la caudilla:

«Sólo el sagrado amor a la patria me ha hecho soportable la pérdida de un marido sobre cuya tumba había jurado vengar su muerte y seguir su ejemplo; mas el cielo que señala ya el término de los tiranos, mediante la invencible

espada de V. E. quiso regresase a mi casa donde he encontrado disipados mis intereses y agotados todos los medios que pudieran proporcionar mi subsistencia; en fin rodeada de una numerosa familia y de una tierna hija que no tiene más patrimonio que mis lágrimas; ellas son las que ahora me revisten de una gran confianza para presentar a V. E. la funesta lámina de mis desgracias, para que teniéndolas en consideración se digne ordenar el goce de la viudedad de mi finado marido el sueldo que por mi propia graduación puede corresponderme».

Esa paupérrima pensión de 100 pesos mensuales le fue pagada puntualmente apenas durante dos años, deglutida por la anarquía que se agravó aún más después de que el mariscal Sucre fuese herido en el cuartel de San Francisco y que el presidente Blanco fuese asesinado en la Recoleta. Recordemos que Pedro Blanco conducía las tropas realistas que reiteradamente se enfrentaron contra los Padilla, a pesar de lo cual, mientras doña Juana subsistía malamente, él llegaba a la máxima magistratura de un país nacido de la indómita lucha de otros por la libertad.

Buenos Aires, a su vez, cuyos errores políticos sumados a las conspiraciones de Sucre habían provocado en 1825 la pérdida del inmenso y feraz territorio altopetuario, parecía considerar que quien hubiese nacido y habitase más allá de sus nuevas fronteras, en Chuquisaca, por ejemplo, era un extranjero. Aunque se tratase de una mujer que todo lo había dado en su heroica lucha por la independencia de las Provincias Unidas del Río de la plata. O por tratarse, justamente, de una mujer, pues de haber sido hombre, con seguridad, distinta hubiese sido su suerte. Y el reconocimiento de sus méritos en tantos campos de batalla. Como que nuestra Argentina tampoco ha destinado ni una página de su memoria al fogoso y eficiente cuerpo de amazonas que guerrease a sus órdenes, cubriéndose de gloria a la par de la nombrada, arremetiendo con el mismo ímpetu y desangrándose por los mismos plomos.

Doña Juana quedó completamente sola de familia cuando su hija Luisa contrajo matrimonio con Pedro Poveda Zuleta y se fueron a vivir lejos.

Capítulo XXX

Quienes la conocieron ya anciana, como el historiador Gabriel René Moreno, que transcurrió su infancia en Chuquisaca, relata que con alguno de sus amigos se les ocurrió que esa Juana Azurduy de la cual se contaban hazañas podía ser la viejecita del mismo nombre que habitaba sola y pobre una vivienda en el barrio de Coripata. También cuenta que a pesar de que los niños le tiraban la lengua para que hablara sobre los hechos de la independencia, casi nada salió de su boca y que transcurría largas horas en silencio, pensativa, recordando y evocando a tantos seres queridos, teniendo siempre a su lado una cajita en la que guardaba sus tesoros más preciados: las comunicaciones de Belgrano nombrándola teniente coronela y algunas oxidadas condecoraciones.

Mientras tanto Bolivia se desangraba en absurdas luchas intestinas. Así lo relata Alcides Arguedas:

«La República entró en un período de franca desorganización. En menos de un año, desde el 10 de junio de 1841 hasta el 20 de octubre, hubo trece alzamientos revoltosos, de los cuales cuatro por Santa Cruz, seis en favor de Ballivián y tres en el de Velasco, todos exclusivamente a nombre de personas y sin invocar ningún principio, sin orientaciones ideales, únicamente impulsados por los caudillos angurriosos, en terrible y constante afán demoleedor».

Lo que más indignaría a la teniente coronela es que Santa Cruz, cómo ya lo señalásemos, había sido colaborador directo de Goyeneche, Ballivián había luchado a las órdenes de De la Serna y también Velasco había sido integrante de los ejércitos del rey, a los cuales ella y Manuel Ascencio combatieron con tanto desprendimiento y con tantos sacrificios.

Por fin la muerte se apiadó de doña Juana y decidió llevársela. Por ese entonces vivía sólo acompañada por un niño desvalido, Indalecio Sandi, algo corto de entendederas, hijo natural de un pariente lejano, quien simbolizó, aun en su desamparo postrero, su hondísimo amor por los más necesitados.

A la teniente coronela ya no le importaba que la hubieran abandonado sus prójimos porque poco a poco había ido internándose en su riquísimo mundo de recuerdos, confiando quizás en que la justicia de Dios la devolvería por fin junto a sus amados Manuel Ascencio, Manuelito, Mariano, Juliana, Mercedes, Hualparrimachi, al galope con el frío viento de la Puna acariciando sus caras, felices, riendo con los ojos vueltos hacia el cielo azulísimo, blandiendo el sable que Belgrano le legase, el general abajeño que la saluda agitando su brazo al verla pasar haciendo retumbar el suelo con los cascos de su caballo que parece volar, porque ella aprieta

sus ijares en el lugar exacto que su padre le enseñó, pero Manuel Ascencio la alcanza, porque es hombre y muy macho, y la abraza con ternura y la besa hasta mojarle las mejillas, Juana avergonzada porque sus hijitos e hijitas los miran amarse y entré ellos se hacen morisquetas cómplices, contentos porque otra vez están juntos, porque Hualparrimachi acaba de componer su mejor poema, porque ninguna bomba cae alrededor, porque de nadie y de nada deben huir, porque nadie acosa, tortura o decapita, porque es primavera y todo está en orden, mientras inauditamente las áridas laderas del altiplano se cubren de flores bellísimas, eternas.

Sin parientes ni amigos, a los 82 años, en medio de la más absoluta pobreza y soledad, Juana Azurduy pasó sus últimos instantes.

La alcoba donde murió se encuentra en la casa número 218 de la calle España, en el patio interior que parece el corralón de algún antiguo tambo, donde viajeros y trajinantes alquilaban una pieza para pasar la noche.

El cuarto es pequeño y miserable, tiene un ventanuco al oriente y la puerta al norte. Dentro hay una escalerilla de adobe para alcanzar la abertura, las paredes están blanqueadas y el techo enseña sus recias vigas y sus cañas trenzadas, rumorosas de vinchucas.

En un lecho humilde con márfagas burdas que los indios llaman «ppullus» expiraba doña Juana. Además del lecho, había en la alcoba una vajilla de barro, en las paredes algunas imágenes, el arca pequeña con los papeles y otro catre para Indalecio, el niño harapiento, único testigo del último suspiro de la teniente coronela.

Murió, como no podía ser de otra manera, un 25 de Mayo. Y esto, un postrer homenaje de la Historia, también fue, una vez más, motivo para el desaire de sus contemporáneos, ya que cuando el niño Sandi se dirigió a las autoridades chuquisaqueñas reclamando las honras fúnebres que le hubieran correspondido por su rango, el mayor de plaza, un tal Joaquín Taborga, le respondió que nada se haría, pues estaban todos ocupados en la conmemoración de la fecha patria.

Nadie, salvo el niño y quizás un cura, acompañó los restos de la gran Juana Azurduy, y éstos fueron depositados en una fosa común. «Se sepultó en el panteón general de esta ciudad en fábrica de un peso», dice la partida de defunción. Es decir, que su muerte sólo mereció un oración, y su costo fue de un peso...

Muchos años más tarde, cuando quiso rendírsele el postergado homenaje que merecía, hízose cavar en el lugar que Indalecio Sandi, casi anciano ya, señaló como el de la probable sepultura de doña Juana, y algunos huesos que entonces se rescataron fueron considerados simbólicamente como pertenecientes a la gran guerrera.

Bibliografía

- ABECIL, Valentín: *Historiografía de la independencia de Bolivia*, La Paz, 1977.
- ALBI, Julio: *Banderas olvidadas. El ejército realista en América*, Madrid, 1981.
- ARGUEDAS, Alcides: *La fundación de la República (Historia de Bolivia)*, Madrid, 1920.
- ARNADE, Charles: *La dramática insurgencia de Bolivia*, La Paz, 1971.
- BAPTISTA GUMUCIO, Mariano: *Otra historia de Bolivia*, La Paz, 1989.
- BIDONDO, Emilio: *Alto Perú: insurrección, libertad, independencia*, Buenos Aires, 1989.
- , *La guerra de la independencia en el Alto Perú*, Buenos Aires, 1979.
- , *Contribución al estudio de la guerra de la independencia en la Frontera Norte*, Buenos Aires, 1974.
- BRINGUER, Estela: *Juana Azurduy, Teniente Coronel de las Américas*, Buenos Aires, 1976.
- BULNES, Gonzalo: *Bolívar en el Perú*, Madrid, 1919.
- CÁRCA CÁRCANO, Miguel Ángel: *La política internacional en la H Historia Argentina*, Buenos Aires, 1973.
- CORNEJO, Atilio: *Historia de Güemes*, Buenos Aires, 1946.
- CRESPO RODAS, Alberto: *El ejército del general San Martín y los guerrilleros del Alto Perú*, La Paz, 1981.

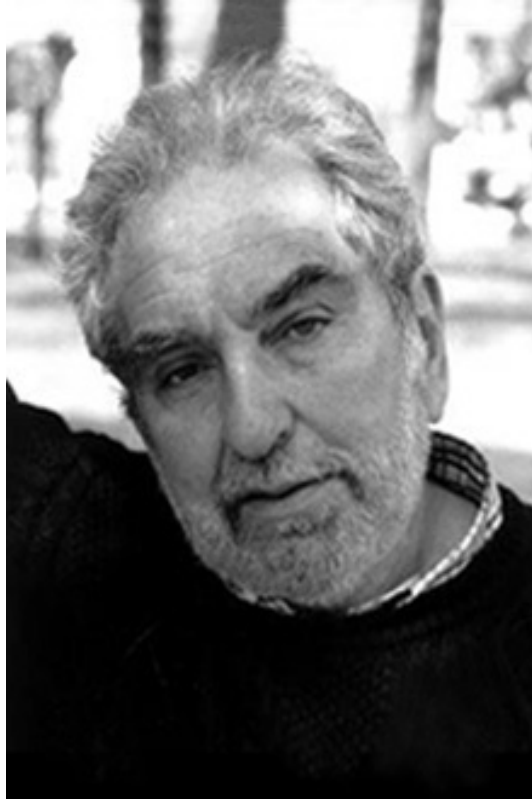
Documentos del Archivo de Belgrano, Buenos Aires, 1913-1919.

- ECHAGÜE, Juan Pablo: *Monteagudo*, Buenos Aires, 1942.
- FINOT, Enrique: *Nueva historia de Bolivia*, La Paz, 1948.
- , *Forjadores de la Historia: Santa Cruz de la Sierra*, 1980.
- FRÍAS, Bernardo: *Historia del general Martín Güemes y de la provincia de Salta, o sea de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, 1971.
- GANTIER, Joaquín: *Doña Juana Azurduy de Padilla*, La Paz, 1973
- GARCÍA CAMBA, Andrés: *Memorias del General García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú*, Madrid, 1916.
- GIANELLO DE GUYER, Zoraida: *Juana Azurduy de Padilla*, La Paz, 1980.
- HERREROS DE TEJADA, Luis: *El teniente coronel José Manuel de Goyeneche, primer conde de Guaqui*, Barcelona, 1923.
- LECUNA, Vicente: *Documentos referentes a la creación de Bolivia*, Caracas, 1975.
- LOFSTROM, William: *El mariscal Sucre en Bolivia*, La Paz, 1983.
- LYNCH, John: *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, 1976.

- MENDOZA, Gunnar: *Diario de un soldado de la independencia alto peruana en los valles de Sica Sica y Ayopaya*, Sucre, 1952.
- MESA GISBERT, Carlos: *Manual de Historia de Bolivia*, La Paz, 1988.
- MITRE, Bartolomé: *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, 1947.
- , *Historia de San Martín*, Buenos Aires, 1968.
- MORENO, Gabriel René: *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, La Paz, 1940.
- ORNSTEIN, Leopoldo: *La campaña de los Andes a la luz de las doctrinas de guerra modernas*, Buenos Aires, 1931.
- OTERO, Miguel: *De Güemes a Rosas*, Buenos Aires, 1946.

Partes oficiales de documentos relativos a la Guerra de la Independencia Argentina, Buenos Aires, 1900.

- PAZ, José María: *Campañas de la Independencia*.
- , *Memorias Póstumas*, Buenos Aires, 1917.
- , *Memorias del general José María Paz*, Buenos Aires, 1976.
- PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J.: *San Martín y el Alto Perú, 1814*, Tucumán, 1979.
- PEZUELA, Joaquín de la: *Memoria militar del general Pezuela*, Lima, 1955.
- PINILLA, Sabino: *La creación de Bolivia*, La Paz, 1977.
- RAMALLO, Miguel: *Guerrilleros de la Independencia*, La Paz, 1919.
- ROSA, José María: *Historia Argentina*, tomos I, II y III, Buenos Aires, 1962.
- SILES SALINAS, Jorge: *La independencia de Bolivia*, Barcelona, 1992.
- URIBURU, José Evaristo: *Historia del general Arenales, 1770-1831*, Londres, 1927.
- VÁZQUEZ MACHICADO, Humberto; MESA, José de; GISBERT, Teresa, y MESA, Carlos de: *Manual de Historia de Bolivia*, La Paz, 1988.



MARIO O'DONNELL. Conocido como Pacho O'Donnell, (Buenos Aires, 1941) es un escritor, político, médico especializado en psiquiatría y psicoanálisis e historiador argentino.

Con la recuperación democrática argentina en 1983, y luego de haber regresado de su exilio en España, fue designado secretario de Cultura de la ciudad de Buenos Aires, bajo un gobierno radical, desde donde impulsó el acceso popular a las manifestaciones artísticas. A nivel nacional, bajo gobiernos peronistas, desempeñó el cargo de senador nacional, secretario de Cultura de la Nación, y embajador en Bolivia y Panamá.

Actualmente se dedica a la difusión de la historia argentina, siendo director del Departamento de Historia de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales. Fue condecorado con la Orden de Isabel La Católica por el Rey Juan Carlos I de España. En el año 2011 fue honrado como Ciudadano ilustre de la Ciudad de Buenos Aires y en el 2012 fue premiado como ganador del Martín Fierro a «Mejor programa cultural de Radio».

Entre su extensa obra literaria se destacan varios libros de temas históricos, como *Historias argentinas, de la conquista al proceso*, y la serie «La historia argentina que no nos contaron» (*El grito sagrado, El águila guerrera, El rey blanco y Los héroes malditos*). Es autor de las biografías *Juana Azurduy, la teniente coronela; Monteagudo, la pasión revolucionaria; Juan Manuel de Rosas, el maldito de nuestra*

historia oficial; Che, la vida por un mundo mejor. Como dramaturgo estrenó varias obras basadas en la historia argentina: El sable, El encuentro de Guayaquil, La tentación y Leandro y Lisandro.

Notas

[1] Así se designaba a los nativos altoperuanos distinguidos por sus servicios a España. (*N. del A.*) <<

[2] Bolivia, ex Alto Perú, se había ya independizado de la Argentina. (*N. del A.*) <<

[3] Hoy Formosa. (*N. del A.*) <<